



**PROFECÍAS PARA
LOS HIJOS DE DAVID - Libro II**

ÍNDICE DE “PROFECÍAS PARA LOS HIJOS DE DAVID – Libro 11”

<i>LIBRITO</i>	<i>PÁGINA</i>
Detalles de Mi Vida – Parte 1	3
Detalles de Mi Vida – Parte 2	21
Detalles de Mi Vida – Parte 3	38
Detalles de Mi Vida – Parte 4	56
Detalles de Mi Vida – Parte 5	76



DETALLES DE MI VIDA - PARTE 1

Detalles de Mi Vida – 1a Parte

Libro 11, Compilación #01 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

¿Qué tal si os acercáis para que pueda estrecharos en Mis brazos y contaros detalles más íntimos de Mi vida? Me gusta mucho hablaros de este modo, en privado y en la intimidad que nos brinda este rincón, acurrucados en Mis brazos.

Mientras estuve en la Tierra, fieles escribas anotaron algunas de Mis Palabras y porciones importantes de Mi testimonio. Mas como para Mí vosotros sois más que meros discípulos y amigos, porque sois Mis esposas íntimas, sé que ansiáis que os hable mucho más en detalle de Mi vida, y me deleita contároslo. Me agrada hablaros así de ella. ⁽¹⁾

Salí del Cielo para Ser Misionero en la Tierra

Mi Padre me llamó a Su lado para darme la confirmación definitiva de la gran misión que me encomendaba. ¡Qué día aquel! Sabía que Mi destino era, desde el principio, esa misión. Íbamos a tratar de los detalles, y Yo sabía que sería de una importancia trascendental. Iba a encarar la oportunidad de llevar a cabo el logro que coronaría Mi existencia. Sabía que con la decisión que estaba a punto de tomar tenía en Mis manos el formidable poder de alterar el curso de la historia universal.

Mi Padre y Yo caminamos mientras conversábamos. La brisa suave y refrescante de los jardines del Cielo nos dedicaba dulces melodías de alabanzas. Fue un momento serio cuando observamos desde el Cielo a los hijos de los hombres y el estado de la Tierra bajo su gobierno.

Yo ya había examinado los caminos de los hombres y las consecuencias que les esperaban por haber escogido mal. Desde el principio de los tiempos había participado muy activamente en los asuntos de la humanidad. Pero sabía que a menos que me hiciera carne y habitara entre vosotros, como uno más, no lograría comprender del todo vuestra forma de ser ni podría compadecerme a cabalidad de vuestros padecimientos. Para experimentar los mismos sentimientos y ser probado en todo como vosotros tenía que hacerme como vosotros. Tenía que encarnarme en un cuerpo humano para poder ser mejor sumo sacerdote y mediador.

Los hombres, me habían decepcionado con su forma de hacer las cosas. Si la humanidad hubiera escogido mejores opciones, no habría segado los resultados perjudiciales que la tenían cautiva y limitada. Lamentablemente, en innumerables ocasiones eligió la senda contraria a la celestial. Mientras Mi Padre y Yo paseábamos contemplamos todo lo que habíamos creado, y subieron a Nuestros oídos los clamores de los hombres. Se nos partió el corazón al ver el estado del mundo. Consultamos los pasos a seguir, pues sabíamos que había llegado el momento dispuesto desde el comienzo de los tiempos en que habríamos de hacer algo para remediar la situación.

Entonces repasamos juntos el plan que estaba establecido desde la creación del mundo, ya que los dos sabíamos que, a consecuencia de las decisiones de los hombres, llegaría el día

en que la necesidad sería tal que estaría en juego la salvación de la humanidad. Así y todo, como es Su costumbre, Mi Padre me dio a escoger; me dijo que tendría que decidir Yo. La única forma de rescatar de las garras de Satanás a Mis amores, a vosotros por quienes habíamos creado los cielos y la tierra y a quien amábamos y seguimos amando de un modo tan total; la única forma de que pudierais volver a Casa, era intervenir.

“¿Qué he de hacer, Padre? -le pregunté-. ¿Debo ir de misionero a la Tierra para poder dar la Salvación a toda la humanidad?”

“En efecto, Hijo Mío. Tú, como unigénito Mío, eres el único que tiene la clave de la redención.”

En ese momento se dispararon Mis pensamientos, al pensar en todo lo que ello suponía. ¿Tendría que dejar el Cielo por un tiempo y emprender un viaje muy largo? ¿Salir del Cielo para ser misionero en la Tierra y Salvador de la humanidad? ¿Salir del Cielo para llevar las cargas del mundo entero sobre Mis espaldas, corregir lo que estaba mal y romper las ligaduras de maldad que suponían una amenaza para vuestras almas? ¿Abandonar el Cielo para vencer al mundo y libertaros? ¿Abandonar el Cielo y experimentar la muerte física a fin de libraros para siempre de la muerte, amores Míos? ¿Abandonar el Cielo para reconquistaros, para que volvierais a Mis brazos eternos? ⁽²⁾

Tuve sentimientos ambivalentes. Por un lado me entusiasmaba tan importante misión. ¡Estaba impaciente por partir! Me moría por comunicar la buena nueva, por revolucionarlo todo y enderezar todos los entuertos en Mi campo de misión, la Tierra. Sin embargo, también tenía miedo de caer y de fracasar. Yo también tuve Mis batallas. Me costó abandonar el ambiente cálido y seguro del Cielo. Yo también tuve la tentación de resistirme, y por un tiempo casi ni quería irme. No quería salir del Cielo; ¡la misión se me hacía imposible! Al principio casi no podía entender ni aceptar la idea de dejar atrás el esplendor y la gloria del Cielo. Aun así, obedecí, fui; y al poco tiempo descubrí que el amor que albergaba en Mi interior -el amor que traía del Cielo- bastaba para sustentarme. ⁽³⁾

La tarea no me iba a resultar fácil, ya que para llevarla a cabo tendría que adoptar la vestidura de carne humana. Tendría que hacerme carne y habitar entre vosotros, hacerme como vosotros en todo sentido: vivir igual, sentir lo mismo, conocer vuestras mismas alegrías, reír con vosotros, llorar con vosotros, sufrir vuestros dolores. Tendría que llevar todas vuestras cargas -vuestro dolor y sufrimiento- sobre Mis frágiles espaldas humanas. Tendría que experimentar la muerte como pecador para que pudieseis resucitar y vivir para siempre.

Nos miramos profundamente a los ojos, y no hicieron falta más palabras. Todos los pensamientos e intenciones de Mi corazón estaban al descubierto. Ninguno de los dos lo puso en duda. Ante la gracia, gloria y majestad del Cielo, en nuestro corazón ardíamos en deseos de teneros a todos, Nuestros entrañables hijos, otra vez a salvo en Casa. Sabíamos el sacrificio que nos iba a costar. Así dio comienzo la mayor historia de amor del universo, de todos los tiempos. He aquí que no hay mayor amor que éste, que el Padre dé a Su Hijo unigénito para que vosotros viváis. Por tanto, me dispuse a emprender Mi viaje misionero.

En medio de los vítores y alabanzas jubilosas de Mi despedida celestial, en aquellos

últimos momentos en que nos decíamos adiós, justo antes de llegar a la Tierra, Mi Padre me tomó en Sus brazos de un modo como nunca lo habíamos hecho, y lloramos. Jamás se había hecho un sacrificio así en todo el transcurrir del tiempo. Mas no podíamos cambiar de idea.

El amor que os teníamos era puro e inamovible, y no nos arrepentíamos. De todos modos, derramamos algunas lágrimas, pues pensar en separarnos suponía un sacrificio inmenso. Aun ahora esto sigue siendo un misterio para vosotros, amados Míos, ya que hasta que lleguéis a Casa no podréis comprender cabalmente la magnitud tan tremenda de esa grandísima renuncia, que en el Cielo es llamada la renuncia suprema, la cual vivimos Nosotros para que pudierais tener vida.

Así pues, en aquel momento tan difícil en que Mi Padre y Yo teníamos que separarnos, nos corrieron las lágrimas por las mejillas. Aunque somos inseparables en todo, por un tiempo sería Hijo de hombre además de Hijo de Dios. Es que en el fondo sabíamos que cualquier precio que pagáramos sería poco para salvaros, amadísimos hijos. De modo que lo que parecían lágrimas amargas y renuncia se tornaron en lágrimas de alegría, porque sabíamos que valía la pena hacer cualquier cosa -dar la vida, Nuestro amor, todo lo que pudiera haber en el Cielo- con tal de redimiros. Con tal de teneros otra vez a Nuestro lado, valía la pena darlo todo para recobraros de las garras de Satanás.

Para Mí, la sola idea de dejar atrás el esplendor del Cielo y el ambiente idílico y perfecto al que estaba acostumbrado no me asustaba como pensar en apartarme de Mi Padre, ya que no había conocido otra cosa que Su presencia. Aunque sabía que Él estaría siempre a Mi lado durante Mi misión en la Tierra, al mismo tiempo era consciente de que al revestirme de carne humana emprendería la aventura de conocerlo de una manera muy diferente. Efectivamente, en ese momento Yo, vuestro Sumo Sacerdote, me vi en cierto modo al borde de lo desconocido, dado que hasta que me hice hombre y estuve en carne humana no pude compadecerme plenamente de vuestros padecimientos, pues no los había conocido.

Al hacerme como vosotros, al convertirme en un ser humano, comencé a sentir lo que sentís, a experimentar lo mismo que vosotros, y el objeto de ello era facultarme para ser vuestro Sumo Sacerdote. Tenía que pasar por las mismas pruebas que vosotros. Tenía que ser tentado en todo según vuestra semejanza. Debía pasar por todo ello, no debía saltarme nada. Sabía que con esa experiencia como hombre y con lo que sufriría al cumplir Mi misión en la Tierra aprendería la obediencia. Sabía que al hacerme como vosotros en todo sentido ya no volvería a ser el mismo.

Os cuento todo esto ahora, amores Míos -que me revestí de carne humana, hasta qué punto viví vuestras debilidades a fin de poder compadecerme de ellas y que pasé las mismas pruebas que vosotros-, para que ese pensamiento os infunda aliento. Permitid que eso encienda la chispa de vuestra fe a medida que os adentráis en los grandes días que se avecinan. Pensad en todo esto, amores Míos, y sabed que si fui tentado en todo como vosotros y logré salir adelante, vosotros también podréis salir adelante. Me aferré al Cielo, y el Cielo se aferró a Mí. De igual manera se aferrará a vosotros en la medida en que claméis a Mí. Aunque los días de tinieblas están al caer, el Cielo os hará triunfar vez tras vez.

Que ese pensamiento os infunda aliento: recordad que, en lo físico, Yo era como vosotros. Encaré las mismas opciones, las mismas pruebas. Tuve que experimentar los mismos

conflictos. Esa fue Mi mayor batalla: hacerme hombre, adoptar la carne humana con todas sus flaquezas y debilidades a fin de que pudieseis vivir para siempre. Pensad en esto, y que ello os espolee en los días venideros: al igual que Yo resistí las asechanzas de Satanás, ¡podéis resistirlas vosotros, con la ayuda de Mi Palabra y de la victoria eterna que ya os he concedido!

Era el Hijo de Dios, envuelto en la frágil carne humana. Adopté vuestra forma a fin de entenderos mejor. Para poder comprenderos a fondo, tuve que someterme a las mismas debilidades que tenéis que superar vosotros. Tenía que saber lo que era aguantar, luchar, soportar, resistir la tentación, cansarme. Tuve que experimentar todo eso para poder entenderos bien.

De todos modos, arribé a la Tierra con otra misión: no sólo debía llegar a entenderos, sino también ayudaros a entendernos a Mí, Mi amor y el amor de Mi Padre. Para eso era necesario que conservara Mi conocimiento del Cielo, que no olvidara cuál era Mi misión en la Tierra ni perdiera el vínculo con Mi Padre. Así podría transmitirlos todo eso y manifestaros el amor que sentimos por cada uno de vosotros. Pero tenía que luchar para no perder de vista el objetivo, igual que vosotros.

Cuando digo que no me diferenciaba en nada de vosotros me refiero a que en cualquier momento habría podido dejar de hacer lo que tenía entre manos y abandonar la misión en que estaba empeñado. Habría podido decir que me costaba demasiado, que la fatiga era más de la que podía soportar, que no me habían recibido como debían. Era una situación muy parecida a la vuestra.

Contáis con más Palabra y promesas Mías que ningún otro pueblo de la historia. Sabéis más cosas sobre el Cielo, Mi voluntad, Mis caminos y Mi plan que ningún hombre que haya existido antes de vosotros excepto Yo. He puesto en vosotros el conocimiento de esas cosas y sigo apacentándoos con Vino Nuevo a fin de que tengáis fuerzas para terminar de cumplir vuestra misión, como las tuve Yo. Ahora bien, sois libres de escoger hacerlo o no, como lo fui Yo. Era algo que Mi Padre no podía hacer por Mí. Cada día Yo tenía que volver a decidir. Tenía que madrugar a pesar del cansancio a fin de pasar un rato en comunión con Mi Padre y obtener fuerzas para el día. Vosotros, amadísimos, tenéis a vuestra disposición la misma comunicación con el Cielo.

Así como Yo conservé el conocimiento del Cielo y de cuál era Mi misión en la Tierra, os he transmitido a vosotros un conocimiento bien claro de cuál es Mi plan para vosotros y vuestra misión de acercar a otras personas a Mí, dando la vida por amor. Así como Mi Padre se sentía orgulloso de Mí, Yo me siento orgulloso de vosotros, amados Míos. Os amo. Cuando os digo que os comprendo, no os quepa duda de que es así. Yo también experimenté pruebas y tentaciones, me cansé y sentí fatiga. Pero Mi Padre me dio siempre fuerzas para seguir, del mismo modo que Yo os las doy a vosotros cuando ponéis los ojos en Mí. Ya falta poco para que estéis conmigo en el Cielo, Mis amores, y ya no tendréis que pasar nunca más por esas pruebas tan duras de la Tierra. Os quiero mucho.

Os cuento estos detalles de cuando renuncié a todo y bajé del Cielo porque quiero que conozcáis lo intenso y profundo que es el amor que me atrae hacia vosotros. Sabed que a pesar de lo tremendo de Mi renuncia, no me arrepiento. Sabed, amados Míos, que aguardo con gran ilusión nuestro reencuentro en la morada celestial. Os digo todo esto ahora para que

mantengáis los ojos en el Cielo y sea ello vuestra fuerza impulsora en los días venideros. Ese fue en verdad el secreto que me permitió conservar la victoria: no podía apartar los ojos del Cielo. Tuve que poner el rostro como un pedernal y vivir teniendo siempre delante de Mí la visión del Cielo; eso fue lo que me sacó adelante.

Así pues, ¡alzad la vista, amados Míos, que ya falta poco para que volvamos a estar juntos en nuestro Hogar celestial! ¡Ese sí que será un gran día! ¡Cómo crece Mi amor por vosotros! Por tanto, inspiraos en este amor, y que él os sostenga en los días que se avecinan, al igual que Yo, cuando anduve en la Tierra, aprendí a inspirarme en el amor de Mi Padre y ese amor me sostuvo hasta el fin. Me ayudó a seguir adelante, hasta que llegué al Cielo. Mi amor hará lo mismo por vosotros en tanto que dependáis de Mí y sea Yo el que os saque adelante.

(4)

Comienzos Humildes

¿Por qué tuve que venir a la Tierra? ¿Por qué nací? ¿Solo para hacer milagros? ¿Solo para demostrarte que Mi Padre te ama? Esos fueron algunos de los motivos, pero también lo hice por Mí, para experimentar lo que ustedes viven y saber así lo que significa ser humano, así como para que me crean cuando les digo que sé cómo se sienten. ⁽⁵⁾

Desde el punto de vista de ustedes, Mi ministerio en la Tierra es muy grandioso, porque ven el mucho fruto bueno que dio y la forma en que transformó el mundo. Pero si vieran cómo era en Mi época, su perspectiva sería muy diferente. Tuve que aprender a ser siervo. Tuve que aprender a cumplir los designios de Mi Padre, tanto los de Mi padre terrenal como los de Mi Padre Celestial. Tuve que soportar y sufrir los padecimientos y emociones de la carne para entender a cabalidad a cada persona e identificarme con ella. Tuve que renunciar a Mis poderes celestiales para volverme humano y soportar muchas, muchas batallas, pues todo eso fue parte de Mi preparación. (Filipenses 2:5-8; Isaías 53:3-9; Hebreos 5:8-9).

Como ustedes, quería hacer grandes cosas, empezar a sanar a los enfermos y anunciar la buena nueva de la salvación. Pero tenía mucho que aprender primero, así que me sometí y convertí en siervo, en carpintero, en un don nadie a los ojos de los hombres. Habiendo sido el Rey del Universo, pasar a ser un humilde carpintero fue un cambio considerable. Todo ello tuvo una finalidad: tenía que aprender lo que es ser humano y a no apoyarme en Mis propias fuerzas, sino a acudir a Mi Padre para que me las diera.

Hubo muchas cosas que aprendí que hoy en día son piedras angulares en la vida de ustedes. De no haberlas aprendido, no podría identificarme con ustedes ni estaría en condiciones de instruirlos como puedo hacerlo ahora. Ahora puedo afirmar que realmente los entiendo, porque pasé por lo mismo. Así que aprendan a confiar en Mí y a tener fe en que todo lo que disponga que experimenten es para el bien de ustedes y para fortalecerlos. ⁽⁶⁾

Renuncié a las riquezas del Cielo para unirme a una familia pobre constituida por un sencillo carpintero y su esposa. Mi Padre pudo haber elegido cualquier familia del mundo para

que me criara en ella. Sin embargo, no escogió una familia opulenta que tuviera una hermosa casa. Eligió, en cambio, una familia pobre, que bregaba por conseguir comida, que a veces tenía que padecer necesidad cuando no había mucho trabajo. Me puso allí para que pudiera comprender, para que pudiera hacerme uno. ⁽⁷⁾

Cuando era niño, no éramos ricos. Tuve que ayudar en la carpintería. Con el tiempo me perfeccioné bastante. Se requerían Mis servicios con mucha frecuencia. Pero en aquel tiempo todo demoraba mucho más, ya que teníamos que cortar los árboles y aserrarlos para hacer tablas. Y el dinero y el tiempo no daban abasto para las necesidades del resto de Mi familia. Así que tenía que pasar tiempo con Mi Padre para hacer frente a las presiones.

Ya adulto, salía temprano por la mañana para estar solo, pero en mis años mozos no siempre podía apartarme. Lo que hacía era que corría una pequeña cortina que me había conseguido expresamente para ese fin y rodeaba el pequeño sector donde acumulábamos el aserrín. Me echaba en la montaña de aserrín y hacía lo mismo que tú en este momento. Pensaba en Mi Padre y recordaba su expresión más feliz. Lo miraba profundamente a los ojos, tal como haces ahora conmigo, y en ellos encontraba paz y comprensión. Habiéndole encomendado Mis afanes, me levantaba renovado y reanudaba el trabajo sintiéndome comprendido y sabiendo que había un par de hombros muy fuertes que llevaban Mi carga y Mis preocupaciones. ⁽⁸⁾

Yo vine en pañales. Años después, inicié Mi ministerio público, no como alguien que se hubiera criado en el palacio de un rey ni como un príncipe heredero educado para ejercer el poder y asumir grandes cargos, sino como un humilde carpintero. Ese era Mi ropaje, por así decirlo, de modo que cuando la gente me miraba, no veía al gran príncipe heredero que era. No; lo que veía era ni más ni menos que el hijo de un carpintero. Gracias a ello les resultaba fácil aproximarse y pedirme ayuda.

Les encantaba reír y bromear conmigo, beber y jugar conmigo. Yo era uno de ellos. El trato que les dispensaba no era el de alguien que estuviera en un plano espiritual superior. Podían identificarse fácilmente conmigo.

Es cierto que tuve que renunciar a todo para entrar en el cuerpo de ese bebé. Tuve que dejar atrás ni más ni menos que todo, salvo lo que era esencialmente, Mi propio Espíritu. Todo lo demás lo dejé a un lado para hacerme uno de ustedes. Para que vean cuánto los amo. Lo bastante para dejar a un lado Mis propios pensamientos, Mi propia sabiduría. Me despojé y me deshice de todo lo que había recogido para Mí por la eternidad, y me vestí de los atuendos de ustedes, de su guarnición humana.

Ni siquiera nací en una habitación, mucho menos en una casa o una gran mansión. Ni siquiera había espacio para Mí en la casa; tuvieron que ponerme atrás con los animales. Así de humilde y modesto fue Mi ingreso al mundo de ustedes. No pudo haber sido más humilde. ¿Por qué? Porque era menester que me identificara con ustedes y con toda la humanidad, humilde y modestamente, en calidad de siervo de todos.

Nunca había hecho eso. Nunca había ido a la Tierra en esas circunstancias, no para asumir verdadera forma humana. Aunque es cierto que había hecho algunas visitas previas, en

cierto modo esas fueron pruebas en las que tuve asistencia de Mis ángeles y otros seres espirituales. En cambio, en aquella ocasión no era un simulacro. Iba solo y despojado de Mis conocimientos y sabiduría anteriores. Aquello suponía una gran prueba de Mi fe mientras estaba en forma humana. ¿Sería capaz?

Renuncié a todo lo que tenía en la mente, a toda Mi sabiduría celestial, todo aquello que hacía de Mí lo que era. Entré entonces en la morada de Mi cuerpo físico. Encarné un ser humano, sujeto a las limitaciones, dolores y sufrimientos, no solo del cuerpo físico, sino también de las emociones y de la guerra espiritual que eso conlleva. Fue una gran prueba. ¿Conservaría la lealtad y fidelidad a Mi Padre y saldría adelante?

Lo único que sabía en concreto era que Mi Padre lo lograría por medio de Mí siempre y cuando clamara a Él y dependiera de Él. Era todo por fe, fe en Mi Padre y en que contaba con Su respaldo. Era igual que lo es actualmente para ustedes: todo por fe, fe en que cuentan con Mi apoyo. Y en efecto, así es. Mi Padre dio lo mejor de Sí por la humanidad; y lo mejor que tenía era Yo; confió en que no perdería la fe y en que al final saldría airoso.

Ya conocen la historia. Logré ser fiel hasta la muerte, y al final obtuve el galardón: y el galardón eran ustedes, amores Míos. Los recuperé, los reivindicé para Mí y abrí las puertas del Cielo por toda la eternidad para todos aquellos que deseen entrar en él. Vencí a Lucifer.

Antes de entrar en ese gran banco de pruebas que era la Tierra, tenía muchas aprensiones en cuanto a cómo me desempeñaría. Pero una vez que llegué allí y que me afirmé y llegó el momento, el Espíritu de Mi Padre descendió sobre Mí y lo seguí y obedecí.

Lo mismo sucederá con ustedes. Para que Mi Espíritu descienda sobre ustedes, deben ser sumamente humildes. Deben carecer de toda confianza en ustedes mismos. Cuando abrazan esa mentalidad y saben que no son nada, lo que eso significa es que me han dado lugar a Mí, y en el momento indicado intervendré y los guiaré. ⁽⁹⁾

¿Nací acaso en un palacio? No; nací en un establo. ¿Acaso fui un fogoso profeta desde la niñez? No; desempeñé durante muchos años el humilde oficio de carpintero. ¿Acudió el mundo en tropel a ofrecermé apoyo al comienzo de Mi ministerio? No; fui objeto de desprecio y rechazo, y me vincularon con prostitutas y borrachos. ¿Tuve un vistoso ministerio de alcance multitudinario? No; más que nada desempeñé el humilde ministerio de enseñar y capacitar a Mis doce discípulos y apacentar con las Palabras que recibía de Dios a todo el que tuviera a Mi alrededor y quisiera prestar oído.

Hubo ocasiones en que tuve un ministerio público, cuando las multitudes acudían a Mí porque sentían curiosidad por los milagros o para comer de balde luego de saber del milagro que había hecho con los panes y los peces. Sin embargo, con mucha frecuencia mi ministerio no era otro que el de un tranquilo maestro que se ocupaba de los que necesitaban de Mis Palabras y de adiestrar a Mis discípulos para que continuaran la labor después de Mi partida. La popularidad era pasajera. Lo perdurable era la Palabra que había sembrado. Fueron las enseñanzas y los cuidados prodigados los que a la larga llevaron fruto en la vida de Mis discípulos y los motivaron a transformar el mundo y llevar Mi verdad a millones de personas. De unos humildes orígenes salió algo muy grande.

Es que Mi Padre tenía un maravilloso designio para Mi vida, de la misma forma que Yo

tengo uno para las de ustedes. Por medio de Mi vida y ministerio -que fueron aparentemente humildes, sencillos y de corta duración-, Dios ha obrado en la vida de millones de personas a lo largo de los siglos. Fue glorificado y muchos se sintieron atraídos a Él porque no me importó que me despreciaran y rechazaran los hombres. Me limité a cumplir las instrucciones de Dios aunque la gente culta de Mi época desdeñaba Mis métodos. Muchos quisieron proclamarme rey para que los liberara del yugo romano, pero no era esa la voluntad de Dios. Los judíos ansiaban convertirse en una nación grande, poderosa y opulenta regida por Mí, mas Dios había dispuesto un plan mayor y mejor. ⁽¹⁰⁾

Yo no tuve sabiduría desde el día en que nací. Tuve que aprender por medio de las experiencias que viví (Lucas 2:52). No era omnisciente ni perfecto. De haberlo sido, jamás habría entendido lo que es aprender, discernir, madurar y ser sometido a prueba. Podría recurrir a la sabiduría de Mi Padre. Ustedes también cuentan con ella. Sin embargo, el conocimiento que había tenido en el Cielo había quedado detrás de un velo; de otro modo, Mi estadía en la Tierra no habría sido una prueba válida.

En efecto, aprendí cosas en la Tierra que no conocía en el Cielo. Antes de ir a la Tierra no sabía lo que era vivir como lo hacen ustedes. No sabía lo que se siente al pasar por las experiencias que viven ustedes y tener que tomar las decisiones que ustedes tienen que tomar. De haberlo sabido todo antes de ir a la Tierra, no habría tenido mucho sentido vivir 33 años. Lo hice para poder aprender lo que es ser humano. Si eso no hubiera constituido una parte importante de Mi misión, podría haber aparecido en la Tierra a los 30 años, vivido un par de años y luego haber muerto por los pecados de ustedes. Evidentemente Mi vida era mucho más que eso. Había muchas más cosas que tenía que aprender y experimentar. Por eso pasé tantos años en la Tierra.

Estando en la Tierra tenía que experimentar lo que es ser como ustedes, saber lo que es no tener todas las soluciones a mano, sino verse obligado a orar y obtener soluciones y sabiduría del Cielo. No debía ir a la Tierra con todos los conocimientos del Cielo, sabiéndolo todo para poder responder las preguntas de la gente y resolver todos los problemas del mundo por Mi cuenta. No era esa la idea en modo alguno. Obraba junto con Mi Padre, igual que ustedes obran en colaboración conmigo hoy en día.

Tenía que recurrir al poder de Él, al del mundo del espíritu. No podía hacerlo todo por Mi cuenta. Al igual que les pasa a ustedes actualmente, no tenía acumulada en Mí la sabiduría del Cielo. Tenía que obtenerla, tenía que pedirla, absorberla, estar abierto a recibirla, lo mismo que ustedes hoy.

No es fácil explicar algunos de estos conceptos en términos terrenales. Aunque es cierto que vine y viví la vida del hombre, eso fue tanto por el bien de ustedes como por el Mío. El principal motivo que tuve para ir a la Tierra fue que ustedes me conocieran como hombre de carne y hueso, que supieran que, en cierta medida, viví todo lo que han de vivir ustedes, y puedan por tanto tener fe en que los entiendo. No es que al ir a la Tierra renunciara a Mis prerrogativas como Hijo de Dios. Se podría decir que opté por dejar ciertas cosas detrás de un tabique en Mi Espíritu, a fin de vivir más las experiencias de ustedes, sin conocer o entender totalmente el pasado, el presente y el futuro. Así pude llegar a entenderlos más.

El caso es que siempre tuve amor incondicional. Ese fue el principal motivo por el que vine a la Tierra. Siempre tuve conocimiento y comprendí que estaba como Dios entre los humanos, para ayudarlos, para salvarlos, para manifestarles Mi amor. Soy y siempre he sido su Dios, su Salvador, profundamente enamorado de ustedes. Lo sé todo, y aunque haya optado por ir a la Tierra a vivir algunas experiencias en carne propia, eso no significa que no las conociera antes o que no supiera de ciertas cosas que no existían en aquellos tiempos. Pero fui a la Tierra para experimentar la totalidad de las emociones humanas, y como les dije, lo hice tanto por el bien de ustedes como por el Mío.

Y por haberlo hecho, ustedes saben que no soy un sumo sacerdote que no sienta el dolor de sus aflicciones, ya que en todo se me tentó como a ustedes. De modo que el justo término medio se encuentra en lo mejor de los dos mundos: fui a la Tierra para vivir como viven ustedes, y a la vez era y seré siempre omnipotente y omnisciente y los amaré sin condiciones. Si opté por bloquear parte de ese poder cuando estaba en la Tierra a fin de experimentar las emociones humanas con mayor claridad, fue parte del amor que les tengo.

(11)

Todo Giró Alrededor del Amor

Cuando estaba en la Tierra me dedicaba a amar, y hasta el día de hoy lo hago. Yo asistía a bodas y entierros; iba a comer donde me invitaban. Recorría las mismas calles que los demás, bebía de los mismos pozos, dormía en los mismos lugares. Me gustaba rodearme de personas: hablar con ellas, transmitirles enseñanzas, ayudarlas, sanarlas. Me gustaban los niños. Tenía tiempo para los demás. Así era, así sigo siendo, y así serás tú a medida que vayamos pasando cada vez más tiempo juntos e influya más en ti.

Es verdad que la gente me escuchaba cuando recorría los polvorientos caminos de Palestina y le hablaba de Mi Padre en las calles, en su casa y en las colinas y les daba Sus palabras. Pero en realidad lo que los conquistó fue el amor que transmitía con Mi mirada cuando le hablaba a cada uno, el interés y la ternura de Mi corazón, que se reflejaba en Mi rostro cuando escuchaba las penas y dificultades de los demás, la compasión que les manifestaba al orar por ellos y pedir a Mi Padre que los sanara, la empatía que notaban en Mí, que me motivaba a continuar dando sin parar, hasta cuando estaba agotado y necesitaba apartarme de todo y descansar. Lo que daba vida a Mis palabras, lo que llegaba al corazón y suscitaba grandes transformaciones y hasta milagros era la manifestación visible y tangible del amor de Mi Padre, de tal forma que podían sentirlo y entenderlo.

Viví y anduve cada día entre la gente del mundo, inmerso en su cultura, entre las aglomeraciones y multitudes. Conversaba y comía con las personas, bebía y bailaba con ellas; las escuchaba y sanaba, rogaba por ellas y les hablaba. Compartía sus penas y sinsabores, así como también sus alegrías. Mi vida se cruzó con la de ellas en muchos puntos y me puso en contacto con muchas escenas, situaciones, problemas, formas de sufrimiento y experiencias humanas distintas. A diario me encontraba con las necesidades abrumadoras de la gente y con un mundo carente del amor y de las soluciones que se me había enviado a dar. Tenían que

identificarse conmigo, y para eso tenía que ser comprensivo y compasivo, y al mismo tiempo ser fiel al mensaje y llamamiento que me había encomendado Mi Padre. ¿Cómo lo logré?

La clave estuvo en manifestar amor mediante el ejemplo. La gente ya había oído predicaciones de otros. Oía con frecuencia la Palabra de Dios leída y hablada por los sacerdotes de sus tiempos. Lo que le faltaba era la manifestación del espíritu de amor que daba vida a esas palabras, aplicar la Palabra con amor. Eso fue lo que vieron en Mí: el ejemplo, la manifestación del amor y la compasión de Mi Padre, la empatía y la comprensión, y la claridad de la verdad de Sus palabras. Para la gente, eso era lo que daba vida a la Palabra de Dios. Y lo mismo pasará con ustedes, Mis testigos y discípulos de hoy. Es la aplicación de la Palabra con amor lo que atrae a la verdad. ⁽¹²⁾

Piensen en el ciego de la Biblia al que le di la vista. Mis enemigos le dijeron: “¿No sabes lo que ha hecho este hombre? ¿Por qué te asocias con Él? Es un pecador.” Y él respondió: “No sé lo que ha hecho. Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:24-15).

En esencia, lo que estaba diciendo era: “Me da igual lo que piensen de este hombre. No me importa lo que haya hecho o lo que piensen que haya hecho. Lo único que sé es que me hizo el regalo más valioso que podría haberseme hecho. Me dio la vista. Me amó lo bastante para preocuparse por mí. Eso es todo lo que me importa. He conocido su amor de primera mano.” ⁽¹³⁾

Un Amor Imparcial

Cuando estaba en la Tierra, ¿acaso me preocupé solo por los que se ajustaban a la idea de lo que me gustaba? ¿Basaba Mi amor en que me trataran o no de la manera en que me gustaba que lo hicieran, o se expresaran de manera atractiva o con desparpajo o hasta dureza? ¿Dependía Mi amor de que me cayeran bien?

Yo me entregaba de todo corazón y manifestaba amor en igual medida tanto a los que no eran fáciles de amar como a los que lo eran, tanto a mendigos pobres, sucios y ciegos como a un infame recaudador de impuestos, y a un leproso o a un dirigente de la sinagoga como Jairo o a un centurión romano. Manifestaba igual medida de amor y paciencia a alguien tan lanzado como Pedro, y a Mateo, que era mayor, o por los a veces arrogantes Hijos del Trueno, como los llamé, o al inocente de Juan. ⁽¹⁴⁾

No soy selectivo a la hora de repartir amor, como tampoco lo fue Mi Padre. Sean imitadores de Mí. Imiten el ejemplo que les dejé cuando estuve en la Tierra.

Nada más encarnarme y vivir entre ustedes fue prueba de la imparcialidad de Mi Padre conmigo. No me mostró ningún favoritismo ni me otorgó ningún trato extraordinario en el ámbito humano. No me demostró ninguna predilección colocándome en un puesto cómodo, haciendo llover sobre Mí riquezas y fortuna. No me mostró ninguna preferencia dotándome de ningún poder terrenal al que no pudieran acceder también ustedes.

Recorría los caminos polvorientos sin ningún bien terrenal. Fui peregrino y extranjero.

Mi Padre autorizó que pasara por las mismas pruebas y tentaciones que ustedes. Sentí en carne propia las mismas experiencias que ustedes. Tuve que afrontar las mismas decisiones que ustedes. Además, me tocó lidiar con el libre albedrío, decidir por Mí mismo. Tuve que aprender a obedecer por el sufrimiento. Tuve hambre. Tuve sed. Conocí el dolor. Supe lo que era tener el corazón quebrantado. Fui desechado y despreciado por los hombres. Estuve débil, cansado y con los pies doloridos. Batallé con la carne igual que ustedes. Se me tentó en todos los aspectos igual que ustedes. Era idéntico a ustedes. No se me hizo exención física alguna a las que ustedes no puedan acceder. Sé lo que es sentirse abandonado, solo, agotado, indigente.

En el momento en que Pilatos me interrogó y la muchedumbre abucheaba preguntando por qué, siendo Yo el Rey de reyes, no acudían Mis ejércitos a defenderme, querían saber. ¿Por qué, si Mi Padre era quien Yo afirmaba, no envió legiones para rescatarme en el acto? ¿Quieren saber por qué? Pues muy sencillo: porque no era Mi destino, y Mi Padre no tenía favoritos. Tenía que cumplir Mi misión, el papel particular que tenía que desempeñar. Era preciso que pasara por esas pruebas sin ninguna ayuda sobrenatural ni favoritismos del Cielo. No había ninguna parcialidad conmigo. Tenía que pasar por las mismas penalidades, experimentar las mismas sensaciones, sufrir las mismas pruebas, por ser un ser humano como ustedes. En todo era igual que ustedes.

De la misma manera en que Mi Padre celestial dio el máximo ejemplo al no demostrar ningún favoritismo, y Yo mismo imité ese ejemplo, les digo que lo imiten también. Fui por todas partes practicando el bien, amando y demostrando amor imparcial a cuantos se cruzaban en Mi camino (Hechos 10:38). Hagan ustedes lo mismo. ⁽¹⁵⁾

Conozco Ni Más Ni Menos lo que Experimentáis

Durante Mi vida en la carne sucedieron muchas cosas. Pasé por pruebas y batallas, por momentos felices y momentos de tristeza. Tuve que afrontar batallas y aprender lecciones, lo mismo que vosotros, y al igual que vosotros, aprendí a obedecer con las experiencias que viví. Como estaba en carne, tuve que aprender a someterme, obedecer y cumplir la voluntad de Mi Padre de la misma manera que vosotros.

Sabéis que en tanto que os sujetéis a Mí y me sigáis por donde os lleve siempre haré grandes cosas por vosotros. Y lo mismo hacía Mi Padre conmigo mientras estuve en la Tierra. Hacía grandes cosas por Mí y por medio de Mí porque mantenía una relación estrecha con Él y los ojos en Él, porque me sujetaba a Su voluntad y obedecía Su consejo. Sin embargo, había ocasiones en que ello era para Mí una prueba. Como estaba en la carne, tuve Mis batallas de la carne, y cuando me venían tenía que escoger acertadamente, lo mismo que vosotros. Durante Mi vida tuve que tomar cantidad de decisiones, lo mismo que vosotros.

Ahora os voy a hablar más de Mis experiencias humanas, porque sé que os infundirá fe ver que, si Yo salí adelante, vosotros también podréis. Soy consciente de que estas palabras que digo pueden resultaros un poco difíciles de comprender. Pensaréis: “¡Claro, Tú eres el Hijo de Dios! Eres parte de Dios, tienes Su misma naturaleza; ¡con razón que podías salir adelante!”

Entiendo que lo veáis de esa manera, y probablemente pensaréis que, aunque estuviera en carne, por ser el Hijo de Dios debía de tener alguna ventaja a la hora de lograr victorias mientras estaba en la Tierra. Mas tal vez os sorprenda saber que no era así; al menos de la manera en que lo entendéis.

La carne tiene sus limitaciones, y todos los que están en carne son hombres y mujeres de pasiones semejantes. Como ya os he dicho, cuando estaba en carne fui tentado en todo, lo mismo que vosotros. Yo también tuve pruebas que superar. De lo contrario no podría ser vuestro intercesor hoy en día, el que os entiende y el que conoce ni más ni menos lo que experimentáis. ⁽¹⁶⁾

A Mí también me traicionaron algunos de Mis seres queridos y aun Mi familia. Yo también experimenté circunstancias difíciles y conflictos hasta con Mis colaboradores más cercanos. También se me tentó con las pruebas, batallas y mentiras del Enemigo. Yo también encaré los retos que suponía la necesidad de provisión para Mí y para Mis seguidores. Afronté la misma medida de obstáculos, tribulaciones y sufrimientos que ustedes, amadas esposas Mías. Se me quebrantó como a ustedes ahora. Hay muchos fragmentos de Mi vida - fragmentos causados por duras experiencias, dificultades, pruebas, sufrimientos, tentaciones, pesar y lágrimas- que las manos de Mi Padre transformaron en un maravilloso e imponente mensaje de esperanza, valor, fe y amor supremo.

¡Alcen los ojos, amados Míos! Al levantar la mirada, verán desde Mi perspectiva. Verán resplandecer Mi luz a través de su vida y transformarse toda dificultad y situación desagradable en una imagen de belleza y perfección. Que el vitral de Mi vida sea también fuente de ánimo para ustedes. Que se les levante el corazón y cobren renovadas esperanzas al ver que recorrí el camino antes que ustedes y llené Mi vida con las mismas emociones, sentimientos y dificultades que encaran ustedes. Si Yo pude salir adelante, Mis amores, ustedes también pueden. Si Yo pude resistirlo, también pueden ustedes. Porque estoy en ustedes, y aunque en este mundo tendrán aflicción, alégrese. Yo he vencido al mundo (Juan 16:33) ⁽¹⁷⁾

Ustedes saben que me compadecía de sus debilidades y que se me tentó en todo igual que a ustedes (Hebreos 4:15). Les cuento que cuando habitaba en la Tierra, de joven, estuve al borde del colapso mental. Experimenté el tormento de tener que oír la voz del Enemigo. Yo comprendo la sensación de estar agobiado y haber perdido el dominio de uno mismo. Al tentarme a saltar desde una montaña, el Enemigo trató de matarme no solo mental, sino físicamente.

Padecí de agotamiento mental, casi al punto del colapso. No solo trataba de complacer a Mi Padre, sino que además quería ser un buen hijo para con mis padres terrenales, buen hermano, buen amigo, buen modelo, buen todo. En mi mente carnal me impulsaba el sentido de la responsabilidad. Yo sabía que el poder no estaba en Mí, sino que tenía que venir de Dios, de Mi Padre, pero a veces batallaba con la mente, así como con los ataques del Enemigo. Tenía que aprender a luchar contra él y contra la tentación de apoyarme en Mi propio entendimiento. Era el blanco principal del Enemigo, que intentaba cuanto podía para que Yo

abandonara Mi corona y cediera a él.

Cuando muchos leen en la Biblia cómo el Diablo trató de tentarme, dan por sentado que por ser el Hijo de Dios y tener todo ese poder, con solo levantar un dedo podía frustrar los ataques del Enemigo. No se detienen a pensar que además era hombre. Tuve que aprender a luchar contra el Enemigo como hombre, como ustedes, valiéndome de las armas espirituales que poseía: la oración, las llaves, pedir ayuda a Mi Padre y a los espíritus ayudantes, rechazar al Enemigo y sus demonios y citar la Palabra. Aprendí que cuando combatía en espíritu ganaba.

A veces los ataques del Enemigo me aterrorizaban tanto que pensaba que iba a volverme loco. ¿Por qué Yo, el Hijo de Dios, atravesaba semejante batalla espiritual? ¿Qué me pasaba? ¿Qué había ocurrido con Mi poder? Esas fueron las veces en que experimenté temor en Mi mente humana. Temor a hundirme, temor de que no se me rescatara, a que el Padre no me salvara. Tuve que aprender a sobreponerme al miedo humano y depender del Espíritu y la Palabra de Mi Padre. Tuve que aprender, como todo hombre de fe, a apoyarme en la Palabra y no permitir que el Diablo me quitara la fe en las promesas de Mi Padre. La Palabra y las armas del espíritu eran Mi fuente de fortaleza y lo que me ayudaba a vencer, y también lo serán para ustedes.

Mientras me veía a Mí mismo en la carne, por más que tratara de hallar la salida a los ataques del Enemigo con Mis dos manos, solo sentía que me hundía más. Pero en cuanto empezaba a luchar en espíritu con las armas espirituales invocando las llaves, acudiendo a Mis espíritus ayudantes para que me rescataran, y luchaba en oración y alabanza, al Enemigo no le quedaba otra que dejarme tranquilo. Entonces acudían Mis ángeles a ministrarme. Mi Padre los mandaba a animarme. Me enviaba con ellos un mensaje de aliento diciendo que estaba orgulloso de Mí por luchar. Tomaban Mi cara, me besaban las lágrimas y me animaban a seguir luchando. ⁽¹⁸⁾

Cada momento me veía obligado a decidir algo. Tenía tentaciones, era acosado y tenía que resolver si seguía luchando o no. Tenía que escoger entre aguantar y desistir. Tenía que decidir si ceder o no al desaliento, las dudas, los temores y la murmuración. A pesar de conocer toda la gloria del Cielo, Yo también sufrí en numerosas ocasiones la tentación de ceder al qué dirán y compararme con los demás. Mi obediencia, sumisión y fidelidad fueron puestas a prueba aun en los detalles más nimios. Tuve que optar por amar. Se pusieron a prueba Mi amor y Mi forma de amar. Tuve que optar por renunciar a todo, una y otra vez. Tuve que decidir si compartía o no con los demás a Mis más allegados. Tuve que escoger entre transmitir amor y llevar una vida egoísta.

Padecí tentaciones y tuve que elegir. Cuando el Diablo me llevó a lo alto de un monte para mostrarme todos los reinos del mundo, me vi obligado a tomar decisiones difíciles. Tuve que escoger entre una vida mundana y una vida dedicada al Cielo. Sufrí tentaciones, ¡y tuve que luchar largo y tendido! Por último, me tocó la decisión más difícil: si moriría o no por vosotros. Escogí bien, ¡y nunca me arrepentí de ello! Jamás me ha pesado, porque vosotros sois el fruto de Mis buenas decisiones. ¡Tú, Mi preciada Esposa, mereces sobradamente todos aquellos sacrificios! ¡Gracias a que escogí bien te encuentras hoy en Mis brazos! ⁽¹⁹⁾

Me tocó tomar muchas decisiones; en qué participar, en qué no... si escogía el camino que me había trazado Mi Padre. No siempre me fue fácil renunciar a cosas que parecían entretenidas o hasta inocentes para continuar andando por la estrecha vía de la suprema voluntad de Mi Padre.

Buena parte de lo que ofrecía el mundo, como por ejemplo adquirir más conocimientos mundanos u obtener riquezas hubieran disminuido Mi fuerza de voluntad para seguir el camino de Mi Padre. Por eso deseché esas cosas. Escogí dejarlas de lado, porque sabía que con cada paso que daba para seguir de cerca Su sendero, el de Su suprema voluntad, me acercaba más al cumplimiento de Mi destino y Mi propósito en la Tierra, que era redimir a la humanidad. Cada paso de obediencia me infundía convicción para seguir avanzando por la vía estrecha que me había destinado Mi Padre conforme a Su voluntad, y así cumplir Mi propósito. ⁽²⁰⁾

En ocasiones pensaba que si Mi Padre enviara legiones de ángeles para solucionar cualquiera que fuese el problema, podría irme a Casa, dedicarme a otras cosas y no tener que preocuparme por el asunto. Un pensamiento que tenía que resistir con frecuencia era el deseo de dejarles la misión a otros. Sin embargo, Mi Padre me había llamado a Mí, y no habría sido Su voluntad que Yo le pasara la tarea a otros.

Desde el comienzo Él me había preparado para aquella misión, me había llamado a realizarla, del mismo modo que Yo os he estado preparando desde el día en que nacisteis con vistas a esta misión de ser modelos para vuestros hermanos. Si no hubiera atendido al llamado que se me hizo, no habría logrado victorias para el Cielo. No habría alcanzado Mi objetivo. No os habría salvado. Toda la preparación y formación que se me impartió habría caído en saco roto, y las cosas no serían iguales. ⁽²¹⁾

¿Qué fue lo que me dio la compasión, la comprensión, el deseo de ser el Sumo Sacerdote? ¿Cómo podía llegar a entender del todo lo que ustedes viven cada día? ¿Cómo podía percibir el dolor de una pérdida, del fracaso, de las frustraciones que sienten por sus debilidades y defectos? ¿Cómo podía llegar a entender la profunda tristeza que causa la pérdida de alguien a quien se quiere en el alma? Aunque los amo desde la creación del mundo, nunca entendí la magnitud de esas vivencias hasta que estuve a la Tierra y viví esa vida, hasta que sentí esas angustiosas experiencias.

Hasta que el corazón se me hizo añicos cuando me vi separado de Aquel a quien amaba por encima de todo -Mi Padre-, no pude comprender de verdad las necesidades y batallas de ustedes. Es algo que uno no puede captar por simple observación. Algo así solo se puede comprender desde el fondo del corazón, y la única manera de entenderlo es vivirlo en carne propia. Cuando se llora de angustia por lo que se ve como una pérdida de lo que más se ama y aprecia, se comprende el verdadero valor de una pérdida.

Pero eso también tiene su lado positivo. A pesar de vivir la experiencia de estar separado de Mi Padre, terminé acercándome a Él mucho más que antes, de la misma manera en que ustedes se acercarán a Mí gracias a las dificultades que afrontan en su vida y a sus

fracasos. Por medio de esas experiencias les otorgo el privilegio de obtener los dones más preciados: compasión verdadera y profunda, entendimiento cabal de lo que siente un corazón y la capacidad de relacionarse con los demás que solo proviene de los lugares más recónditos de su espíritu. ⁽²²⁾

Yo entiendo la debilidad de la carne. Hubo tantos casos en que sentí que no podía más, que no tenía fuerzas para continuar. En momentos así tenía que rogar con más apremio a Mi Padre para que me diera la fuerza sobrenatural que necesitaría para cumplir Mi meta, para hacer la tarea que me había encomendado.

A veces me preguntaba por qué sería tan difícil. ¿No me podía facilitar un poco la tarea? Ya de por sí me resultaba difícil estar en carne humana, teniendo que soportar dolor, hambre y cansancio por no dormir lo suficiente, para encima tener que soportar tremendas batallas espirituales rechazando demonios, luchando por otros y su curación y teniendo que resistir las tentaciones y dificultades con que el Enemigo me acosaba sin cesar; era demasiado. Esas sí que eran pruebas. ⁽²³⁾

Sé lo que es que te calumnien. Sé lo que es que te planten. Sé lo que es verse amenazado. Muchas veces fui objeto de amenazas. ⁽²⁴⁾

Yo sé lo que es sentirse menospreciado. Sentí lo mismo que sienten ahora ustedes cuando algunos no me apreciaban ni valoraban lo que intentaba hacer por ellos. Vine a los Míos, y los Míos no me recibieron (Juan 1:11). Vine a sanar a los enfermos, y muchos no querían sanarse, sobre todo del espíritu. Sufrí el dolor del rechazo y de que no me correspondieran Mi amor y los sacrificios que hacía, sino que me lo arrojaran en la cara. Me despojé de toda reputación, me acusaron de pecador, de borracho y hasta de diablo (Filipenses 2:7; Juan 9:16; 10:20; Mateo 11:19). Me calumniaron y despreciaron sin causa, y finalmente me dieron muerte de tanto odio y miedo como me tenían.

Sé lo que es sentir que no piensen bien de ti. Pero me di cuenta de que ese era uno de los precios que tenía que pagar para darlo todo por Mi Padre y cumplir Sus designios y Su voluntad. En Mi corazón tuve que resolver no hacer caso de ninguna de esas cosas (Hechos 20:24). Estuve dispuesto a afrontar la dura realidad de que no todos me recibirían bien ni aceptarían Mi ayuda ni apreciarían lo que hacía por amor a ellos. Y eso es lo que les pido a ustedes.

Sé que duele y lastima, pero les ruego que no hagan caso y no permitan que los aparte de Mi servicio. Más bien dejen que los enternezca y les quiebre el corazón de forma que espiritualmente los impulse adelante más que nunca y los motive a acudir a Mí en busca de Mi perspectiva, Mi punto de vista, Mi consuelo e instrucción en esas épocas de maduración y de estirar la fe. ⁽²⁵⁾

¡Doy gracias porque podía acudir a la ayuda de Mi Padre, y Él nunca me defraudó! A veces era una prueba; no veía cuál sería el desenlace físico, y tenía que confiar en que Mi Padre sabía lo que hacía y todo estaba en Sus manos.

A veces era difícil persistir, porque sabía que me esperaban más batallas, pruebas y dificultades. Sin embargo, Mi Padre me asistía a cada momento, hasta que al final pude decir: “Consumado es”.

Mientras estuve en la Tierra no se me manifestó mucho aprecio ni gratitud, pero cuando me reencontré con Mi Padre, se me recompensó con creces cada sacrificio y dificultad, y volvería con gusto a pasar por todo eso si fuera necesario. Valió la pena cada prueba, cada dificultad, cada tentación. Todo valió la pena. Mi mensaje para ustedes es que tengan paciencia. ¡Sigán luchando día a día! ⁽²⁶⁾

No fueron solamente Mis enemigos los que me hicieron daño. Hubo momentos en los que Mis propios discípulos o Mis parientes directos no me entendían o no captaban lo que decía o el llamamiento que Dios me había hecho. Hubo momentos en que aquellos a quienes más amaba me abandonaron, me dejaron solo.

Así que conozco el intenso dolor y la angustia que se siente cuando alguien te defrauda. Pero tuve que seguir adelante a pesar de ese dolor. Tuve que cumplir el llamamiento que me había hecho Mi Padre, aunque justo cuando estaba a punto de hacer el mayor de los sacrificios me dio la impresión de que Mis discípulos y los que amaba me abandonaron y de que Mi propio Padre me hubiera vuelto la espalda.

Qué derrota más ignominiosa habría sido albergar el dolor que me ocasionaban las palabras de los demás y las acusaciones de Mis enemigos. Qué triunfo habría sido para el Maligno que me hubiera dedicado a atender Mis heridas o hubiera esperado a que otros se acercaran a pedirme perdón antes de cumplir la misión que me había encomendado Mi Padre de entregar la vida para salvar al mundo.

Al igual que ustedes, tenía una misión que cumplir. No disponía de mucho tiempo para cumplirla. A ustedes les pasa algo parecido, porque se acerca el Fin. Tengan la certeza de que para cumplir el llamamiento que les he hecho, si claman a Mí, tienen a su disposición la misma fortaleza sobrenatural que se me concedió para no hacer caso de las ofensas, las acusaciones y el dolor de lo que me decían y hacían. No se dejen detener por eso, porque si lo hacen se perderá mucho, y no solo para ustedes, sino para el progreso general de Mi obra.

Los quiero y necesito, a cada uno. Así que despójense de los pesos que los asedian y corran con paciencia la carrera que tienen por delante, puestos los ojos en Mí, el Autor y Consumador de su fe (Hebreos 12:1-2). Estaré a su lado y les daré la gracia, el perdón y todo lo que necesiten para que el bálsamo sanador de Mi Espíritu obre en su vida y transformen un corazón quebrantado y afligido en uno más grande y hermoso, ya que estará fundido con el Mío. ⁽²⁷⁾

1. Detalles íntimos de Mi vida! #3268:1,2
2. ¡Prenda de amor con motivo de la Celebración! #3226:7-14
3. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:25
4. ¡Prenda de amor con motivo de la Celebración! #3226:15-30
5. Palabras de sabiduría, 1ª parte #3614:88
6. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:20-23
7. Circular de Mamá nº6 #3156:113
8. Amor perfecto #3636:86, 87
9. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:50-59
10. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:10-12
11. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:9-15
12. ¡No son del mundo! 1ª parte #3648:53,54, 82-84
13. ¡Estamos bien acompañados! #3557:59, 60
14. ¡Opten por la unidad! #3642:134, 135
15. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:48-52
16. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:3-6
17. Encontrar belleza en el collage de la vida #3598:62, 68
18. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:55-59
19. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:41, 42
20. ¡No son del mundo! 1ª parte #3648:68, 69
21. ¡Al rescate! 1ª parte #3114:93, 94
22. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:28-30
23. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:60, 61
24. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:9
25. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:16-18
26. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:62- 64
27. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:4-8



© Greg Olsen

PROFECÍAS PARA LHDD - 11 - 02

DETALLES DE MI VIDA

PARTE 2

Detalles de Mi Vida – 2ª Parte

Libro 11, Compilación #02 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Pasando Tiempo a Solas con Mi Padre

Cuando vivía en la Tierra tuve que afrontar numerosas situaciones difíciles. Había muchos obstáculos que salvar y superar. ¿Sabéis cuál fue una de las lecciones más importantes que me tocó aprender? Una de las enseñanzas y las pruebas más importantes fue aprender a no apoyarme en el brazo de carne, sino en Dios, en Mi Padre. Pues sí, pasé por grandes pruebas en la batalla entre la carne y el espíritu. Estaba en la Tierra y me había hecho un hombre de carne y hueso. Me hice carne a fin de experimentar las mismas cosas que vosotros, sentir vuestros mismos dolores, reír como lo hacéis vosotros y vivir la vida de la misma manera que vosotros.

Me había hecho carne... ¡y con ello descubrí que una de las cosas más importantes que tendría que aprender como hombre carnal era apoyarme en lo espiritual! Sencillamente tuve que aprender a volver a Mi origen, ¡al fundamento!

Conozco la lucha entre carne y espíritu, lo que es debatirse entre las dos cosas. Fue necesario que tuviera esas tentaciones para poderos comprender. De no haber sentido tentaciones de apoyarme en el brazo de carne no podría ayudaros ahora a obtener la victoria sobre una estratagema tan frecuente de Satanás.

Cada vez que me veía ante una situación grave tenía que tomar una decisión. Tenía que decidir si trataría de resolver los problemas por Mi cuenta o si me detendría a consultar con Mi Padre, reconocer que necesitaba ayuda del Cielo y obtener poder de lo Alto.

El Diablo siempre andaba a la busca de formas de tentarme en ese sentido. Como sabéis, justo cuando me disponía a emprender Mi ministerio público, me tentó ofreciéndome riquezas, poder y gloria en todos los reinos del mundo. Lo que no sabéis es que cuando se dio cuenta de que aquello no dio resultado, una vez que me lancé a llevar a cabo Mi obra entre las multitudes, trató de atacarme desde otro ángulo.

Ese odioso Diablo trataba muchas veces de hacerme caer en trampas más sutiles. No me tentaba descaradamente con deseos de desistir, de abandonar Mi llamamiento, pero sí me tentaba para que me apoyara en Mi sabiduría carnal en el desempeño de Mi obra. No tardé en descubrir que algunas de esas sutiles tretas podían ser más mortíferas que sus ataques más obvios.

Una de las cosas que más intentaba era hacerme caer tentándome a apoyarme en Mi sabiduría y entendimiento carnales en vez de escuchar al Cielo y obtener instrucciones de lo Alto. Procuraba decirme que podía valerme por Mí mismo, que como me había aventurado a salir de Mi morada celestial no vendría mal desplegar las alas y ver qué podía llegar a ser. ¡En la carne, digo! ¡Qué chistoso! ¡Ahora parece ridículo! En todo caso, fue una gran prueba, ya que como estaba en carne resultaba tentador para Mi mentalidad humana.

Satanás me tentaba con este pensamiento: “Estoy en carne, y todo es tan diferente para Mí. Al fin y al cabo, si soy el Hijo de Dios, aun en lo carnal debo de ser superior a todos los que me rodean. Mi misma sabiduría carnal debe de sobrepasar con mucho a la de los demás. ¿Qué necesidad tengo de escuchar al Cielo si puedo resolver todos los problemas por Mi cuenta?” ¡Qué disparate! ¡Qué mentiras tan absurdas!

Al ver que no funcionaba trataba de hacerme pensar que no tenía tiempo para escuchar al Cielo respecto a ciertas cosas; que como siempre había alguna necesidad urgente, tenía que acortar Mi tiempo de oración. Satanás sabía muy bien que si conseguía que me apoyara en el brazo de carne perdería el poder que necesitaba para derrotarlo y liberaros.

Así pues, tuve que combatir aquellas batallas de la carne y Mi sabiduría y entendimiento carnales, lo mismo que vosotros, ¡ya que estaba en la carne! Mi vida consistía en una serie incesante de decisiones, lo mismo que la vuestra. Todos los días tenía que tomar decisiones, y en todos los casos debía escoger entre recibir instrucciones directas de Mi Padre celestial o tratar de resolver las situaciones problemáticas por Mis propias fuerzas y apoyado en Mi entendimiento carnal.

¡El Secreto del Éxito Está en Escuchar al Cielo!

La batalla de la carne y el espíritu era sin duda un obstáculo que debía sortear para hacer las obras que sabía que Mi Padre contaba con que hiciera. La única forma en que podía persistir y superar las pruebas era clamar a Mi Padre, y cuando lo hacía Él me daba un plan. Y cumpliendo esos planes hallaba las fuerzas, la energía y la sabiduría para luchar y ganar.

Mis experiencias terrenas me sirvieron para aprender, pero también aprendí de las experiencias y errores ajenos. Observando a los que me rodeaban, había momentos en que dudaba de su conducta. Entonces preguntaba a Mi Padre lo que no entendía, y siempre me lo aclaraba todo, y de esa forma aprendía. Como se lo preguntaba todo, Él me abría los ojos para que pudiera aprender de lo que me rodeaba. Así iba madurando y evitaba cometer los errores de otros. Aprendí observando. Aprendía de las equivocaciones ajenas.

Entonces se hacía patente que contaba con algo superior a la sabiduría carnal, ya que cuanto me decía Mi Padre siempre resultaba. Yo tenía comunicación con el Cielo, y en tanto que mantuviera una conexión estrecha, en tanto que escuchara al Cielo en vez de apoyarme en el entendimiento carnal, todo salía bien.

El plan que me comunicaba Mi Padre era sencillo. Para triunfar, para tener las fuerzas, energía, fe y sabiduría que necesitaba a fin de llevar a cabo Mi misión, debía pasar tiempo con Él todos los días. No solo tenía que alejarme de las multitudes, sino también de Mis amigos más allegados, para pasar unos momentos a solas con Mi padre en silencio y libre de distracciones a fin de escucharle con claridad.

Por eso madrugaba y me iba a orar antes de que comenzara el día. Por eso muchas veces me escondía o me iba a un cerro. Así podía tomarme ese tiempo para alzar la vista al Cielo y obtener instrucciones para el día. Así era como adquiría la fortaleza y entendimiento

para desempeñar Mi ministerio. Eso era lo que me permitía obrar milagros, y así era como podía responder a todo el que me preguntaba: primero escuchaba a Mi Padre y Él me instruía.

Cada vez que me veía frente a una situación difícil o importante sólo podía acudir a Mi Padre para que me ayudara a salir airoso. El Diablo estaba al ataque, tentándome para hacerme creer que era capaz por Mí mismo, que podía saltarme la consulta con Mi Padre y lanzarme por Mi cuenta. Sin embargo, como obraba acertadamente, como todas las veces opté por no dar un paso sin escuchar al Cielo, al final siempre ganaba.

Como seguí el plan que me había dado Mi Padre, Él me abrió los ojos para ver cómo habían caído otros a Mi alrededor. Me indicó claramente en qué habían fallado. Los que en la carne parecían fuertes, los que eran sabios en los caminos del mundo, los cultos, los entendidos en los caminos y la ciencia del mundo, no sabían nada en comparación con lo que me revelaba Mi Padre. Observando a Mi alrededor se me hizo evidente que el entendimiento carnal no tenía ningún valor comparado con lo que me revelaba Mi Padre cuando estaba solo con Él conectado espiritualmente. Estaba claro lo superior que Yo era: no se debía a ninguna característica especial de Mi carne, sino tan solo al poder milagroso de Dios que Yo poseía.

Mi carne era como la de cualquier otro. No obstante, Mi sabiduría sobrepasaba toda ciencia, poder o fuerza terrena, porque escuchaba al Cielo. El Cielo estaba en Mí, y el fruto lo demostraba. Los milagros que realizaba, el poder que manifestaba y que transformaba corazones y actitudes y sanaba cuerpos; el poder que me ayudó a vencer al mundo era prueba de ello. Triunfé porque superé las pruebas con ayuda del Cielo. Obtuve la victoria porque no quise apoyarme en el brazo de carne, sino someter por entero Mi ser carnal al poder del Cielo.

Esa fue una de las pruebas más grandes para Mí en la Tierra: apoyarme en Dios, en Mi Padre, en vez de en la mentalidad y entendimiento carnales. Tuve que someterme y apoyarme en Dios, que estaba en Mí, no en Mi carne; ¡lo mismo que vosotros! ⁽¹⁾

La Fortaleza que Proviene de la Quietud

Se saca mucha fortaleza de la quietud, porque “en quietud y en confianza será vuestra fortaleza” (Isaías 30:15b). Hijos míos, no se tomen a la ligera la importancia de estas sabias Palabras, que son de gran valía.

Tenía que dedicar tiempo a la oración y a comunicarme con el Cielo. A buscar a Mi padre con apremio para que me diera unguimiento, Su santa consagración, y llenarme de Su poder y fortaleza a fin de realizar cada una de las grandes tareas que había de emprender.

¿Por qué tenía que pasar aquellos ratos de oración, meditación y quietud a solas? Porque por Mi cuenta, en Mi naturaleza carnal, no podía obtener la victoria. Mi naturaleza carnal no tenía poder para ganar la batalla en espíritu; por lo tanto, para vencer, necesitaba esos momentos. Primero tenía que recibir el unguimiento del espíritu. La única manera de recibir la plena fortaleza de espíritu que podía proporcionarme Mi Padre para vencer eran los ratos que pasaba a solas con Él.

Las batallas que libré, a pesar de que se manifestaban carnalmente, las libraba en espíritu. Lo mismo pasa con las batallas de ustedes en estos Tiempos del Fin: si bien tienen

manifestaciones carnales en todo lo que los rodea, son batallas que se libran en el plano espiritual. Por lo tanto, es necesario ganarlas en espíritu. La única manera en que podía salir victorioso de ellas era recurrir a la fortaleza que proviene del Cielo, y para eso debía empezar con oración y súplica a Mi Padre a fin de obtener el unguimiento y poder para continuar.

Mientras recorría la Tierra, la única forma de cumplir Mi cometido era pasar aquellos ratos a solas con Mi Padre en oración y súplica por Mis necesidades, porque carecía de la fortaleza física. Gracias a esos momentos en privado para ganar la batalla primero en espíritu, obtenía la victoria, y eso rige también para ustedes, Hijos Míos. Era en aquellos ratos a solas con Mi Padre cuando podía concentrarme exclusivamente en Él; también eran momentos en que podía recibir de forma más plena lo que Él quería darme, sin las distracciones e interrupciones propias de estar rodeado de otros.

El siervo no es más que su Maestro, hijos Míos. Si fue necesario para Mí cuando andaba en forma humana, también lo es para ustedes.

Tenía que pasar momentos de silencio a solas con Mi Padre en toda misión que me encargaba; de lo contrario, no habría tenido la fortaleza para llevarla a cabo. De no haber hecho una pausa para recibir poder de lo alto, no habría tenido el unguimiento y la potestad de entender el propósito y la sabiduría de lo que me pedía cada vez. No habría podido saber qué tenía que hacer siquiera. Habría carecido de guía. En aquellos momentos de quietud recibía la guía e instrucción para saber qué rumbo tomar cada vez.

Estando a solas, orando en el desierto me mandó emprender Mi ministerio público. Fue al pie de la montaña, al levantarme temprano a orar, cuando recibí el mandato y el unguimiento de ir a predicar a las multitudes. Al levantarme temprano para hacer una vigilia de oración a Mi Padre, me llené de fe para hacer el milagro de los panes y los peces.

A solas en la quietud de las horas previas al amanecer recibí el unguimiento para predicar el Sermón de la Montaña. A solas en el huerto de Getsemaní me consagró, santificó y ungió Mi Padre con aceite del Cielo. Así obtuve el poder para perseverar hasta morir en la cruz para que ustedes se salvaran. En el huerto, en aquellas horas cercanas a la medianoche, mientras hacía vigilia con Mi Padre, me llené de fe y resolución divinas. La fe para mantenerme firme, la resolución inquebrantable de no cejar, la convicción para mirar a Pilatos a los ojos sin pestañear y anunciarle que Mi Reino no era de este mundo.

Estando así en oración se me infundió la fe y la paciencia para recorrer el camino al Calvario. Fue orando en el huerto cuando el corazón se me llenó de amor hasta rebosar en medida suficiente para perdonar incluso a los que me traspasaron las manos y los pies y me coronaron de espinas. Fue en aquel lugar de oración donde se me dio la plena preparación de fe, fortaleza y poder y el pleno unguimiento para concluir la misión que tenía por delante.

Todo lo que hice, todos Mis logros, toda victoria, cada éxito, tuvo su origen en los ratos de quietud, estando por así decirlo en los aposentos secretos a solas con Mi Padre. ¿Por qué? Porque entonces no solo me daba la orden, sino el unguimiento y el poder para salir a luchar y ganar la batalla.

No trataba de librar las batallas por Mí mismo, y tampoco deben hacerlo ustedes. Sabía que por Mi cuenta no sería capaz. Sabía que en la carne era débil, puesto que así es la carne. Físicamente no tenía las condiciones para ello, de la misma manera que tampoco las tienen

ustedes. En la carne era imposible ganar la batalla del espíritu; por tanto, para vencer, necesitaba ante todo el pleno ungimiento y la potencia de fuego del espíritu.

¿Acaso no desafié el poder y fortaleza del brazo de carne de los hombres? Claro que sí. Primero que nada gané la batalla en espíritu, y eso hizo posible la victoria en la carne. Vencí tanto física como espiritualmente. En espíritu, salvándolos mediante Mi muerte, crucifixión y expiación. Y en la carne, derrotando a la propia muerte al resucitar.

La única forma de triunfar es clamar al Espíritu y la misericordia de Dios. Por eso es necesario pasar momentos a solas en oración y súplica antes de la batalla. Mientras estaba en la Tierra tenía que hacerlo. Ustedes también tendrán que hacerlo para salir vencedores. Dado que la verdadera batalla se libra en espíritu, es necesario que Yo les dé gran dedicación de espíritu para luchar y vencer. Esa es la razón por la que ustedes, al igual que hacía Yo, deben pasar esos ratos a solas conmigo antes de emprender toda empresa o misión.

Cada vez que tenía alguna tarea importante frente a Mí, me veía obligado a acudir a Mi Padre a fin de implorarle ayuda, misericordia y fortaleza para poder emprenderla. Era la única forma de llevarla a cabo y la única razón por la que la cumplía con éxito. Tenía que estar con Él a solas y ganar la batalla en espíritu antes de salir a manifestar Su poder ante todos los hombres.

Si fuera una batalla carnal, sería posible ganarla para los que son fuertes en la carne. Pero como no se libra en la carne sino en espíritu, es necesario que acudan a Mí. Así como Yo tenía que acudir a Mi Padre en busca de ayuda, misericordia, fortaleza y poder para cada misión importante que me confiaba, ustedes deben hacerlo también. ⁽²⁾

Recibí la Guía de Dios

¿Cómo podía saber cuál era la decisión acertada ante cada situación que se me presentaba, y decidir en consecuencia? Convertí en regla inquebrantable el prestar oído a Mi Padre. Cada acción Mía, cada decisión, era la indicada, la opción humilde y perfecta, porque era la que Mi padre quería que tomara.

Aunque tener constancia en consultármelo todo les parezca difícil y poco práctico, deben entender que no se trata de un proceso largo y complejo cada vez que lo hagan. El Espíritu transmite continuamente. No tienen más que aprender a accionar el interruptor y sintonizarse. Es vital para el éxito de su misión personal en la Tierra, como lo fue para la Mía.

Desde luego que aprender a escuchar claramente al Cielo suele tomar tiempo y práctica. No siempre se da con facilidad; para enfocarse bien y recibir las señales hace falta disciplina y concentración, y a veces supone una ardua lucha espiritual. Lo era para Mí; tenía que batallar con apremio para lograrlo. Además de que me tentara el Diablo, ¿qué creen que estuve haciendo aquellos cuarenta días y noches después de que me bautizara Juan? Me dediqué a buscar a Mi Padre con apremio y a aprender a conectarme con Su fortaleza y Espíritu. Estaba aprendiendo a escucharle.

Sabía que si no lograba hacer contacto con el Espíritu de Mi Padre y recibir guía e instrucción de Él jamás saldría adelante. Sabía bien que no me sería posible lograr Mi

propósito y hacer Su voluntad en cada circunstancia en que me encontrara, en cada situación que tuviera que afrontar, si no tenía un vínculo estrecho con Él.

Podrían suponer que la facultad de escuchar a Mi Padre era perfectamente natural para Mí, algo inherente a Mi naturaleza, parte de Mi ser, por ser el Hijo de Dios encarnado en la Tierra. Pero no era así. Al contrario, era algo que me exigía mucho esfuerzo y apremio. El Enemigo lo combatía por todos los medios; suponía una intensa lucha espiritual. No era nada fácil.

¿Les parece raro que Yo no siempre pudiera escuchar la voz de Mi Padre de manera automática y sin confusión alguna? Deben entender que Mi Padre tuvo que permitir que me sintiera un tanto desconectado de Él al principio, ya que era necesario que aprendiera a conectarme. Debía ser algo que me costara esfuerzo. Era necesario que asumiera la naturaleza humana y experimentara las debilidades propias de ella para comprender las dificultades que se les presentaban a ustedes y poder ayudarlos a superarlas.

Me relacionaba con Mi Padre de la misma forma que lo hacen ustedes conmigo hoy en día. Tenía que conectarme a Su poder. No podía hacerlo por Mí mismo; al igual que ustedes, no podía acceder a toda la sabiduría celestial por ósmosis. Me era necesario pedirla, tenía que absorberla, tenía que estar sometido para poder recibirla, al igual que ustedes hoy.

Al venir a la Tierra tuve que someterme a una especie de borrado de memoria. No habría podido pasar por todo lo que tuve que pasar, ni haber aprendido lo que necesitaba aprender para convertirme en vuestro Sumo Sacerdote, si hubiera sido omnisciente en ese entonces y no hubiera necesitado la ayuda de Mi Padre. Tampoco habría sabido lo que se siente cuando se tiene necesidad de soluciones, guía e instrucción. Era necesario que pasara por todo lo que tienen que pasar ustedes.

Desde luego, con el tiempo -una vez que supe qué pasos dar para proyectarme al plano espiritual y captar las señales- se me hizo más fácil escuchar al Cielo. Pero aun después de volverme diestro en la materia, había ocasiones en que la solución o instrucción no llegaba al instante, en que recibir algo exigía mucho esfuerzo y no todo estaba claro al momento de consultar.

El primer ejemplo que me viene a la memoria es la vez que los fariseos me trajeron a la mujer adúltera para preguntarme: “Maestro, ¿qué dices que debemos hacer con esta mujer?” Sabía que me estaban poniendo a prueba y su intención era acorralarme con esa pregunta, y no sabía qué responderles. No podía apoyarme en Mi propio entendimiento o experiencia. Tampoco había obtenido una respuesta inmediata de Mi Padre, a pesar de haberle preguntado. Esa fue la parte más difícil, y se convirtió en una difícil prueba para Mí. ¿Cedería al pánico? ¿Seguiría adelante sin más apoyándome en Mi propios razonamientos? ¿O guardaría silencio y me alejaría de allí? ¿Qué podía hacer? No lo sabía. Pensé: *Esperaré. Mantendré la calma afianzado en la fe a la espera de la respuesta de Mi Padre, y confiaré.*

Aquellos momentos me parecieron horas, y también a quienes me rodeaban: a Mis discípulos, que se preguntaban si tendría la respuesta para tan polémico interrogante, daba la impresión de ser una situación sin salida, y su fe en Mí se vio puesta a prueba; a los escribas y fariseos, que se impacientaban y me presionaban, ansiosos como estaban por atraparme delante del pueblo; a la multitud que me rodeaba y ansiaba escuchar el veredicto; y también a

la mujer cuya fe fue puesta a dura prueba, mientras esperaba la sentencia.

Era una situación de vida o muerte, llena de tensión. Me sentí tentado a ceder a la tremenda presión que sentía para dar respuesta. Pero esperé a la guía de Mi Padre. Aguardé en silencio y con paciencia la voz del Señor. Esperé con fe, sabiendo que Mi Padre no me fallaría en tanto que Yo no dejara de hacer lo que me había ordenado.

¡Entonces llegó la respuesta! Mi Padre me había hablado, me lo había dejado claro, ¡y qué alivió que sentí! Era la solución perfecta y lo que había que hacer. Me indicó que les dijera: “El que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”. Y dado que no había nadie allí exento de pecado, aquel día no se arrojó piedra alguna, y le perdoné los pecados a aquella mujer. (Ver Juan 8:3-11.)

Como verán, al igual que ustedes, no poseía gran sabiduría por Mí mismo, sino la que recibía de Mi Padre. Porque toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17).

“Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar” (Santiago 1:19). No procedan hasta que hayan recibido Mi guía, y entonces actúen con fe. Una vez que estén seguros de que en efecto es lo que quiero que hagan, no teman hacerlo. Pídanme ungimiento, y procedan con fe, confiando en que llevaré buen fruto en su vida y en la de quienes estén a su alrededor. ⁽³⁾

Energía Espiritual

Cuando anduve por la Tierra y vi la debilidad del hombre, cuando experimenté su sufrimiento, su dolor y sus enfermedades, me compadecí de él (Mateo 9:36). Me motivó a ayudarlo, alcanzarlo, tocarlo y sanarlo. Pero para poder cumplir Mi misión en la Tierra, aprendí que era necesario pasar tiempo con Mi Padre en oración y en fervor de espíritu para establecer conexión y recibir de Él, de modo que Yo pudiera dar a los necesitados.

Asimismo, cuando envié a Mis discípulos, Mis seguidores, por los caminos y los vallados - no solo para encontrar y salvar a los que estaban perdidos y predicar el Evangelio, sino para curar a los enfermos-, se dieron cuenta de que necesitaban participar del Espíritu del Padre para obtener el poder con que liberarlos de las plagas que los poseían. Hubo una ocasión en que trataron de expulsar demonios y vieron que su ungimiento y sus dones no eran suficientes. Les expliqué que ese género no salía sino con oración y ayuno (Mateo 17:14-21).

Vieron que no era suficiente predicar en Mi nombre, sino que además debían pasar tiempo en oración ferviente para lograr esa conexión y mantenerla fuerte. Mis dones se otorgan en diferentes grados según la necesidad y urgencia de la situación, y según la fuerza de la batalla espiritual, así como el fervor y fe de Mis discípulos.

La curación es energía espiritual. Por ejemplo, cuando aquella mujer, llena de fe, tocó el borde de Mi manto para que cesara el flujo de sangre, salió poder de Mí, el poder y la energía del Espíritu (Marcos 5:25-30). Por eso, tenía que pasar ratos en oración recibiendo poder de Mi Padre celestial antes de ministrar a la gente. Pasar esos ratos con Él era como recargarme del poder del Espíritu que necesitaría para atender a las multitudes.

Obtenía poder de la fuente de energía de Mi Padre, y la gente obtenía de Mí lo que Yo

había recibido del Padre. Mi cuerpo físico no poseía en sí poder para sanar; tampoco lo tenía Mi mente. Pero Mi Espíritu era la estación repetidora que me transmitía poder de lo alto, el cual se convertía en energía sanadora para los que la buscaban con fe y afán.

Por Mi naturaleza divina, el Padre me bendijo con todo lo que me podía dar, lo que ustedes llamarían dones del Espíritu. Poseía los dones de sabiduría, curación, milagros y profecía. Sin embargo, por Mí mismo -o sea, en Mi naturaleza humana- no tenía nada. Todo provenía del Padre y de Sus innumerables espíritus ministradores que estaban a Mi disposición. Por eso decía que no hay nada bueno sino sólo lo que proviene del Padre, y que las obras que Yo hacía no eran Mías, sino del Padre, así como que las Palabras que Yo hablaba no eran Mías, sino de Él (Marcos 10:18). Como estaba en carne humana, todo lo que fuera de naturaleza divina me tenía que venir del Padre, y para obtenerlo, debía pasar tiempo con Él.

Quisiera que ustedes procedieran de la misma forma que Yo cuando estaba en la Tierra.
(4)

Decisiones de Particular Importancia

Yo sabía que Dios tenía la situación en sus manos, que físicamente Yo estaba limitado y que las verdaderas obras y los verdaderos milagros los tenía que obrar Dios mediante el Espíritu. Era Dios Padre quien preparaba los milagros, los hacía y disponía qué debía ocurrir y cuándo.

Mi carne tenía tantas limitaciones como la tuya. No podía estar en más de un lugar a la vez. Por lo general solo atendía a unos pocos de cada vez, aparte de las ocasiones en que hablaba a las multitudes. Tenía tan poco tiempo como tú para ayudar personalmente a Mis discípulos o a los necesitados. El día no tenía más de veinticuatro horas, y parte de ellas las tenía que dedicar a dormir, comer o atender a otras necesidades físicas. Sabía lo que necesitaba Mi rebaño y estaba tan limitado como tú para atenderlos en la carne.

Los mayores logros los conseguí espiritualmente. Echando Mis ansiedades sobre el Padre y andando en amor y fe, el efecto que tuve sobre las personas a las que ministré se potenciaba al máximo. Si no hubiera echado Mis ansiedades sobre el Padre, no habría andado con fe y confianza; me habría consumido con las preocupaciones, cargas y afanes de la carne y no habría ministrado los dones del Espíritu a Mis discípulos y demás seguidores. Tenía que entregarme por entero a la voluntad de Mi Padre y captar Sus indicaciones con claridad a fin de lograr lo que Él se proponía con Mi vida. (5)

Siempre habrá demasiado que hacer. Siempre habrá algo que no alcanzaste a realizar y algo más que hubieras deseado hacer. Conozco muy bien esa sensación, porque a Mí muchas veces me pasaba lo mismo. De ahí la enorme importancia de tener claras las prioridades y saber con certeza que lo que estás haciendo es efectivamente lo más importante; que será eso lo que dé un fruto perdurable.

No siempre sabrás lo que es más importante o lo más urgente. Por eso, es esencial que me lo preguntes. En Mi tránsito por la Tierra Yo tampoco estaba siempre seguro; de modo que

se lo preguntaba a Mi Padre, y Él me ayudaba a determinar el orden prioridades. Por el ejemplo que les di con Mis actos, notarán que algunas cosas que decidí hacer no siempre eran las que por lógica se hubieran considerado más importantes o urgentes. Así fue con la curación de algún enfermo o la resurrección de alguien ya fallecido. Sabía que tenía que obrar influido por el Espíritu, que tenía que escuchar la voz de Mi Padre, dado que el tiempo apremiaba y era necesario sacarle el mayor provecho posible.

El asedio de las multitudes era constante. Yo lo sentía más que ustedes y, sin embargo, sacaba tiempo para ir de pesca con Mis discípulos, hablar con la samaritana y mezclarme con los niños, y mucho más. Bastantes decisiones que tomé eran contrarias al razonamiento humano natural; no obstante, obedecía la guía de Mi Padre. Algunas de las decisiones menores que tomé, que parecían ilógicas y contrarias a lo esperado, fueron las que a la postre repercutieron más en la vida de los demás y dejaron huella en la historia.

Imiten Mi ejemplo de escuchar al Padre a cada paso, y también acertarán y obrarán con gran eficacia. ⁽⁶⁾

Cuando anduve como hombre por la tierra y puse en práctica la doctrina que me había inculcado Mi Padre, pude edificar sobre un cimiento sólido y firme y me llené de la sabiduría de lo alto. Vivir de conformidad con la doctrina fue lo que me otorgó la sabiduría. Así era como obtenía fuerzas: las extraía de la Palabra que me fue dada de lo alto. De no haberla llevado a la práctica en su totalidad, quizá podría haber hecho algo de bien y ayudar a unos pocos de los que procuraban Mi ayuda, un poco por aquí y otro poco por allá; mas nunca habría podido concluir la misión que se me había encomendado. A medida que fui obedeciendo me di cuenta de que el único medio de obtener la plena fortaleza, la plena sabiduría y el pleno poder de Mi Padre era siendo consecuente con toda la doctrina.

El siervo no es mayor que su Señor. Como fue en Mi caso, también lo será en el vuestro. Si queréis recibir Mi poder en su plenitud, vivid según todas Mis Palabras. Si sólo aplicáis parte de la doctrina, sólo podréis contar con parte de Mi fortaleza y poder. La sabiduría, felicidad, alegría, paz y satisfacción se os otorgaran en la misma medida en que obedezcáis Mis Palabras.

Seguir de cerca al Padre en Mi campo de misión fue lo que me mantuvo en marcha y me dio la fortaleza y el poder para testificar; eso fue lo que me sacó adelante. La emoción de ver un alma salvarse hacía que todo valiera la pena. Todos los problemas, pesos y angustias, y el apremio de la multitud se desvanecían cada vez que veía el enorme poder de Mi Padre cuando recurría a Él y obraba milagros.

A Mí también me hablaron muchas voces, algunas mediante seres queridos bien intencionados. Sin embargo, aprendí que sólo obtendría fortaleza y poder siguiendo a Mi Padre celestial. Si hubiera hecho caso de las demás voces que pretendían desviarme, las cosas habrían sido muy distintas. Mis cimientos se habrían debilitado por un sinnúmero de otros factores que habrían intervenido. Viviendo la doctrina, siguiendo la verdad y poniéndola por obra con todas sus consecuencias fue como me fortalecí y pude mantenerme sin mancha en mi corazón. Gracias a ello mantuve una actitud firme en Mis pensamientos, en Mi corazón y en espíritu. ⁽⁷⁾

Apartaos de todo como hacía Yo. Buscad como podáis un rincón donde pasar ratos a solas conmigo. Cuando la situación se ponga difícil y no encontréis refugio, pedídmelo y Yo os lo daré. Recordad que Yo me levantaba temprano y subía a la montaña a orar. No tenía más remedio; de lo contrario me habrían faltado las fuerzas. Cuando lo hacía, ¡era una maravilla! En esos momentos me llenaba, me renovaba. Aspiraba el aire celestial, y éste me infundía fuerzas, ¡una tremenda fuerza magnética venida de lo alto!

No olvidéis tomaros esos ratitos, os lo ruego. Los necesitaréis todavía más que Yo, porque tal como os prometí, haréis obras aún mayores que las Mías. En estos Postreros Días hay aún más tinieblas que antes en el mundo, y necesitaréis fuerzas mayores que las que necesité Yo cuando anduve en carne. Os harán falta para contener la marea de iniquidad que ha cubierto la Tierra. ¡Más no os preocupéis! No tenéis nada que temer. Estoy a vuestro lado. Cuando os acostéis en nuestro lecho de amor os llenaré de Mis simientes doradas de poder. Todo saldrá bien. Esta misión saldrá conforme a Mi plan. ⁽⁸⁾

Entiendo que emplear el don de profecía supone un reto; cuando estaba en la Tierra, en algunas ocasiones lo fue también para Mí. Había muchas distracciones. Recibir mensajes de Mi Padre exigía mucha fe y flexibilidad de Mi parte. De ahí que a veces me apartara e internara en las montañas en busca de un remanso de quietud donde pudiera escucharlo. Me levantaba de madrugada, antes que todos los demás y me tomaba ese tiempo a solas con Él. Ustedes podrían intentar hacer eso también, si lo desean, y ver si les da resultado.

No dejen que el Enemigo los desanime con su don de profecía; tengan la certeza de que quiero hablarles. Sigán empapándose de Mi Palabra y llenándose el corazón, la mente y el espíritu de Mis promesas. Recuerden el versículo que dice: “Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces” (Jeremías 33:3). Aquí les dejo otro más: “Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29:13). Recuerden Mis promesas: se escribieron para ustedes.

Así que cuando el Enemigo los asalte armado de sus muchas mentiras y pensamientos desalentadores para convencerlos de que no pueden escucharme o que se trata de sus propios pensamientos, repréndanlo con esos versículos y con Mis llaves. Oblíguenlo a retroceder. Confíen en que después de haber orado y haberme pedido que me tome el tiempo de hablarles, en efecto, les enseñaré cosas grandes y ocultas que no conocen. Prometo hacerlo. Yo nunca falto a Mis promesas (Números 23:19). ⁽⁹⁾

Durante Mi estadía en la Tierra, pasé muchas, muchas horas en oración, porque entendía muy bien lo vital que es rogar con fervor. Tenía claro lo increíblemente eficaz que es y la capacidad que tiene para influir decisivamente. Es un principio espiritual básico; no es un concepto nuevo. Sin embargo, son demasiado pocos los que se sirven de esa arma como deberían. Yo me levantaba temprano por la mañana para departir con Mi Padre en oración. Sabía que para que Mi misión -aquella misión tan enorme que exigía hacer tanto en muy poco tiempo- tuviera éxito, tenía que tomarme ese tiempo. Tenía que levantarme temprano y vencer primero al Diablo en oración.

Y ahora cuentan con el poder de las llaves, que aumenta muchísimo el efecto de sus oraciones. Amores Míos, deben tomar conciencia de la enorme eficacia de esa arma y emplearla mucho más de lo que lo han hecho hasta ahora. Si cada integrante de la Familia se valiera del arma de la oración más activamente y con más destreza, ¡serían una fuerza imparable!

Sigan Mis huellas, esposas Mías; hagan lo que hacía Yo. Cuando me vi ante la imposibilidad de resucitar a Lázaro, ¿qué hice? Alcé los ojos y el corazón a Mi Padre en oración y lo alabé por escucharme. Lo alabé por la respuesta aun antes de haberla visto. Dije: “Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sé que siempre me oyes” (Juan 11:41-42). Así como Mi Padre siempre me escuchó, siempre las escucho Yo a ustedes, esposas Mías. ⁽¹⁰⁾

¡Pruebas con el orgullo!

Otra prueba sería por la que tuve que pasar, y tiene mucho que ver con apoyarse en la sabiduría carnal, fue la del orgullo. La tentación de ceder a la vanagloria de la vida es la mayor prueba para los hombres, y ni Yo me libré de ella. Fue la soberbia lo que acarrió la caída de Lucifer, y él tenía la esperanza de que también trajera la Mía. Por eso me tentaba con el orgullo.

Aunque Yo era hijo de un humilde carpintero, y aunque en lo que respecta a riquezas materiales y formación mundana no tenía mucho motivo para enorgullecerme, cuando crecí y me fortalecí en espíritu el Enemigo me tentó en otros sentidos con el orgullo.

Una de las mayores tentaciones la tuve en aquella famosa fiesta en Jerusalén. Tenía apenas doce años cuando me puse a conversar en el templo con los sabios y eruditos, pero en cuanto abrí la boca se quedaron maravillados de Mi entendimiento. Aquella sabiduría provenía de Mi Padre celestial. Sin embargo, Satanás me hablaba al oído tentándome para que me atribuyera el mérito a Mí mismo.

Poco después, cuando regresaron Mi madre y Mi padre José a buscarme, si Yo hubiera caído en la tentación del orgullo, no habría tenido las fuerzas para obedecer y acceder a los deseos de Mis padres de regresar con ellos a la ciudad donde vivía. Como veis, el orgullo carnal me decía que me mantuviera firme, que me independizara, que dijera a Mis padres que era dueño de Mi vida e insistiera en quedarme en el templo, donde tendría oportunidad de aprender y hacer más alarde de sabiduría en presencia de aquellos eruditos y entendidos.

Hasta ese momento había sido la voluntad de Mi Padre celestial que me reuniera con los doctores, ya que en aquellos pocos días pude aprender mucho de ellos. También durante ese tiempo quiso Mi Padre demostrar en el templo que Su poder y Su sabiduría moraban en Mí. Pudo revelárselo a aquellos que tenían corazón receptivo mientras Yo les hablaba.

Sin embargo, en cuanto volvieron Mis padres terrenales, Mi Padre celestial había cumplido ya Su designio, y era hora de que Yo hiciera otra cosa. En aquel momento, cuando me vino la tentación del orgullo de querer desobedecer los deseos de Mis padres de regresar con ellos, dirigí una rápida oración mental al Padre. Una vez que pedí ayuda, llegó la solución, y en aquel momento oí claramente Su voz. Sus instrucciones fueron simples: “Has terminado

la misión que te encomendé aquí, y es hora de marcharte. Si obedeces a Tus padres terrenales y vas con ellos, te ayudaré a resistir el orgullo, pues los he puesto a cargo de Ti.”

Oír estas instrucciones de Mi Padre me dio las fuerzas que necesitaba para resistir la tentación de Satanás de ceder al orgullo. Esas palabras de Mi Padre me dieron el valor para acceder con humildad a los deseos de Mis padres terrenos y volver con ellos a Nazaret, donde seguí obedeciéndoles hasta que Él consideró oportuno que emprendiera un ministerio propio.

Superé la prueba del orgullo en Mis años mozos, y también otras parecidas. Pero cuando Mi ministerio público estuvo en pleno apogeo se puso a prueba en mucha mayor medida la tendencia carnal al orgullo.

El Plan de la Humildad

Si os fijáis, os daréis cuenta de que es lógico que tuviera tentaciones de orgullo. Al fin y al cabo, Mis tiempos de gloria en la Tierra, aunque Mis enemigos querían matarme, también fueron semanas y meses en que me aclamaban las muchedumbres. En Mis tiempos de popularidad el Diablo me tentaba con la vanagloria de la vida.

Me tentó numerosas veces para que me atribuyera el mérito a Mí mismo, para que me felicitara a Mí mismo y me autoglorificara por las grandes cosas que hacía conmigo Mi Padre. De haber cedido al orgullo, fácilmente podría haberme atribuido la gloria por aquellos milagros. La única forma de resistir esa tentación era acudir a cada momento a Mi Padre del Cielo implorando Su ayuda. Cada vez que lo hacía me volvía a dar un plan. En este caso era el plan de la humildad. Me decía que cuando me vinieran tentaciones de orgullo la forma de combatirlas era atribuirle abiertamente todo el mérito y la gloria a Él, aun cuando Mi carne no se sintiera inclinada a ello.

Por eso recordaba con frecuencia a Mis discípulos y a los que me rodeaban que por Mí mismo, por Mi propia carne, no podía hacer nada de grandioso, y que no sabía otra cosa sino lo que me revelaba el Padre. Era la pura verdad, y al expresarla, al recordar a otros esa verdad, no solo le reconocía el mérito a Aquel a quien verdaderamente le correspondía, sino que además me ayudaba a conducirme con humildad. En todo momento tenía que atribuirles el mérito y la gloria a Mi Padre. Así era como resistía la tentación del orgullo.

La siguiente fase del plan que me dio Mi Padre para ser humilde fue la siguiente: después de reconocerle el mérito a Él, podía tener un gesto humilde. Me aconsejó que no dejara pasar una situación grave sin hacer algo, y que jamás dejara pasar una oportunidad de hacer un acto de humildad. Me dijo: «Pregúntame siempre. Pregúntame qué quiero que hagas en cada caso, y te lo diré claramente. Te indicaré qué debes hacer en el momento, en toda situación. Te diré cómo puedes manifestar Mi amor siendo humilde. La humildad, Hijo, es la clave para combatir la vanagloria de la vida que aqueja a la carne.»

Así pues, seguí ese plan paso a paso y Mi Padre me fue indicando cómo podía poner la humildad por obra por medio de gestos concretos. Como sabéis, me llevó a asumir el papel de siervo. Muchas veces me indicó que dejara de lado Mis preferencias personales para tender una mano a los que me rodeaban, ya fuera que me tuviera que apartar de Mi camino para

sanar a un enfermo, o que tuviera que animar a un alma cansada con una sonrisa sincera, una palabra amable, un caluroso abrazo o una palmada tranquilizadora en la espalda.

Me indicaba de muchas maneras cómo podía conducirme con humildad. Me decía que siempre prestara oídos a los que tenían que desahogarse hablando de sus problemas, y nunca estaba tan atareado que no pudiera detenerme y saludar a los niños. Él me guiaba a manifestar aprecio con amor a quienes me rodeaban, con gestos de amabilidad y amor. Me inspiraba a poner las necesidades ajenas por encima de las Mías, encargándome de que todos los que me acompañaran tuvieran donde pasar la noche, suficiente comida, abrigo cuando hiciera frío y alguien con quien contar.

Había innumerables maneras en que me indicaba el Padre que podía manifestar humildad; la mayoría de ellas ya os las he contado en diversas ocasiones. Y haciendo caso de Sus instrucciones todas las veces pude resistir la tentación del orgullo.

Ya veis que también tuve que batallar y resistir los pecados de la carne: no solo tuve que aprender a resistir la inclinación a apoyarme en el brazo de carne, ¡sino que también tuve que aprender a resistir el peligroso orgullo! Y al resistirlo, al acudir al Padre en busca de fuerzas y de ayuda para seguir transitando por la senda de la humildad, pudo manifestar Su fuerza y Su poder a través de Mí. Así fue como logré hacer grandes milagros: andando en humildad y no apoyándome en el brazo de carne, sino en el poder del Cielo para que hiciera por medio de Mí lo que Yo no habría podido hacer en Mi propia carne. ⁽¹¹⁾

En todo momento tenía que ser consciente del ejemplo que daba. Huelga decir que para dar el ejemplo que quería Mi Padre que diera no podía apartarme de Él. Como estaba en carne física, en cualquier momento podría haber cometido graves errores de no haber sido por la oración y por la estrecha conexión que mantenía con el Cielo. Tenía que esforzarme por mantenerla, ya que, al fin y al cabo, como estaba en carne hubo muchos momentos en que no me sentía inclinado a obrar con humildad así como así. La carne es humana, y hubo bastantes ocasiones en que Mi naturaleza humana no tenía ánimos para optar por la vía humilde.

En cada prueba tenía que someterme. Tenía que lanzarme a obedecer. Físicamente tenía que mostrarme débil, más en esa debilidad radicaba Mi fortaleza. En efecto, amores Míos, la misma fortaleza que nace de la debilidad era lo que me hacía fuerte. La fuerza de la debilidad era lo que me sacaba adelante. La fuerza de la debilidad de la carne hizo de Mí lo que era y me permitía captar el poder del Cielo.

¡Fui Yo quien inició la revolución de la debilidad! Tened la seguridad de que sé muy bien de qué se trata. Conozco su magnificencia, su sabiduría y la extrema necesidad que hay de ella. Por eso exijo lo mismo a Mis hijos hoy en día; ¡sólo así podréis hacer obras mayores que Yo! A Mi Familia le es dado hacer esas «obras mayores», cosas mayores de las que hice Yo cuando anduve en la carne. Eso sí, os advierto que sólo se dará ese poder a quienes me sigan de cerca, a los que estén dispuestos a manifestar su debilidad para que se luzca Mi gloria.

Este es el secreto para seguirme de cerca: debéis andar en humildad y mostraros débiles. Eso fue lo que tuve que hacer Yo, y gracias a eso triunfé. Innumerables veces se me puso a prueba, y del mismo modo que cada día se os pone a prueba a vosotros con las diversas

opciones que se os presentan, en circunstancias y condiciones muy variadas a lo largo del día, que os ponen ante la decisión de optar por la vía humilde o pasarla por alto.

Yo tuve que adquirir la costumbre, lo mismo que vosotros. Tuve una actitud de mucha oración y busqué cada día a Mi Padre, y de esa forma me ayudó Él siempre y logré superar todas las pruebas. Cada vez que recurría a Él me enseñaba, me orientaba y me indicaba muchas maneras de tener gestos humildes. Así cultivé buenos hábitos. ¡Fui Yo quien creó la costumbre de obrar con humildad! Pues sí, me tocó aprender muchas de las mismas lecciones que tenéis que aprender hoy en día. ¡En esto también abrí camino!

Os voy a contar cómo adquirí la costumbre de obrar con humildad. Tenía que ser consciente. Tenía que ser receptivo al Cielo, a la voz de Mi Padre y lo que me aconsejaba. Tenía que consultar con Él, pedirle que me indicara formas concretas de ser humilde. Sabía que por naturaleza -es decir, por mi naturaleza carnal- no podía hacer lo que me exigía. Sabía que necesitaba fuerzas del Cielo, y que Él me indicaría lo que debía hacer, cómo tenía que comportarme, qué había de decir. Tenía que andar muy en oración.

A la carne no siempre le resulta fácil ser humilde. Por eso tuve que aprender a serlo; tuve que cultivar el hábito. Aprendí que si me mantenía en estrecha comunicación con el Cielo se me indicaría en cada caso cuál era la opción humilde. Y haciéndolo, adquirí la costumbre hasta que se volvió algo espontáneo.

Yo tenía que ser la Palabra viviente ante los demás; tenía que ser humilde y reflejar el espíritu del amor, andar en humildad y sencillez. No podía limitarme a pregonar la humildad y el amor; tenía que predicar con el ejemplo.

Cuando estaba en la Tierra, descubrí que para andar verdaderamente en humildad y mostrarme débil tenía que estar siempre en guardia para no ser presa del orgullo. Como sabéis, fui tentado en todo como vosotros. Eso mismo, en todo sin excepción. También en cuanto a humildad. Mi naturaleza humana fue puesta a prueba una y otra vez, ya que a Satanás le habría agradado verme caer en el orgullo, que fue precisamente lo que acarreó su caída.

Meditadlo por un momento. Me habría resultado muy fácil enaltecerme, llenarme de orgullo. A fin de cuentas, era el Hijo unigénito de Dios. A pesar de ser débil en la carne, mediante el Espíritu era fuerte. Y aunque fui menospreciado, y a la larga, desechado entre los hombres, una vez que se propagó Mi fama y comenzaron las muchedumbres a arremolinarse a Mi alrededor por dondequiera que iba, que el Padre obró grandes prodigios y señales por Mi mano y que fui creciendo y aprendiendo a utilizar los dones del Espíritu, podría haberme subido fácilmente a la cabeza; podría haber creído que Mi capacidad carnal me permitía hacer esas cosas.

De muchas maneras y en muchas ocasiones se puso a prueba Mi humildad. Se trataba de ver si me atribuiría el mérito a Mí mismo o si pondría los ojos en el Padre y le reconocería a Él toda la gloria. Fui probado muchas veces para ver si obraría con humildad o si me aprovecharía de Mis dones en beneficio propio.

Cuando comparecí ante magistrados y se me preguntó por qué no hacía llamar a las fuerzas del Cielo para vindicar Mi causa, dado que era Rey, aquello fue una prueba de humildad para Mí. En la carne, me sentía inclinado a llamar a las legiones del Cielo y hacer ver

Mi fuerza y poder allí mismo. Mas Mi Padre conocía un método mejor, el de la humildad. No fue un momento muy glorioso para Mi carne cuando tuve que responder que Mi Reino no era de este mundo y que, si lo fuera, Mis ejércitos lucharían. Pero tomando la vía de la humildad, dejando obrar a Mi Padre de la forma que Él sabía mejor, ¡se obtuvo la victoria y toda la gloria fue para el Cielo!

De no haberme mantenido en estrecha comunicación con el Padre, habría sido cómodo dejar que las bendiciones del Espíritu con que contaba me infundieran orgullo. Tuve que aprender a resistir la tendencia natural de la carne en que andaba a pensar que era muy extraordinario.

Cuando se difundió Mi fama y comenzaron a llegar las multitudes de los cuatro vientos, aquel día en que se juntaron 5.000 y les di de comer con los panes y los peces, el elogio del gentío podría haberseme subido con facilidad a la cabeza de no haber resistido la tentación. Tener que obrar un milagro tras otro siempre fue una prueba de humildad. Había que ver si me enorgullecería o si atribuiría al Padre la gloria y la honra que le correspondía, prefiriendo andar en humildad.

Para Mí, una de las claves fue reconocer siempre el mérito a Mi Padre. De esa forma me mostraba modesto. Cuando los eruditos del mundo me interrogaron, les respondí que no hacía nada por Mí mismo, sino lo que me había enseñado el Padre. Y en efecto, así era. Descubrí que siempre tenía que señalarlo a Él y atribuirle todo el honor y la gloria, como cuando repuse: “Si Yo me glorifico a Mí mismo, Mi gloria nada es; Mi Padre es el que me glorifica”.

Como veis, tenía oportunidad de escoger. En mi calidad de hombre, se me probó en todo como a vosotros. En cada prueba me veía obligado a decidir. ⁽¹²⁾

Grados de Humildad

Yo encarno la humildad. Cuanto más tomen el camino de la humildad en la forma en que se conducen a diario, más tendrán de Mí. Yo soy la satisfacción. Yo soy el contentamiento. Lo soy todo. Y todo eso será suyo si siguen Mis pasos y transitan por el camino de la humildad.

Aquí tienen un sencillo ejercicio que les será de ayuda y salvaguarda: Al comienzo de cada jornada, pregúntenme si hay algo en particular que desee que hagan ese día que los ayudará a ser más humildes. Consúltenme cada mañana. Pregúntenme: “¿Hay algo que quieras decirme sobre andar en humildad hoy, Jesús?”

Luego, al final del día, al retirarse a sus cuartos, vuelvan a consultarme. Tómense un momento de silencio para consultarme específicamente sobre su humildad y preguntarme si hay algo que quiera señalarles sobre su camino hacia la humildad. Pregúntenme si se quedaron cortos durante el día o si hay algo que deberían hacer de otra forma, o algo que quiero que hagan al día siguiente, y cosas así.

Esos dos momentos del día para consultar conmigo por su grado de humildad no tienen por qué ser unas sesiones prolongadas de escucharme en profecía. ¡Pueden ser breves! Pregúntenme mientras están en la cama o mientras se visten, o háganlo al final de sus ratos de

alabanza o de vigilia de oración; en todo caso, no dejen de hacerlo. Deténganse, serenen su espíritu y háganme la pregunta concreta, estén donde estén, sea lo que sea que estén haciendo. Pregúntenme lo que quiero que hagan ese día y cómo les fue ese día.

Es un ejercicio sencillo, pero vale la pena convertirlo en un hábito. ¡Igual que cepillarse los dientes! Es más, si quieren, pueden hacerme esas preguntas mientras se cepillan los dientes. Conforme hagan ese ejercicio con asiduidad, les iré indicando más sobre el asunto. Afinaré los detalles de su andar en humildad y los acercaré mucho más a Mí. Estaré más profundamente arraigado en ustedes, como nunca lo estuve. Nuestra relación será mucho más estrecha, más íntima. Estaremos más unidos. Caminarán en sintonía conmigo a cada momento de cada día. No caerán ni tropezarán, porque los sostendré.

Les contaré un secretito: Así fue como pude andar en humildad cuando estaba en la Tierra. Ese sencillo hábito que les dije de consultar con Mi Padre dos veces al día por Mi grado de humildad -en la mañana y antes de retirarme por la noche- fue lo que me ayudó a lograr el objetivo. Yo tenía el don de la humildad, y ustedes también pueden tenerlo, pero la carne se resiste a andar en humildad. Mi carne no era ninguna excepción; también se resistía al don de la humildad con que contaba.

Al desempeñar Mi ministerio público descubrí que tenía que acudir con afán a Mi Padre para saber cómo superar esa resistencia de Mi carne a Mi Espíritu, porque las tentaciones eran fuertes. Después de las bodas de Caná, cuando obré Mi primer milagro público destacado (Juan 2:1-11), pedí a Mi Padre que me orientara con relación a la humildad, y me dio ese pequeño plan, esa sencilla rutina, ese buen hábito que cultivar. Me llevó algún tiempo dominarlo, pero con persistencia y con la asistencia de Mis ayudantes celestiales, en poco tiempo estaba arraigado y me sostuvo por el resto de Mi vida terrenal. ⁽¹³⁾

1. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:7-25
2. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:19-34
3. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:35-37, 40-51
4. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:48-54
5. ¡Creado de nuevo! #3346:10-12
6. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:5-8
7. ¡Sean misioneros! #3135:32-35
8. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:44, 45
9. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:44-46
10. Jesus' Life on Earth, Part 4 #3604:29-31
11. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:26-41
12. ¡Condúcete con humildad! #3251:75-90
13. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:32-38



VERBENA '95

PROFECÍAS PARA
LHDD - 11 03

DETALLES DE MI VIDA Parte 3

Detalles de Mi Vida – 3ª Parte

Libro 11, Compilación #03 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Mi Batalla en el Desierto

(Mat. 4:1-11, Luc. 4:1-13)

Venid, y os contaré Mi lucha. Todo ese tiempo que pasé en el desierto libré una batalla campal contra el Maligno. El Infierno entero se desató contra Mí. Satanás luchó con todas las maldades, todos los pensamientos y todas las dudas perversas que pudo lanzarme, para ver si me rendía. Probó, sin exagerar, todo lo habido y por haber.

¡Me debatí, zarandeado por gigantes de dudas que pasaban sobre Mi cabeza! Efectivamente, ¡el Tentador se me presentó en el desierto -el desierto de Mis pensamientos- y soltó todas las fieras de sus dudas! Me rodeaban monstruos por todas partes. Intentaban devorarme y acabar conmigo. Por todos lados sufría crueles ataques. Me tentaba Satanás, y estuve con fieras en medio del desierto. Esas fueron las fieras que tuve que vencer, las fieras que tuve que reprender, las fieras sobre las que tuve que triunfar: ¡las de las dudas!

Comenzaron de un modo muy sutil, y ni me di cuenta de que esas fieras que me rodeaban eran dudas serias. Parecían inofensivas; pero a medida que Satanás intentaba seducirme y tentarme, me di cuenta del peligro, vi adónde podían conducir esas dudas si las aceptaba. Vi que sólo crecerían. Comprendí que, de haberlas aceptado, se habrían transformado en puras bestias salvajes, fieras de dudas que me habrían devorado y habrían acabado conmigo. Por tanto, ¡luché! Peleé, forcejeé y procuré rechazarlas. Luché largo y tendido, y Mis fuerzas flaqueaban.

No caí, pero me estaba debilitando, porque me zarandeaban por los cuatro costados. Fue la hora de Mi prueba, y el Tentador tenía rienda suelta para atacarme. Entonces comprendí que no podía seguir luchando con Mis fuerzas humanas. Me di cuenta de que necesitaba un poder mayor para alcanzar la victoria. No me había dado por vencido. No pedí a esas fieras de la duda que se quedaran conmigo. No las acepté. Mas Mi carne no tenía fuerzas para seguir batallando.

Sí, fui tentado en todo según vuestra semejanza, pero sin pecado. Sin pecado porque no cedí, no desistí. Sin pecado porque, aunque me asaltaban por todos lados las dudas, el desaliento y la desesperación, no los acepté. Aunque tuve la tentación de hacerlo, no lo hice.

(1)

No sabía cuánto tiempo tendría que pasar allí. No se me dijo cuánto duraría. Nadie me dijo: «Solo pasarás cuarenta días en el desierto y al final, cuando estés en el punto de mayor debilidad, agotamiento y hambre, el Diablo te dará con todo, te pondrá a prueba, te tentará y te llevará al límite para destrozarte. Pero no te preocupes, si aguantas hasta ese punto, ganarás.» De haberlo sabido, Mi estadía por el desierto no habría sido la prueba que Mi Padre deseaba. No me habría probado hasta el límite, no me habría quebrantado hasta el punto de

sentirme en las últimas, y la victoria no habría sido tan grandiosa.

El Enemigo me molestó y me asedió a cada instante todos los días que pasé en el desierto. Fue implacable y no dejó de provocarme. Se me hacía interminable. En el fondo sabía que tarde o temprano se acabaría, porque sabía que no estaba destinado a morir en el desierto. De todos modos, el tiempo que pasé allí se me hizo una eternidad, al no saber cuándo terminaría, cuándo me liberaría.

De haber sabido el momento y la manera exactos en que terminaría, no habría sentido tanto apremio. Habría contado los días hasta Mi liberación, esperando hasta el momento en que terminara. Seguramente no habría sido tan implacable en Mis contraataques contra el Diablo. Necesitaba esa temporada de pruebas para cultivar un odio total hacia él y conocer sus tácticas. Era preciso que supiera cómo sentía el ser humano el asedio del Enemigo. Como ven, Mi Padre, motivado por Su sabiduría, me ocultó los detalles, ya que era Mi preparación final antes del inicio de Mi ministerio pleno. Esa experiencia era lo que me hacía falta para terminar Mi preparación.

Lo mismo ocurre con cualquier batalla por la que pasen ustedes. Todas las pruebas, tribulaciones y batallas tienen su razón de ser. Con ellas me propongo instruirlos, fortalecerlos y convertirlos en mejores luchadores, que fue el mismo fruto que tuvo en Mí el tiempo que pasé en el desierto.

Pónganse en Mi lugar por unos instantes. Imaginen que están donde estaba Yo. Imagínense que pasan cuarenta días en el desierto ayunando. Imaginen el asedio constante del Enemigo, que no para de día ni de noche. Imaginen que en todo momento tienen que contrarrestar las mentiras y la propaganda del Diablo y que él sigue volviendo para otro asalto. Imagínense la desesperanza que amenazaba con apoderarse de Mí, el desaliento e impotencia cuando al amanecer de cada día me tocaba librar otro asalto contra el Tentador. Me valía de todo lo que tenía, y el Enemigo siempre volvía. Me sentí abandonado y olvidado. Me sentía impotente, ya que hiciera lo que hiciera, fuera cual fuera la estrategia o arma de Mi arsenal que empleara, el Diablo volvía para darme otro golpe. ⁽²⁾

Fue una batalla campal; fue también una prueba, una prueba que tuve que superar. Tuve que pasar por ella a fin de conocer lo que sentís vosotros, amados Míos. Ese tiempo que pasé en el desierto, ese tiempo de prueba, se me hizo interminable. Cuando comprendí hasta qué extremo se podían agrandar esos gigantes de dudas, oí la voz de Mi Padre. Era un silbo apacible, pero claro como el agua. Me dijo: “Hijo, estoy combatiendo por Ti, para que Tu fe no falte”. Eso fue todo cuanto oí, en un momento bien definido, y esa voz me infundió ánimo para persistir.

En cuanto oí Su voz, ¡me postré de rodillas y le invoqué con el más sonoro clamor que había emitido hasta entonces! ¡Me arrodillé llorando, clamando y suplicando a Mi Padre con todas Mis fuerzas! Me eché al suelo implorándole con toda el alma que me librara de las dudas que me acometían por todos lados.

Tomé una decisión, ¡la de luchar! ¡Quería intentarlo a toda costa! ¡Quería mantenerme en pie! ¡Quería librarme! Hasta ese momento, estuve al borde del abismo. Hasta ese momento, permanecí en el valle de la decisión. Aún no había pecado, porque no había tomado

una decisión en ningún sentido. Por eso trataba Satanás de convencerme. Se afaná por conquistarme. Sí, quería ganarme a su causa.

Mas en el momento en que clamé pidiendo ayuda con todas Mis fuerzas, fue consumado. Decidí decir que sí. Clamé a Mi Padre con lenguas intensas, suplicándole: “¡Líbrame hoy mismo! ¡Lléname de Tu poder para que pueda luchar, afirmarme en Tu poder y librarme! ¡No quiero esto! ¡No acepto estas dudas! ¡Dame Tus fuerzas y llévate estas dudas!”

A consecuencia de ese ferviente clamor, de esa decisión de someterme de lleno, de esa súplica pidiendo liberación, se me abrieron los ojos. Con esa liberación se me renovaron las fuerzas, porque Mi Padre me escuchó y respondió. Mi Padre estuvo presente en todo momento. Estaba listo, esperando sólo a que Yo tomara la decisión. Tenía que elegir. Tuve que extender la mano y aceptar Su ayuda. A raíz de esa liberación vinieron estas palabras: “¡Vete, Satanás! ¡Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás!” En cuanto clamé a Mi Padre pidiéndole que me ayudara, me pude beneficiar de la verdad de Su promesa.

Había oído la voz de Mi Padre, y gané la batalla. A partir de ese instante, ya iba camino de la victoria, de muchas victorias. Ciertamente de muchas victorias, pues quedaban numerosas batallas que librar y victorias que alcanzar. ⁽³⁾

Les cuento esto para animarlos y hacerles saber que, para empezar, Yo pasé por lo mismo que experimentan ustedes cuando libran una batalla implacable que nunca se acaba. Tarde o temprano terminará, Mis amores. Llegará a su fin, como llegaron a su fin Mis cuarenta días en el desierto.

En segundo lugar, jamás subestimen el efecto que tienen en el Enemigo durante una batalla. Por fuerte que se vea él, con cada golpe lo debilitan un poco más. Aunque no lo parezca al principio, créanme: lo debilitan, hasta que termina por darse por vencido y se va. Así fue cuando estuve en el desierto. Durante esos cuarenta días que pasamos combatiendo se estaba llevando una tremenda paliza, solo que no lo demostraba.

Eso es lo engañoso del Enemigo. Recuerden que es un embaucador y un mentiroso (Juan 8:44), y que siga volviendo a arremeter contra ustedes no significa que no le estén propinando algunos golpes muy dolorosos. Eso fue lo que descubrí al final, cuando -como dije- dije apenas dos palabras y se dio por vencido. Entonces caí en la cuenta de que durante todo ese tiempo había estado teniendo efecto en él, solo que él no me iba a dar la satisfacción de saber que Mis armas lo estaban fulminando y derrotando.

En tercer lugar, como sentí los padecimientos de ustedes, sepan que comprendo lo que pasan, y estaré con ustedes a cada paso. Estuve en las mismas condiciones que ustedes, en las noches más oscuras y en los días más desalentadores. Me sentí débil e indefenso ante las acometidas del Enemigo. Le propiné el mejor golpe posible y a pesar de eso no veía que hiciera progresos. Estuve en vuestra situación, en las circunstancias más difíciles, pero me libré, como también se librarán ustedes.

Por eso, la próxima vez que estén en lo más reñido de la batalla, cuando les parezca interminable, cuando estén haciendo todo lo que puedan para combatir al Enemigo y no vean que hacen progresos, acuérdense de Mí y del tiempo que pasé en el desierto combatiendo al Diablo durante cuarenta días. Así como Mi Padre estuvo conmigo durante ese tiempo, estaré

con ustedes. Aunque me parecía que ese tiempo en el desierto nunca acabaría, terminó. Aunque me parecía que no estaba progresando para dar un golpe contra el Enemigo que lo dejara fuera de combate, lo estaba debilitando y con el tiempo quedó derrotado y la batalla llegó a su fin. ⁽⁴⁾

El Padre permitió ese tiempo de prueba. Era necesario. Tenía que pasar por eso, ya que me disponía a emprender la misión más grande de la historia de la humanidad. De no haber derrotado entonces al Diablo, en aquel desierto, no habría estado en condiciones de cumplir la misión de Mi vida, la misión que tenía por delante.

El Diablo luchó encarnizadamente. Para que os hagáis una idea: si él me hubiera frenado en aquel entonces, ¡vosotros no estaríais hoy donde estáis! Luchó largo y tendido, de formas muy sutiles. Citó las Escrituras de maneras muy astutas, entretejiéndolas en un tapiz de engaños y mentiras, entremezclándolas con razonamientos lógicos, sensatos, comprensibles, con sentido, que parecían buenos y verdaderos. Satanás conoce la Palabra, y la falsea, la tergiversa y urde maquinaciones. Incorpora granos de verdad a la mentira con la intención de seducir.

Parecía muy bueno lo que me decía. Me ofrecía cosas muy atractivas, ¡muy tentadoras! Figuraos, ¡todos los reinos del mundo! ¡La propuesta no podía ser más sugestiva! Yo era hijo de un humilde carpintero. Me afligían la injusticia, la pobreza y la gran miseria que me rodeaba. Mi pueblo era pobre y sufría persecución bajo el yugo romano. Yo vivía en un mundo plagado de injusticia y de problemas, muchísimos problemas. Las riquezas del mundo, pensando en lo que se podía hacer con ellas, eran sumamente tentadoras. Quizá podría haber mejorado la situación. Desde luego, habría resuelto los apuros económicos. Con esas riquezas podría haber corregido lo que andaba mal. Eso fue lo que me dijo el Diablo, y era muy atrayente.

Sin embargo, Satanás sabía que Yo no lo aceptaría de buenas a primeras. Al fin y al cabo, las riquezas de Mi Padre eran mucho más cuantiosas. Por eso, intentó hacerme dudar de Mi Padre, dudar que acudiría en Mi ayuda, en Mi socorro. Satanás trató de hacerme creer que Mi Padre me había expulsado del Cielo, que me había abandonado en la Tierra. Me dijo que si Mi Padre me había abandonado y desheredado, me convenía aceptar todas las riquezas de los reinos de la Tierra. Fue de lo más astuto.

A veces la vida era dura en Mi cuerpo humano. Me había criado viendo la pobreza y la desesperación de la gente, las penurias de los pobres y la opresión de los romanos. La situación no podía ser peor. Meditad en esto. Fijaos en lo que me ofrecía Satanás: ¡todos los reinos del mundo! ¡Una oferta de trabajo de lo más tentadora! ¡El no va más de los empleos en el Sistema! ¡Podía haberme convertido en el amo y señor de todo! Era tentador, de lo más tentador. Mas en el fondo de Mi corazón, una voz me dijo: “Mejor es comer legumbres donde hay amor que gozar de los deleites temporales del pecado”.

Mientras batallaba en el desierto con el mismísimo Satanás, me di cuenta de dónde se libraba la verdadera batalla: en Mi corazón y Mi mente. Mi propia alma estaba en juego, y el Tentador me atacaba con aquellas dudas. Ponía todo su empeño en hacerme dudar de las bendiciones y las riquezas de Mi Padre. Trataba de hacerme dudar de Mi herencia. Procuraba matarme con todas aquellas dudas. Mas cuando clamé fervientemente a Mi Padre y le pedí

que me llenara de Su Verdad, logré ver con claridad Su plan. Comprendí que todas las riquezas del mundo no eran nada.

En un principio no lo sabía, pero en cuanto tomé la decisión, en cuanto le dije que sí a Mi Padre, en cuanto clamé a Él con urgencia, suplicándole que me liberara de las dudas que trataban de apoderarse de Mi mente y Mi espíritu, Él me libró. Fue entonces cuando se me abrieron los ojos y pude ver con mayor claridad la verdadera batalla que se estaba librando. Me di cuenta de la falsedad de todo, de que todas aquellas riquezas y los reinos de la Tierra se desvanecerían. No son más que una fachada tras la cual se esconde la atroz realidad. A partir de entonces tuve los ojos abiertos.

Y ¿sabéis qué sucedió? ¿Sabéis qué hizo Mi Padre para ayudarme a salir adelante? En Su infinita misericordia y omnímodo Amor, envió a Sus ángeles para que me sirvieran. Ah, ¡qué alivio sentí! Me brindó el grato alivio y la fortaleza que necesitaba para los días que habían de llegar. Era la fortaleza que me hacía falta para el ministerio que estaba a punto de emprender.

Los ángeles bajaron y tuvimos dulce comunión. Derramaron la Palabra sobre Mí en abundancia. ¿Cómo creéis que me sirvieron? ¿Os lo preguntasteis alguna vez? Me sirvieron en cuerpo y alma. Me dieron el alimento que necesitaba con urgencia. Me apacentaron con la Palabra, que provenía de la mano misma de Dios. Así es, me llevaron la Palabra pura y no adulterada de Mi Padre celestial.

¡Me di un festín con ella! ¡Me embebí de ella! Me empaparon de ella de pies a cabeza, y en ese momento se inició Mi curación. Sí, Mi curación. Ese combate tan feroz con Satanás en el desierto me había afectado. Fue un combate largo y encarnizado. Tenía que volverme a fortalecer, recuperar la motivación y llenarme de nuevo. A partir de entonces, Mi vida fue otra. Me di cuenta de que siempre tenía que tomarme el tiempo suficiente para descansar y volverme a llenar, de que debía contar con la Palabra de Mi Padre, pues ella era la fuente de Mi poder. A partir de entonces comencé a pasar sin falta ciertos momentos apartado de todo, levantándome temprano por la mañana si era preciso, para ir a un lugar tranquilo y obtener esa fortaleza celestial.

Fue entonces cuando se inició realmente Mi ministerio. Todos los años anteriores fueron de preparación. Aunque ya contaba con cierta medida del Espíritu de Mi Padre y tenía gran poder, ese tiempo en el desierto sufriendo tentaciones, librando esas batallas y triunfando sobre las dudas me llevó a tomar una decisión importante que trajo como consecuencia esa liberación. ¡Obtuve la victoria! ¡Luché y gané!

Cuando me encontraba en el desierto, había ocasiones en que parecía que la batalla nunca acabaría. La lucha era enconada, y tenía tentaciones de rendirme. Mas gracias a todo ello y a Mi liberación, obtuve un poder aún mayor. Me libré de los impedimentos de Satanás y fui impulsado hacia adelante, con lo que se desató una nueva ola de testificación como el mundo nunca había conocido.

Así es, fui liberado en el desierto. Tuve que acudir con afán a Mi Padre. Tuve que librar la batalla de las dudas y derrotar al Diablo ahí mismo; de lo contrario, no habría podido continuar. ¡Satanás luchaba con uñas y dientes! Quería frustrar Mi ministerio, Mi testimonio. Su intención era acabar conmigo, con vosotros y con la gente de este mundo. Él sabía que si conseguía detenerme en aquel momento, ganaría la batalla por la Tierra.

Fue una temporada de pruebas y de purificación. Mi ministerio y Mi misión eran tan importantes que me era necesario ser purificado. De lo contrario, me habría resultado imposible proseguir. Había demasiado en juego. En los tiempos que habían de llegar no podían atormentarme las dudas. Por eso, era preciso que tomara una decisión. Tenía que superar todas esas pruebas. No podía eludirlas, pues soy vuestro Sumo Sacerdote y me compadezco de vuestras batallas, de vuestras pruebas. Tenía que pasar por ellas a fin de poder defenderos ahora con convicción. ¡Pero triunfé! Triunfé y ahora puedo contarlo. Estoy aquí para luchar por vosotros.

Cuando tomé la decisión de clamar afanosamente a Mi Padre, de buscarlo con todo Mi ser, Él envió ángeles que me sirvieron. Me sirvieron bien. Me ministraron la Palabra, y gracias a ella seguí adelante. Esa fue Mi arma secreta. Era lo único con que podía repeler los ataques de Satanás y derrotarlo cada vez. La Palabra lo derrotó en ese entonces y sigue haciéndolo, porque él la detesta. ¡No la aguanta! Tiembla de sólo pensar en ella. Con tan sólo oírla, empieza a arrugarse y se desvanece.

Hijos Míos, vuestra guerra no es carnal, sino espiritual; por eso debéis combatir espiritualmente. No debéis tratar de luchar de un modo carnal. La guerra de los mundos ha de ser librada y ganada por medios espirituales. Todas las luchas son espirituales, incluso las que libran los que no me conocen y las que veis a vuestro alrededor en el mundo. La guerra por este mundo es espiritual. Por eso debéis librarla por medios espirituales.

Vosotros procuráis resolver vuestros problemas de un modo físico. Sin embargo, antes debéis luchar y ganar en el plano espiritual. Antes debéis combatir con armas espirituales, que son poderosas para la destrucción de fortalezas. ¡Son poderosas! ¡Grande es su poder! Sólo tenéis que extender la mano y tomarlas. Empuñad las armas espirituales, aprovechadlas, y huirán las dudas, los conflictos y la incertidumbre.

Yo acepté la Palabra en el desierto y me fortalecí. La blandí con fuerza y agilidad contra el Diablo, y él se vio obligado a huir. Yo tenía que ganar esa batalla, así como vosotros tenéis que ganar la batalla.

Cuando estaba en el monte y clamé a Mi Padre, Él me llenó de Su Palabra, y Satanás huyó. Cuando comencé a citar la Palabra, ésta me infundió fortaleza para las batallas que tenía por delante. Era lo único que me podía salvar. De ahí en adelante tuve que mantenerme saturado de las promesas de Mi Padre. La intensidad de las batallas aumentó, pero Mis fuerzas también se acrecentaron, pues al obedecer y aceptar la Palabra, al ponerla por obra y citarla, pude seguir triunfante.

La victoria que venció al mundo fue Mi fe en la Palabra. Vencí a la muerte en la cruz y resucité. Vosotros también podéis salir del valle del desespero si obtenéis ese poder.

No podía dejar de citar la Palabra. Mi fe surgió y creció porque vivía empapado de la Palabra, citándola continuamente. Cuando caminé por las playas de Galilea sanando enfermos y atendiendo las heridas de los perdidos y cansados, cuando manifesté amor a la samaritana, sané a la hija de Jairo, expulsé demonios, levanté a Lázaro de entre los muertos e hice bajar de lo alto milagros, señales y prodigios, cada una de esas victorias la obtuve mediante la Palabra. Lo que Yo hablaba era la Palabra. Fue la Palabra la que me infundió poder. Fue la Palabra la que me mantuvo libre de dudas. Fue la Palabra la que me vacunó contra las mentiras de

Satanás. Lo que me confirió poder para obtener en todo momento la victoria fue mantenerme repleto de las Palabras de Mi Padre.

Después de la victoria inicial que obtuve en el desierto en vísperas de Mi ministerio, seguí pasando por una prueba tras otra. Las pruebas nunca cesaron. Satanás no dejó por un momento de arrojarme dardos de fuego. No obstante, siempre salí triunfador, pues blandí Mi arma secreta. Empuñé la Palabra. La cité, conté con ella, devolví el golpe con ella y vencí al mundo gracias a ella. Fue todo mediante Mi fe en la Palabra. Cuando comencé a dar los pasos iniciales de poner en práctica la Palabra, Mi fe aumentó, prosperó y persistió.

Todo comenzó cuando fui liberado inicialmente de las dudas en el monte, en el desierto, cuando combatí cuerpo a cuerpo con el propio Satanás. Esa batalla, esa victoria de invocar a Mi Padre, fue el proceso inicial que puso Mi fe en acción. Prosperé gracias a la Palabra. A medida que la escuchaba, la acogía y la transmitía, crecía Mi fe. Esa fe Mía que transformó el agua en vino fue en aumento, hasta ser capaz de mayores milagros conforme progresaba Mi ministerio.

No es que el Diablo no me volviera a atacar con dudas. Lo intentó esforzadamente. Lo que marcó la diferencia fue que Yo vivía inmerso en la Palabra, la citaba y me mantenía lleno de ella. La Palabra me daba la victoria. Era Mi única esperanza. Nunca me falló, siempre me ayudó a salir adelante. También es la única esperanza que tenéis vosotros. Os dará la victoria, os sacará adelante siempre, sin excepción. Por tanto, empapaos de ella, sumergíos en ella, invocadla y deleitaos en ella. ⁽⁵⁾

El Comienzo de Mi Ministerio Público

Sé lo que se siente cuando se va en pos de lo desconocido. A veces da miedo. Yo lo sentí así cuando me lancé a ejercer Mi ministerio público. Contaba con las promesas de Mi Padre, tenía garantizada asistencia del Cielo y el Padre me había dado una gran paz interior y fe en que había llegado el momento. Aun así, daba miedo. Así que los entiendo.

Me costó abandonar el entorno al que estaba acostumbrado, a Mi madre, a Mis hermanos y a Mis primos, a quienes amaba. Fue duro abandonar lo que había llegado a convertirse en un ambiente cómodo que me brindaba seguridad, y lanzarme a algo nuevo. Es, pues, comprensible que al principio tengan un poco de aprensión. Es natural. Pero a medida que den pasos de fe, esa fe se quedará respaldada por todo Mi poder y ayuda espiritual. Se lo prometo. ⁽⁶⁾

Cuando principié Mi ministerio en la Tierra no tenía pastores de carne y hueso en los que poner los ojos. Tanto Mi Padre en el Cielo como Mis padres carnales me habían enseñado mucho. Me habían preparado, y llegó un día en que se inició una nueva etapa de Mi vida. Durante ese tiempo fue cuando alcancé Mi plenitud, Mi máxima utilidad.

Hubo muchas ocasiones en que sentí que quienes me rodeaban no se preocupaban, no escuchaban o no querían aceptar que se los corrigiera. Yo también sentí el peso de la carga, la presión, la soledad de dirigir, de pastorear. Mas fue en esas oportunidades cuando aprendí a

apoyarme en Mi Padre, a extraer fuerzas de Él y obtener así la fe para seguir.

Pasé largas horas de soledad, y Satanás me tentó innumerables veces. En esos momentos me preguntaba si valía la pena. Cuando Mis pobres y torpes conversos, y aun Mis veteranos de más confianza, se mostraban reservados, distantes e irresponsables y no arribaban el hombro, para Mí fue una prueba. Fui varón de dolores, experimentado en quebranto, y a veces tenía tentaciones de dudar que llegarían a aprender. En numerosas ocasiones me asaltaba una agobiante sensación de desaliento. Pero eso me obligaba a alzar la vista y apoyarme de lleno en Mi Padre celestial. ⁽⁷⁾

Levantándome muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salía a un lugar desierto y allí oraba. Me hacía falta pasar ese tiempo a solas. Necesitaba esos ratos para estar a solas con Mi Padre, a fin de refrescarme, de tener claridad mental, de corazón y espíritu, pues eran días ajetreados. Estaba rodeado por Mi equipo, que necesitaba mucha atención, amor y formación. Siempre había mucho que enseñarles. ⁽⁸⁾

Aunque algunos de Mis discípulos eran ignorantes y otros eruditos, inicialmente pocos de ellos me conocían y entendían cómo obraba Mi Espíritu. Todos tuvieron que aprenderlo, no por intermedio de libros, sino por el espíritu de amor. ⁽⁹⁾

Era entretenido estar con ellos. ¡Disfrutaba de su compañía! Eran gente estupenda. Cada uno era muy especial. Cada uno era distinto. Algunos eran gente sencilla, otros eran muy listos e inteligentes, otros tenían mucho talento. Diría que todos eran especiales, tal como la gente que os rodea a vosotros. Cada uno tenía su propia mentalidad, su propia voluntad, tenía su propio legado y orígenes que lo hacían singular, especial y distinto.

Para Mí fue un reto aprender a cuidar de ellos y dirigirlos, conquistármelos, comprenderlos, convencerlos, atraerlos, mantenerme un paso adelante de ellos y dirigirlos, animarlos a seguir adelante; aunque la mayor parte del tiempo me daba cuenta de que ellos no sabían hacia donde nos dirigíamos.

Fue una experiencia muy instructiva para Mí, y también fue durante ese tiempo que llevé a cabo Mi mayor ministerio mientras me encontraba físicamente en la Tierra. Sin embargo, para aguantar y desempeñar el papel que se me había encargado durante ese tiempo, era imperativo que me tomara esos ratos a solas, que hiciera esas pequeñas pausas para fortalecerme, para fijarme en lo que venía más adelante. A veces me hacía falta tomarme ratos para retirarme de la atención directa que brindaba a los que me rodeaban y de las situaciones inmediatas a las que debía atender en todo momento a lo largo del día mientras trabajaba con Mi equipo, viajando, testificando y sentando las bases para todo lo que habría de venir en el futuro. ⁽¹⁰⁾

Cuando estuve en la Tierra, fui un gran maestro. Mis discípulos reverenciaban Mis Palabras. Me respetaban y amaban. Pero Mis Palabras y pastoreo no eran lo único que les daba. Les entregaba Mi corazón, tiempo y amistad. La Biblia no registra las muchas ocasiones en que simplemente disfrutamos de la mutua compañía.

Compartimos momentos maravillosos. Momentos de distensión, ratos en que nos contábamos historias, en que reíamos; ratos en que hablábamos de sus familias, de lo que nos

gustaba, de lo que queríamos hacer; hablábamos de nuestros sueños y aspiraciones. Aquellos momentos que compartimos fueron los que más nos acercaron. Ellos comprendieron que no solo había ido a la Tierra para llevar Mi verdad y Mi mensaje, sino con el propósito de conocerlos, de conocer su corazón, lo que pensaban, lo que sentían, y para hacerles saber que Yo era hombre de pasiones semejantes.

Mis discípulos se dieron cuenta de que Yo era alguien que podía comprender sus carencias. Podía verlos como eran, comprenderlos, y ellos eran Mis amigos, aquellos a quienes les había encargado que continuaran la misión que yo había ido a cumplir a la Tierra. ⁽¹¹⁾

Salí, pues, ¡y al comienzo me llevé una gran sorpresa! Enseguida me di cuenta de que iba a tomarme algo de tiempo. No iba a cumplir mi misión de la noche a la mañana, no iba a cambiar la situación en un santiamén. Me encontré con que las cosas no eran como me había imaginado. Yo estaba ansioso de transformar el mundo, conquistar a los demás y conducirlos al Reino celestial. Pero Mi sabio y amoroso Padre tenía un plan, y todos encajamos en él. Tuve que comprender que a Mí también me hacía falta aprender todavía importantes lecciones.

Seguí adelante, y aprendí mediante lo que padecí. Aprendí obedeciendo, del mismo modo que vosotros también aprenderéis obedeciéndome. Con el tiempo descubrí que podía llevar el Cielo en Mi corazón y comunicárselo a otros. Al ir descubrí que el Cielo estaba en Mi interior, que era parte de Mí y nadie me lo podía arrebatar. Fui y aprendí que la amorosa mano de Mi Padre era infalible y jamás me defraudaría. Seguí adelante, no dejé de obedecer, y la gloria del Cielo se manifestó en Mí.

Y ahora, así como Mi Padre me envió, Yo también os envío, para que hagáis discípulos de todas las naciones. Mas recordad que Yo aprendí por lo que padecí. También vosotros aprenderéis con vuestros padecimientos. Tomad nota de Mi ejemplo y alentaos. Sobre la marcha aprendí paciencia, porque las cosas no siempre salían como Yo esperaba.

Pedro, Jacobo, Juan, Andrés y los demás no siempre captaban las cosas con la rapidez que Yo habría deseado. Al principio no entendían cuando les hablaba del gran amor que tenía en Mi corazón, el gran amor del Cielo, el gran amor que quería transmitir. Yo intentaba ayudarles, pero no eran capaces de entenderlo todo a la primera. Procuraba explicarles cómo era la gloria, el esplendor del Cielo. Procuraba ayudarles a comprender que ellos también podían tenerlo en su corazón. Mas como decía, tomó tiempo. No siempre entendían las cosas con la rapidez que Yo quería. Cada uno aprendía a su ritmo. Cada uno progresaba a su manera. Así pues, tuve que tomármelo con calma. Tenía que ser sensible a la naturaleza de cada uno, a sus necesidades. Tenía que tratar cada uno de aquellos tiernos corazones como correspondía.

Para Mí fue una prueba de paciencia y de amor. Descubrí que aunque Mis Palabras eran importantes, la gente entendía mejor el ejemplo vivo de Mi amor. Muchas veces lo que hacía falta era que me tomara tiempo para manifestar amor, para indicar a los demás el camino.

Seguí adelante y aprendí a tener tesón. Aprendí a hacer las cosas paso a paso. Aprendí a tener fe. Aprendí a recurrir a Mi Padre celestial. Aprendí a no darme por vencido. Aprendí mucho por lo que padecí.

Extrañaba la paz y tranquilidad constantes que había conocido en el Cielo, pero no tardé en descubrir que las tenía conmigo en todo momento, en Mi corazón. Siempre me

acompañaban; no tenía más que conectarme y hacer uso de la paz que sobrepasa todo entendimiento. Sentía la carga y el apremio de la muchedumbre. Oía el ruido, percibía la confusión, la preocupación y la tensión. Era algo muy real, y me veía rodeado de todo eso. Sentía la ansiedad de la gente. Sentía su dolor. Todas esas experiencias hicieron posible que me compadeciera de sus debilidades y aprendiera a ser tolerante y compasivo.

Muchas veces me habría gustado poner todo en orden de un chasquido. Habría podido convocar todas las legiones de ángeles para arreglar las cosas. Sin embargo, no debía ser así, no era ése el plan de Mi Padre. Él sabía que me hacía falta aprender y que aprendería, y que con el tiempo los demás también aprenderían, se liberarían y me seguirían más de cerca. Él sabía que las lecciones que Yo aprendía y las decisiones que tomaba -no sólo Yo, sino también los otros- tenían mucha más trascendencia y darían mucho más fruto. Él tenía un plan, un propósito, y se estaba cumpliendo.

Momento a momento, con cada prueba a que eran sometidas Mi paciencia y Mi fe, aprendía algo y me iba convirtiendo en lo que el Padre quería que fuera. Me estaba preparando para las grandes cosas que me aguardaban, para el momento en que afrontaría la decisión fundamental de Mi vida. Mi Padre conocía la importancia de tal decisión. Él sabía cuánto dependía de Mí, cuánto reposaba sobre Mis débiles hombros; aun así me preparó, me enseñó, me guió y me fortaleció con mucho amor. Entretanto los demás también iban aprendiendo y convirtiéndose en lo que Él quería. Todo estaba “ayudando a bien”.

Yo estaba aprendiendo a orar. Con cada situación, con cada dificultad que surgía, cuando me venía la tentación de perder la paciencia, de perder la calma, cuando no sabía qué hacer, no me quedaba otra opción que alzar la vista al Cielo, a Mi Padre. Con todas aquellas experiencias, Él me estaba enseñando a orar. Así fue; cuando salí de la esfera protectora de amor de Mi morada celestial, aprendí todo eso. Aunque en Mi interior llevaba toda la verdad del Cielo, me tomó tiempo enseñar a otros. Necesité paciencia para amar, sabiduría para dar, y constancia y aguante para seguir avanzando gradualmente, día tras día.

En el tiempo en que fui carne, cuando se me presentaba una labor excesivamente grande, por encima de toda capacidad humana, tuve oportunidad de conocer la plenitud del poder de Mi Padre. Aprendí a apoyarme en Él con todo Mi corazón, con toda Mi alma, con todo Mi ser, y al apoyarme en Él, saqué fuerzas.

Poned, pues, los ojos en Mí. Fijaos en Mi ejemplo, y sabed que al igual que a Mí me sostuvo el amor del Padre, Yo también os sostendré a vosotros. Yo sabía de la realidad del Cielo. Conocía el amor del Padre. ¡Conocía el esplendor del Cielo! Eso me infundía fuerzas para seguir, y a vosotros también os las infundiré. Era algo que pervivía en Mi corazón, y que ni el mayor problema, ni la peor dificultad, ni la más alta montaña podían arrebatarme. En tanto que mantenía la vista puesta en el Cielo, me sostenía. En tanto que dirigía la mirada a Mi Padre, Él me daba las soluciones y las respuestas que necesitaba. ⁽¹²⁾

Mientras llevaba a cabo Mi importante misión, Yo también tuve que afrontar condiciones difíciles en extremo. No sólo tuve que vivir hacinado con Mis discípulos, sino que en muchos casos las tremendas incomodidades de pasar buena parte del tiempo a la intemperie nos afectaron físicamente. En nuestra vida errante, nos veíamos con frecuencia en

la incertidumbre de no saber dónde recostaríamos la cabeza a la noche. Era duro.

Era penoso, y tenía que esforzarme mucho por encontrar lugares tranquilos donde no me molestara la multitud. Por dondequiera que andaba, dondequiera que iba, era muy solicitado. Era el centro de la atención de las muchedumbres, que contaban con que me volcara a ellas. Asimismo, tuve que vérmelas con burladores, con escarnecedores y gente que quería hacerme daño. Muchas veces eso era agotador, y en ocasiones estuve a punto de dejarme caer, agobiado por todo ese peso. En todos los sentidos vivía en condiciones extremas. Me sentía presionado por el hacinamiento en que vivía con Mis doce discípulos, y además por las multitudes a las que ministrábamos. ⁽¹³⁾

Considera el ejemplo que di Yo. Cuando me encontraba ante las muchedumbres, Yo sabía que no podía resolver sus problemas. ¿Cómo iba a sacar de sólo cinco panecillos y dos pescados lo suficiente para dar de comer a 5.000 personas? ¡Era una tarea imposible! Sin embargo, ¡no me preocupé! No podía preocuparme. Lo único que podía hacer era aceptarlo y decir: “Es cierto, Padre, tienes razón, Yo no puedo hacerlo. Yo no, pero Tú sí.” ¡Y Mi Padre lo hizo! Hizo lo que Yo con Mis propias fuerzas no podía. (Juan 15:19.)

¿Sabes?, para dar de comer a esas 5.000 personas no organicé flotillas de pescadores ni envié antes a Mis discípulos a pescar. Lo hice confiando tranquilamente, con la plena certeza de que Mi Padre era también poderoso para hacer todo lo que había prometido. Me limité a alzar la vista al Cielo y echar la carga sobre Mi Padre. Él me sustentó, sustentó a la multitud, y 5.000 personas comieron ese día. Primero tuve que confiar plenamente. Tuve que adoptar una postura de fe para que Mi Padre obrara el milagro. Después vino la organización y distribución del alimento; pero antes tuve que confiar y asumir una postura de fe.

Las situaciones, los problemas, las cargas y la presiones de la gente que se agolpaba a Mi alrededor eran muchas. Muchos padecían dolor, sufrían, estaban angustiados, y exclamaban en torno a Mí: “¡Imposible!” Muchos de los que me seguían eran asaltados y abofeteados a diestra y siniestra por dudas y desaliento. Yo oía el clamor y los lamentos, y eran una carga gravosa para Mí. A veces los problemas parecían insolubles... ¡y es cierto que lo eran! Humanamente eran imposibles de resolver. Sin embargo, así aprendí a confiar de veras, a apoyarme de verdad y a echar Mis ansiedades sobre Mi Padre. Entonces aprendí a no conformarme con lo humano, sino a confiar en lo divino. ⁽¹⁴⁾

Del mismo modo que Mi Padre estuvo conmigo, así estoy Yo contigo. No temas, pues. Aprende de Mí, que cuando emprendí Mi ministerio en aquellos valiosos años, aprendí a aprovechar al máximo el estrecho pastoreo que me brindaba Mi Padre. Aquellos momentos, aquellas pruebas, aquellas tentaciones con las que me topaba, sirvieron para llevarme a buscar más a Mi Padre y entablar con Él una comunicación más estrecha de la que nunca había tenido.

Gracias a todo eso -a esas pruebas y a que tenía que valérmelas solo-, maduré y vencí. En aquel tiempo tan inapreciable, la mano de Mi Padre me guió de forma directa y personal. Recibí orientación directa, pura y personal, un pastoreo individual desde el Cielo. Y eso es lo que anhelo darte, Mi amor: un trato personal conmigo, orientación, guía y consuelo

provenientes de Mi mano misma, de Mi corazón, a fin de que crezcas, maduras y seas consolada por Mí, para que a cada instante del día Yo te pueda guiar y dirigir directamente. Así como Mi Padre veía toda la situación, el panorama completo, Yo también lo veo. Te conozco, te veo y te puedo orientar mejor que nadie. Veo todos los ángulos, no sólo desde la perspectiva terrestre, sino desde la celestial. ⁽¹⁵⁾

Tuve que soportar muchísimas horas de soledad y anhelaba una comunicación directa y personal con Mi Padre, cara a cara. Añoraba los tiempos en que había vivido en el Cielo, a salvo dentro de Nuestra esfera protectora de consejo y comunión, donde Él siempre me supervisaba directamente, con amor. En un momento de soledad, sintiéndome abandonado en medio de la tentación, llegué a preguntarle a Mi Padre: “¿Por qué me has desamparado?” Sí, conozco las cargas, el peso que soportan tus pequeños hombros. Yo también sentí la presión, el agobio y la soledad de dirigir.

Gracias a todas esas pruebas, a ese tiempo tan provechoso, alcancé Mi plena madurez. A raíz de todas esas experiencias y momentos de soledad, cuando me asaltó la tentación de desesperarme, se estableció Mi línea directa de comunicación con el Cielo. Fue durante ese tiempo de prueba cuando llegué a apoyarme de lleno en Mi Padre celestial, y así cobré fuerzas. En aquellas horas sombrías y solitarias, al tener que apoyarme tanto en Él, descubrí que Su fortaleza bastaba para sacarme adelante.

A raíz de esas experiencias sombrías y tenebrosas descubrí el poder que tenía a Mi disposición, el poder que tenía en Mí. Gracias a esos momentos de prueba llegué a aprender que todo eso era necesario para convertirme en lo que tenía que ser. Pues de no haber pasado por esas pruebas, de haber sido otras las circunstancias, no habría invocado a Mi Padre con tanto afán. No habría llegado a aprender lo que Él podía hacer por medio de Mí, de Mi frágil estado carnal. Aprendí que en Mi propia carne no era capaz de nada; pero con el poder del Espíritu, a consecuencia de aquellas experiencias trascendentales y momentos de prueba, cuando invoqué a Mi Padre, pude beneficiarme de todo el poder de Él.

Me hice carne a fin de poder luchar por ti, comprenderte y ser tu Intercesor, tu Buen Pastor. ⁽¹⁶⁾

Las experiencias que viví en la Tierra me enseñaron acerca de la compasión. Sentí el dolor, experimenté el sufrimiento y comprendí la lucha interna de cada una de las personas a las que impartí enseñanzas, de cada uno de los que sané, de cada uno de aquellos cuya vida afecté.

Yo no podía vivir como un ciego de nacimiento. No podía ser la mujer que padecía el flujo de sangre, que soportaba grandes dolores y angustias físicas. No podía ser el leproso que sufrió años de ostracismo mientras veía con gran dolor cómo moría su carne. No podía ver perecer a Mi hijo delante de Mis ojos y sentir la desesperación de no poder impedirlo. No podía haber vivido todo eso en un solo cuerpo. Lo que me dio la compasión y la comprensión, lo que me convirtió en el Sumo Sacerdote de ustedes, que se compadece de sus debilidades y fue tentado en todo igual que ustedes, es que el Padre dispuso que experimentara por medios

sobrenaturales el dolor, el sufrimiento y las batallas de cada persona cuya vida afecté profundamente (Hebreos 4:15).

Naturalmente, no habría podido haber vivido todas aquellas experiencias en tiempo real. Mi cuerpo físico no habría podido soportar todo eso y además cumplir el propósito para el que se me envió a la Tierra. En cambio, sí se me permitió percibir en carne propia la sensación de pérdida de cada persona, su pesar y sufrimiento, y comprenderla a fin de contar con la motivación necesaria para cumplir Mi misión. Cada experiencia contribuyó a afirmar Mi convencimiento de que la única forma de librar a los hombres era proceder con lo que Mi Padre me había encomendado que hiciera. ⁽¹⁷⁾

La Perspectiva Correcta con Respecto a Mis Parientes más Cercanos

Estando en la Tierra plenamente dedicado a Mi ministerio, tenía que consultar con Mi Padre para saber qué actitud debía tener en Mi relación y trato con mi padres terrenales, así como con Mis hermanos. Descubrí que no hay honra para un profeta en su propia tierra y entre sus parientes (Marcos 6:4). Había mucha familiaridad con los que me habían visto crecer, y cuando descendió sobre Mí el Espíritu Santo y recibí la unción para Mi ministerio, a los que me conocían de toda la vida les costaba mucho ver más allá de la carne. Siempre me habían visto de la misma manera, como un humilde carpintero y nada más. Grande era su incredulidad, y por eso, no pude hacer grandes milagros entre ellos (Mateo 13:53-58).

Traté de llevar el mensaje a Mis parientes, pero cuando se hizo evidente que no iban a cambiar, tuve que pedir a Mi Padre que me indicara cómo debía actuar en cuanto al trato con los de Mi propia sangre. Me señaló que “Mi madre y Mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la hacen” (Lucas 8:21). Habiendo entendido el concepto, pude fijar Mis prioridades. En ciertas ocasiones no tuve otra opción que explicar a Mis familiares que debía ocuparme de los asuntos de Mi Padre celestial.

Hoy les digo lo mismo que me dijo Mi Padre: Si no me aman mucho más que a sus padres, cónyuge, hijos o hermanos -incluso más que a la propia vida-, no pueden ser Mis discípulos (Lucas 14:26). Y amarme mucho más que a todos ellos significa concederme el primer lugar en todo aspecto de su vida. Es hacer Mi voluntad: predicar Mi Evangelio y realizar Mi obra en vez de dedicar demasiado tiempo al trato con quienes no tienen intención de hacer Mi voluntad o pretenden apartarlos de ella.

Con raras excepciones, sus familiares ejercerán una influencia negativa. Así fue en Mi caso, y para ceñirme a Mis prioridades, con frecuencia tenía que dejar de verlos, como pueden leer en Mi Palabra. Cierto día que me encontraba predicando a una multitud, Mi madre y hermanos fueron a buscarme, y Mis discípulos me informaron que deseaban hablar conmigo. Les respondí que Mi madre y Mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la hacen, y proseguí con la tarea prioritaria que entonces me ocupaba: predicar el mensaje que se me había enviado a predicar (Marcos 3:31-35).

No es que no amara a Mi madre y Mis hermanos. Los quería mucho. Pero sabía que lo que revestía mayor importancia, incluso más que mis nexos carnales, era obedecer a Mi Padre

del Cielo, hacer Su voluntad, proclamar Su verdad y cumplir la misión para la que había ido a la Tierra. ⁽¹⁸⁾

Una Vía en el Desierto

Durante los cuarenta días que pasé en el desierto (Marcos 1:13) libré una batalla de la que no quedó constancia. Una de las pruebas más duras que tuve que afrontar en ese entonces fue percatarme de que al emprender el camino de servicio al Padre y cumplir Mi destino estaba colocando a Mi familia terrenal en una difícil encrucijada. Sabía que Mi madre se mantendría de Mi parte hasta el final, pero también sabía que le desgarraría el corazón. Sabía que Mis hermanos tendrían que apartarse de Mí para salvar las apariencias ante la sociedad. Y sabía del tormento que le esperaba a Mi madre por las quejas que recibiría de ellos sobre Mí, conociendo la voluntad de Dios para Mi vida.

No es infrecuente que uno o hasta dos integrantes de una misma familia se aparten de lo convencional y sean diferentes, singulares. Con frecuencia he permitido situaciones así para tamizar a Mis hijos. Yo mismo tuve que pasar por el mismo tamiz, por lo tanto comprendo lo difícil y penoso que es. Sé lo que es vencer, porque en el desierto tuve que vérmelas con ese desaliento y salí airoso gracias a la ayuda de Mi Padre. Y ahora deseo impartirles a ustedes esa motivación tan fortalecedora.

En el desierto clamé a Mi Padre pidiéndole que me renovara la motivación y me reforzara la fe. Le pedí que me indicara qué pasaría si cedía a la presión que Mis hermanos trataban de ejercer sobre Mí. Y lo hizo. Me lo indicó claramente. Había una vía que llevaba a la vida eterna tanto a Mis hermanos como a todos mis seres queridos, ustedes incluidos. La otra conducía a una vida intrascendente; a ser uno más del montón. Alguien cuya huella no perduraría por más de una generación después de Mi muerte. ⁽¹⁹⁾

Honren a Sus Padres

Aunque tuve dificultades con algunos de Mis familiares, hubo entre ellos quienes me acogieron y brindaron apoyo. A veces Mi madre no entendía por qué no le daba más honra, la clase de honra que otros hijos rendían a sus madres. No entendía por qué no la honraba apoyándola más en el plano natural, como lo hacían otros hijos.

El cuidado que prodigaban los hijos a su madre era una señal de la honra que les rendían. Por tanto, al tener que ocuparme de los asuntos de Mi Padre, lo cual suponía viajar a Su servicio, no me era posible servirla y estar a su disposición como a ella le hubiera gustado. Con todo, gracias a los sacrificios que tuvo que hacer Mi madre al permitirme servir a Mi Padre del Cielo, Él la honró más.

Honren a sus padres por el sacrificio de habérmelos entregado a Mí, aunque no entiendan del todo ciertas cosas o no estén totalmente de acuerdo con ellas.

El Fortalecimiento de una Familia

Mi familia carnal tuvo que padecer persecución conmigo. Tuvo que escuchar las acusaciones de Mis enemigos. Mis parientes fueron testigos del desarrollo de Mi ministerio, escucharon la verdad que proclamaba, presenciaron los milagros, curaciones y liberaciones que hacía Mi Padre, hasta que se me persiguió, traicionó y ejecutó. Por el amor que me tenían, sufrieron al verme sufrir. Pero era necesario para estar firmemente convencidos de su amor por Mí. Se les otorgó el privilegio -por su bien y por el de su fe- de presenciar Mi persecución, porque a nadie se habría crucificado por los pecados del mundo sino a Aquél que estaba destinado a ello por ser Hijo de Dios.

La persecución dio testimonio a mi familia carnal de que Yo era quien afirmaba ser. Les dolió, les causó algunos problemas, pero al final fortaleció su fe más que nunca. ⁽²⁰⁾

Aprendí a Amar la Batalla

Mientras iba por todas partes haciendo el bien, mientras me topaba con situaciones de necesidad, Mi fe se veía puesta a prueba. Tenía que recurrir a cada momento a Mi Padre en busca de respuestas, soluciones y orientación, y eso era lo que me mantuvo fuerte.

Fue en medio de la batalla como me aumentó la fe y crecí en estatura y en sabiduría. Aprendí a amar la batalla, porque sabía que luchaba por ustedes, por su corazón, su alma y su vida, y valía la pena pagar cualquier precio. Sabía que era una batalla digna de combatirse. Una batalla en que se decidía la eternidad, una batalla decisiva, y sabía que valía la pena por las recompensas que nos aguardaban.

Era una batalla por el amor y por el bien, una batalla entre dos mundos. Yo libraba una guerra entre dos mundos, y sabía que estaba del bando vencedor. Era una batalla entre el bien y el mal, una batalla para derrotar a Satanás y su horda de demonios, y eso me condujo hacia la victoria. Me gustaba luchar contra el Enemigo cuando andaba por la Tierra, porque sabía que luchaba por el bien, por el bando que no puede perder. Cada vez que ponía los ojos en Mi Padre, con cada batalla ganada, aprendía a amar el combate. Me gustaba derrotar al Enemigo.

Cuando Satanás recurrió a sus trucos para tergiversar las Palabras de Mi Padre, gustosamente empleé Mis armas espirituales contra él. Me daba gusto verlo darse la vuelta y huir arrastrándose lleno de vergüenza. Cuánta alegría sentía cada vez que llegaban los ángeles y me ministraban, y eso acrecentaba Mi fe.

Mientras mantuviera la mirada fija en el Cielo, sabía que el Cielo entero estaba conmigo, y que no podía fallar mientras no me diera por vencido. En tanto que siguiera luchando, sabía que no podía perder. Daba igual qué impresión me diera, porque sabía que los sentimientos no eran de fiar. Mi fe estaba firme en el Cielo y fue lo que me sacó adelante.

Cuando miraba a las multitudes sabía que valía la pena; cada prueba, cada tentación, cada batalla, cada tribulación. Solo pensar en los demás, solo pensar en ustedes, hizo que valiera la pena. Sabía que Mis padecimientos no eran comparables con la gran recompensa de la gloria venidera que en Mí había de manifestarse.

No habría podido soportar la idea de sufrir en vano, de ir a la Tierra como humano, renunciar a la gloria del Cielo y no correr la carrera y ganar. Tomar conciencia de eso me ayudó a seguir adelante. ¿Iba a sufrir tanto en vano? Haber llegado tan lejos y darme por vencido hubiera sido una derrota, como colgar los guantes justo antes de la victoria final.

Sólo pensar en eso me dio el valor para decir a Mi Padre: “No se haga Mi voluntad, sino la Tuya” (Lucas 22:42). Hasta ese momento, en lo físico sentí la tentación de darme por vencido, pero sabía que no podía confiar en Mis sentimientos. En el fondo sabía lo que debía hacer. Al invocar la ayuda de Mi Padre obtuve las fuerzas para seguir adelante y Su Espíritu me ayudó a continuar.

Así es, ese fue el secreto de Mi victoria, de la misma manera que lo será de la de ustedes: acudan a Mí, pídanme que los ayude a mantener la vista fija en la meta. Mantengan los ojos en el Cielo. No pierdan la motivación celestial. Vivan de ella y cobren fuerzas. Así como Yo sabía que las pruebas no eran comparables con las recompensas venideras, también ustedes, hijos Míos, deben saberlo (Romanos 8:18). Todo lo que les he prometido lo haré, así como Mi Padre lo ha hecho por Mí. Así como Yo soy glorificado en el Padre, ustedes se glorificarán en Mí.

Por lo tanto, tengan ánimo, como Yo lo tuve cuando estaba en la Tierra. Avancen sabiendo que hay un plan y que tienen un propósito, una razón para vivir y para luchar. ¡Que ello los llene de dicha y los impulse a aferrarse a Mí, a continuar con la frente en alto a pesar de los obstáculos que surjan, a no dejarse derribar por los aparentes fracasos, sino que los impulsen a actuar disfrutando de la batalla blandiendo las armas más poderosas que el mundo ha conocido al defender la fe y responder al llamado celestial! ⁽²¹⁾

No los Podía Defraudar

Otro secreto de Mi victoria, lo que me ayudó a no perder de vista el objetivo, a seguir adelante hasta alcanzar las victorias y continuar la lucha fue mirar a quienes me rodeaban. Mezclarme con las multitudes, encarar las situaciones de apuro y tener que librar las batallas era lo que me motivaba a seguir luchando sin desistir.

¡No desistí! Por amor al prójimo, por amor a ti y porque sabía que no podía defraudarte. Aunque a veces pareciera que estaba fracasando, tenía que seguir. Me bastaba con confiar en Mi Padre celestial a sabiendas de que Él no fallaría pasara lo que pasara. Saber que tu salvación estaba en juego me ayudó a mantener la confianza en Mi Padre y me mantuvo apremiado y combativo en espíritu, resuelto a no abandonar.

De haber sido por Mi propio beneficio, por Mi propia victoria, habría sido más fácil darse por vencido. Pero cada vez que alzaba los ojos y miraba a las muchedumbres, a las almas necesitadas, los corazones hambrientos, los tristes, los desesperados, los miserables; los que mueren sin encontrar respuestas, eso me obligaba a luchar hasta triunfar.

Saber que tenía que aguantar por amor al prójimo era lo que me motivaba a desechar las insinuaciones de Satanás, que me tentaba a inclinarme a deseos egoístas y codicias carnales. Al alzar la vista y mirar a los demás, su necesidad se me quedó grabada a fuego en la

conciencia, en el corazón y en el alma. Sentí entonces el impulso arrollador de luchar y derrotar a Satanás de una vez para siempre. Sabía que combatía por la vida, el corazón y el alma de hombres y mujeres por quienes valía la pena hacer cualquier sacrificio.

Hijos, si quieren fortalecerse para librar las batallas que afrontan ahora, les digo que alcen los ojos y miren los campos que están blancos, maduros para la siega. Anímense sabiendo que llevan en las manos las llaves de la libertad, que pueden aliviar sus atribuladas mentes, proporcionarles tranquilidad, consuelo y un espíritu radiante, además de sanar y liberar su cuerpo agotado.

La necesidad perentoria, los perdidos y los que estaban solos a Mi alrededor me impulsaron y conminaron a marchar en pos de la victoria. Eso fue lo que me transformó en luchador, dispuesto a combatir y morir por ustedes, a fin de que fuesen libres. Cuando Satanás me tentó ofreciéndome todos los reinos del mundo, fueron las necesidades de ustedes, las carencias que padecían los perdidos y el mundo atribulado las que me mantuvieron firme. De ahí que no aceptara su oferta ni me enredara en los asuntos de este mundo.

Les digo, pues, hijos, que si ustedes también desean seguir Mis pisadas y mantenerse firmes, fijen los ojos en el Cielo. El Diablo no tiene otra forma de ganar que lograr que se entreguen, que acepten sus vanidades ilusorias (Jonás 2:8; Juan 8:44). No se enreden en los asuntos de este mundo, como Yo tampoco me enredé en ellos. Al contrario, miren al Cielo. Aférrense a la fe. Déjenla crecer. Salgan a ejercitarla para que se desarrolle. Alcen los ojos y miren los campos. Salgan y encaren la necesidad. Den a otros lo que Yo les he dado. ⁽²²⁾

1. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:84-86, 88, 89
2. ¡Nada es demasiado difícil para Jesús! #3658:114-118
3. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:92-97
4. ¡Nada es demasiado difícil para Jesús! #3658:122-126
5. ¡Crisis de fe! 1ª parte #3088:98, 103-106, 115-119, 122-129, 150-155
6. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:47, 49
7. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:34-36
8. Los momentos de quietud: ¡tu salvavidas! #3183:74
9. ¡Progresando juntos! #3666:37
10. Los momentos de quietud: ¡tu salvavidas! #3183:75-77
11. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:5-7
12. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:26-37
13. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:37, 38
14. ¡Problemas y soluciones! 5ª parte #3073:26-28
15. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:46, 47
16. ¡Jesús, nuestro Buen Pastor! #3113:39-42
17. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:41-43
18. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:12-16
19. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:9-11
20. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:17-21
21. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:34-43
22. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:53-59



PROFECÍAS PARA LHDD - 11 - 04

DETALLES DE MI VIDA - Parte 4

Detalles de Mi Vida – 4a Parte

Libro 11, Compilación #04 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Puse Mi Fe en Acción

Desde el primer momento, mientras crecía en la Tierra, el Espíritu me preparaba y guiaba. De niño se me puso a prueba. En la adolescencia y cuando tenía veintitantos años tuve que superar numerosas pruebas. Todas esas experiencias fueron ampliando Mi fe y preparándome para las pruebas mayores que habría de afrontar en años siguientes, durante Mi ministerio público. No olvidéis que tuve que pasar por las mismas pruebas que vosotros, todas ellas. Pasé por las mismas experiencias. De otra manera no me habría hecho digno de ser llamado vuestro Sumo Sacerdote. Si no, no podría entenderos del todo, ponerme en vuestro lugar y conocer por experiencia vuestros mismos sentimientos. A mí no se me puso más fácil.

En puertas de emprender la parte principal de Mi ministerio en la Tierra tuve que superar una prueba de consideración en el desierto. Tuve que derrotar al Diablo, que me dio graves tentaciones ofreciéndome los reinos de este mundo, las riquezas terrenales y el efímero poder humano. Me dio tentaciones de orgullo, incredulidad, hambre. Aunque aquellos días y aquellas noches fueron momentos terribles, salí adelante con la ayuda de Mi Padre y de Sus ángeles. Esos días que pasé en el desierto tuvieron una importancia especial, porque fue entonces cuando me comprometí a ser fiel a Mi vocación.

Fue allí en el desierto donde, en sentido figurado, firmé Mi “contrato” de seguir. Fue entonces cuando renové Mi voto de fidelidad y a consecuencia de ello recibí una nueva motivación. Y entonces fue también cuando se me dio el ungimiento para el ministerio público que estaba a punto de iniciar. Fue Mi momento de renovación y afirmación, cuando declaré nuevamente al Cielo y al Diablo que no me echaría atrás, sino que moriría por los pecados de la humanidad.

Fueron días de pruebas atroces, pero no tardé en descubrir que aquellas encarnizadas batallas que tuve en el desierto no eran un caso aislado, sino pruebas preparatorias para otras pruebas mayores de fe y para las mayores victorias que habrían de venir.

Sé que la idea de hacer lo imposible asusta si se ve desde la mentalidad humana. Yo también sufrí tentaciones cuando me enfrentaba a situaciones imposibles. A medida que avanzaba en mi ministerio público, cuando comencé a darme plena cuenta de todo lo que se me exigía, hubo momentos en que sentí deseos de huir. Mi mentalidad carnal no comprendía cómo iba a hacer algunas de las cosas que se me pedían, como invocar el poder del Cielo estando revestido de carne humana, obrar milagros en la Tierra, hacer lo imposible a la vista de los hombres. Por otro lado, sabía que no tenía escapatoria, y rogaba a Mi Padre que me ayudara a perseverar.

Al poco de iniciar Mi ministerio público se me presentó otra prueba seria. Vosotros sabéis lo que es creer que se conoce cómo va a ser una cosa. Digamos que os disponéis a emprender algo nuevo. Es posible que hayáis oído hablar de ello o

leído algo al respecto, y emprendéis una nueva etapa de la vida convencidos de que sabéis de sobra lo que os espera. Por ejemplo, tener un niño, o enamorarse. Tal vez sepáis lo que es de leídas. Quizás muchos os hayan hablado de ello y relatado sus experiencias, hasta el punto de que os parece que entendéis bien lo que será cuando lo viváis. Y luego más tarde os veis en medio de esa experiencia y descubrís que es muy diferente de la idea que os habíais hecho. Pues bien, así fue para Mí cuando me lancé a desempeñar Mi ministerio público. Mi mentalidad carnal creía saber lo que me aguardaba en Mi vida terrena y en mi ministerio, y no tardé en descubrir que es muy diferente vivirlo que verlo de lejos.

Una vez recibido Mi nuevo ungimiento me encontré por todas partes con misiones que me intimidaban. Las limitaciones de la mentalidad carnal y las emociones humanas eran una fuente constante de batallas, y tuve que aprender a sobreponerme y vencer. Se me ponía con frecuencia a prueba y vi que tenía que hacer una demostración de fe, demostrar que nada hay imposible para Dios. Cada día me topaba con cantidad de sorpresas. Cada experiencia era algo nuevo, y todas me enseñaron mucho tanto sobre el mundo físico como sobre las realidades espirituales vistas desde la perspectiva humana.

Mientras me ocupaba de Mis cosas en aquellos primeros tiempos, no esperaba que las multitudes me exigieran tanto desde el primer momento. Hasta que no me encontré en medio de todo eso no caí en la cuenta de que Mi ministerio iba a cobrar un auge tan inusitado. En apenas tres breves años, las noticias sobre Mí se habían propagado a los cuatro vientos. Poco me imaginaba Yo cuando hice el primer milagro que la cosa se iba a disparar de esa manera.

Cuando Convertí el Agua en Vino

Recuerdo bien el día que convertí el agua en vino. No tenía ni idea de que Mi madre me iba a pedir algo como lo que me pidió en aquella boda de Caná. Cuando me dijo que resolviera el problema del vino me puso entre la espada y la pared. Como suele sucederles a los humanos, no me sentía en condiciones de obrar un milagro. Ello quedó de manifiesto cuando repuse que no había llegado Mi tiempo. Fue más o menos como decirle: «No estoy listo, mamá. ¿Por qué me pones en un compromiso?» Dios la bendiga; aunque me faltó confianza en el momento, ella no perdió la fe en Mí. Tenía plena seguridad de que Yo solucionaría el problema. Tenía tanta fe que pidió a los sirvientes que se prepararan, que se dispusieran a hacer lo que fuera que Yo les pidiese.

Como muchos sabéis ya por experiencia, cuando hace falta un milagro, ¡la mayoría de las veces estáis en un aprieto! Os encontráis acorralados en una situación imposible. No sabéis qué podéis hacer, y ello os obliga a acudir a Mí en busca de ayuda. ¡Y zas, entonces se produce el milagro!

Fue algo muy parecido lo que me pasó entonces. Me vi entre la espada y la pared, y no tuve más remedio que agrandar Mi fe. Y aquel día hubo un milagro. El Espíritu de Mi Padre obró en Mí, me aguijoneó, y doy gracias a Dios porque no me desentendí. Había una necesidad, y en efecto había llegado Mi tiempo de obrar.

A partir de ese momento, conforme Mi Padre fue haciendo más milagros por medio de Mí, tuve que depender de Él cada vez con más apremio. Tras aquel primer milagro visible de Caná, me di cuenta de lo que me esperaba; entreví lo que sería Mi ministerio público. Sabía que las exigencias de las multitudes y la presión a que me someterían no harían otra cosa que aumentar. Era consciente de la necesidad, y me sentía incapaz de satisfacerla en Mi condición humana. Sabía que había sido llamado a poner Mi fe en acción, y no me sentía capaz de hacer esas cosas por Mis propias fuerzas físicas.

El Padre me había dado un ungimiento nuevo cuando superé las pruebas de fe en el desierto. Yo sabía que Él no me decepcionaría. Pero a medida que se fueron desarrollando los acontecimientos, comprendí que tendría que buscar seriamente soluciones y orientación, además de algo a qué aferrarme para no volverme loco. Sabía que tendría que aclararme las ideas y el corazón. No es que esperara entenderlo todo en ese momento con Mi mentalidad carnal, pero sabía que necesitaba que el Padre me dijera algo. Me hacía falta algo que me infundiera fe, algo a lo que echar mano.

Se puede decir que en ese momento atravesé una crisis de fe. Mi fe se vio sometida a grandes pruebas. Necesitaba ayuda. Así pues, clamé fervientemente a Mi Padre, y entonces Él me llamó aparte. Me dijo que subiera solo a la montaña. En ese momento sostuve una de las conversaciones más serias con Él en Mi vida humana, y fue cuando me entregó una de las posesiones más valiosas. Me dispongo a daros en este momento lo que me dio Mi Padre en aquel momento de Mi ministerio. Pero antes, prestad mucha atención.

¡El Padre me Revitalizó para Cumplir Mi Destino!

Hasta ese momento había superado las distintas pruebas y tomado decisiones que me habían conducido al punto en que estaba. Decidí cumplir Mi vocación, mas para persistir en ella el Padre vio necesario hacer algunas alteraciones y darme ciertos dones que me facilitaran la misión. Ya me había dado un nuevo ungimiento para Mi misión. Había agrandado el don de la fe que albergaba en Mi corazón humano, del mismo modo que Yo he aumentado el vuestro ahora. Sin embargo, Yo tenía el deber de hacer algo para desarrollar la fe que se me había dado. Tenía que creer en ella. Tenía que hacer uso de ella. Tenía que ponerla por obra. Y decidí hacerlo. Escogí bien, y aunque hubo momentos en que sentí tentaciones de desistir, no lo hice; me aferré a la fe.

Aunque algunos entendáis de diversas maneras eso de aferrarse a la fe, cuando digo que lo hice con firmeza no quiero decir que me quedara parado aguantando mientras esperaba que pasara algo. Lo hice sobre la marcha, poniendo la fe en acción. La mantuve mientras estaba activo haciendo las cosas que la naturaleza humana decía que eran imposibles. No me limité a aferrarme a la fe. Hice una demostración de fe dándole un buen uso, ejercitándola, agrandándola, poniéndola por obra cada vez que se presentaba una oportunidad. Siempre tenía que hacer Mi parte.

Lo que me entregó el Padre en aquel momento me ayudó a poner la fe en acción. Lo que estaba a punto de poner en Mis manos me infundió ánimo para confiar y obedecer yendo adonde me guiaba. Lo que me confió fue el medio de cumplir Mi misión, y con ello dio un gran impulso a Mi fe.

En aquel momento me entregó las llaves del Cielo y del Infierno, que me permitirían liberar el poder del Cielo y atar toda potencia del Infierno. Me dio pleno acceso a toda fuente de poder del Cielo, la clave para poner en marcha toda solución, el medio de sortear todo imposible. No me entregó las llaves de ciertas secciones; me dio pleno acceso, sin límites; puso a Mi alcance todos los recursos del Cielo.

Mi Padre me estaba dando plena posesión de ellos. Tenía a Mi disposición la posibilidad de abrirlo todo, de entender toda situación, de entender cuando hiciera falta todo pensamiento e intención de cada corazón, de liberar todo el poder del Cielo y atar todo poder de Satanás en caso necesario.

El Padre lo hizo porque iba a exigirme más en Mi ministerio público. Antes de eso, tenía acceso al Cielo, por supuesto, pero desde ese momento tenía acceso total; sin limitaciones. Es que había superado las pruebas hasta entonces y se me podía confiar que siguiera adelante. Es que me había ganado por mérito propio aquella ayuda del Cielo, y de Mi misión dependía la salvación de la humanidad: era, pues, necesario facilitarme acceso en esa medida.

Toda potestad me fue dada en el Cielo y en la Tierra. Desde siempre había tenido ese poder en Mí, lo mismo que vosotros, pues desde el principio de los tiempos habéis sido dispuestos y escogidos. O sea, que en cierto modo ya poseía esas llaves. Pero para ponerlo al alcance de vuestro entendimiento, lo que pasó entonces fue que Mi Padre agrandó mi don de fe y la activó, ¡dándome con ello acceso a todo el poder! Aunque desde el principio lo tenía, a partir de ese momento todo el poder estaría a Mi disposición. No tenía más que hacer Mi parte: creer y obrar. Me bastaba con accionar las claves que ya conocía. Es muy parecido a lo que hacéis hoy en día con los computadores: escribiendo una clave determinada accedéis a cuanto os haga falta saber. Fue así de sencillo. ⁽¹⁾

Milagros para los Discípulos Más Allegados

Mis primeros discípulos tomaron nota de muchos de los milagros que hizo Mi Padre por Mí, pero no dejaron constancia de algunos que hice que eran más para los discípulos más allegados, ya que, o bien habrían resultado demasiado difíciles de entender y aceptar para los que no pertenecían a nuestro círculo más íntimo, o no habría sido prudente revelarlos en aquel tiempo.

Muchas veces me fue necesario hacer unos milagros asombrosos de protección y provisión del Cielo para que Mis discípulos y Yo pudiéramos llevar adelante nuestra labor. Está escrito que atravesé entre la multitud sin ser notado, y también se me hizo necesario pedir al Cielo grandes milagros de protección para tapar los ojos de los romanos y de nuestros enemigos a fin de que no notaran nuestra presencia.

En cierta ocasión estábamos acampados al pie de unos árboles y pasaron unos soldados romanos. En aquellos tiempos era costumbre hacer redadas deteniendo a

posibles agitadores, y ciertamente a los ojos de los romanos podíamos pasar por tales. De habernos descubierto aquella noche los soldados nuestro ministerio habría tenido un fin prematuro. Así pues, rogué al Padre que hiciera un milagro para que no nos vieran. Cuando los soldados pasaron a caballo por un lugar desde el que el sitio donde estábamos acampados era plenamente visible, en vez de descubrirnos se fijaron en una laguna de plácidas aguas sobre las que nadaba alguna pata con sus crías. No se trató de una ilusión óptica; fue obra del poder sobrenatural del Cielo.

Hoy en día algunos dirían que se trató de un espejismo. Los científicos formulan teorías para explicar esas cosas. Dirían que se trató de un efecto óptico, de algo que engañó la vista. No os dejéis embaucar por las teorías de Satanás para explicar las cosas. Durante Mi estadía en la Tierra obré muchos milagros de ese estilo, y todavía los hago; ¡basta con tener fe y pedirlos!

Pedro, Jacobo y su hermano Juan eran muy dignos de la bendición que les dio Mi Padre aquel día en la montaña cuando la gloria del Cielo resplandeció sobre Mí y se aparecieron Moisés y Elías. Sabía que en aquel momento me podía fiar de ellos, porque cumplieron religiosamente Mi solicitud de guardar silencio sobre aquel suceso, como les había pedido.

Gracias a ello, pocas semanas después de Mi transfiguración ante ellos me los llevé otra vez a la misma montaña. En aquel tiempo los tres -Pedro, Jacobo y Juan- estaban pasando unos momentos difíciles, y quería hacer algo especial para alentarlos. Aquella noche regresamos al mismo lugar en esa montaña, alcé la vista a Mi Padre y le pedí que abriera las ventanas de los Cielos a aquellos fieles discípulos a quienes tanto quería.

Esa noche disfrutaron de una buena degustación del Cielo mientras fuimos trasladados a éste para pasar un rato de alabanza, confraternización y fiesta como sólo puede haber en el Cielo. ¡Hasta bailamos con las huríes del Cielo! Fue un milagro especial de Mi Padre para mostrarles el Paraíso y darles a probar las delicias del mismo. ¡Huelga decir que aquello encendió un vivo fuego en su interior y les dio un ánimo, unas fuerzas y un aliento para seguir que tenían muy merecidos! Asimismo, fue un gesto de amor de Mi Padre para conmigo, con el que me infundió fuerzas para cuando poco después tuviera que comparecer ante el tribunal de Pilato.

Los Milagros de los Corazones Sanados

Caminar sobre el agua, e incluso resucitar el cuerpo físico de Lázaro, fueron grandes milagros, pero esas señales y prodigios tan obvios no fueron tan grandes como algunos de los menos llamativos que realizó Mi Padre por Mí en el corazón de los hombres. Caminar sobre el agua y convertir ésta en vino fueron hazañas sobrenaturales; no obstante, el milagro de transformar un corazón endurecido era mucho mayor, y prueba de Nuestra divinidad.

Aquellos milagros de sanar corazones que obró el Padre por medio de Mí y que igualmente se obran con vosotros en la actualidad proceden de Mi mano divina. La falsa ciencia obra aparentes milagros, pero sólo Yo puedo conmovir un corazón de piedra. En efecto, obré muchos portentos como resucitar carne muerta, transformar el

agua en vino, multiplicar la comida, sanar cuerpos enfermos y apaciguar un mar embravecido. Sin embargo, Mis mayores obras fueron los milagros menos llamativos, los aparentemente invisibles; los que se produjeron en el corazón de los hombres.

Salomón preguntó: “¿Quién soportará el ánimo angustiado?” Solo Mi milagroso poder podía sanar con su toque un espíritu angustiado. Obré numerosos milagros en el corazón y el espíritu de hombres, mujeres y niños durante Mi estancia en la Tierra, y sigo obrándolos hoy en día. Ciertamente son esos los milagros que más me gustan. ⁽²⁾

La Mayor Necesidad de la Gente

Muchas veces me habría gustado haber hecho más: Cuando al ver las multitudes tuve compasión de ellas, porque desmayaron y fueron dispersadas como ovejas que no tienen pastor; cuando levanté la voz para exclamar: “Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a Mis hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste” (Mateo 9:36; 23:37).

Sentí la carga, la desesperanza y la pesadumbre en el corazón. Anhelaba que todos los problemas, todo dolor, se desvanecieran sin más, pero sabía que no era esa la solución. Desde luego, podía sanar a unos cuantos, y en ocasiones hacer milagros para dar de comer a los hambrientos; sin embargo, no era ésa la mayor necesidad del mundo. Aquellos eran milagros que tenían que ver para creer Mis Palabras y saber que hubo profeta entre ellos. Pero sus mayores necesidades no eran físicas, aunque sin duda parecían ser las más urgentes e inmediatas. Su mayor necesidad era saber que Dios los amaba, que Yo los amaba.

Necesitaban saber que Dios no era ningún fariseo, saduceo ni rabino que se pasara el tiempo citando leyes, reglas y normativas. Necesitaban ver a Dios como su Padre, un Padre tierno y amoroso, que los amaba más de lo que podían comprender, que anhelaba verlos libres de la árida letra de la ley, los sacrificios rituales y las ofrendas ceremoniosas y brindarles la certeza de la salvación.

Por esa razón me envió a Mí a ustedes, para que conociera su dolor, supiera de sus pesares, pudiera conmoverme al experimentar sus debilidades, y finalmente, diera Mi vida por ustedes. Para que por Mi sangre pudieran vivir, por Mi cuerpo quebrantado sanarse, por Mi sacrificio, liberarse de los pesos del pecado y transportarse al Reino de Dios.

Era la salvación que más necesitaban. La que libera de las ataduras espirituales del alma, más necesaria aún que la que sana de las molestas dolencias de la carne. ⁽³⁾

María y Marta

María se sentaba a Mis pies a escucharme y amarme. Marta, mientras tanto, no paraba. Le dije: “Afanada y turbada estás con muchas cosas” (Lucas 10:38-42). ¿Qué quise decir con eso? Me refería a las innumerables tareas que tenía pendientes. ¡Había muchísimo que hacer y el trabajo era de nunca acabar! ¿Por qué estaba tan afanada con eso? Porque razonándolo carnalmente, pensaba que si ella no lo hacía nadie lo haría. Nadie. Por eso, tenía que hacerlo ella.

Al pensar así, me dejó de lado. Dio prioridad a su trabajo, y por tanto tenía que apoyarse en su propia lógica en toda situación. Dejó de lado que, mediante las obras del espíritu, Mis ayudantes celestiales y Yo podíamos interceder y acudir en su ayuda, y solucionar así lo que Yo llamo “muchas cosas” y ella consideraba prioridades.

Tenía la mirada en lo físico y la mente en lo carnal, y olvidó lo espiritual. ¿Cómo pudo olvidarse de Mi maravilloso Espíritu después de haber visto tantos milagros? Lo que pasó es que apartó los ojos y los pensamientos de Mí. Miraba cuanto la rodeaba, se ponía frenética y quedaba atrapada en el torbellino que le causaba su justicia personal, sus ideas de cómo tenía que ser todo y hasta en cómo pensaba ella que Yo quería que fuera. Pero no estaba a tono con lo que Yo quería en realidad: que me dedicara tiempo y atención.

Marta tenía la buena intención de atender a los demás y manifestarles amor, y quería manifestarme ese amor con sus obras. Pero Yo tenía algo muy nuevo y diferente aquel día que deseaba añadir a la profundidad de su fe y experiencia espiritual.

Mientras Yo explicaba a María lo importante que era no enredarse en las cosas de este mundo para mantener los ojos en el Cielo y remontarse a ellas, Marta andaba trajinando de aquí para allá dando el ejemplo contrario de lo que Yo quería enseñarle a María. Mientras esta me miraba con ojos maravillados y llenos de entendimiento y nadaba en las profundidades de Mis frescas aguas del Espíritu, sin querer abandonar esa posición por nada del mundo, Marta no lo toleró más e interrumpió: “Jesús, ¡pídele que me ayude, que está ahí sin hacer nada! ¿Es que no te importo?”

Mi querida Marta de entonces ha aprendido muchísimo desde aquel clásico ejemplo que ha resonado a lo largo de la historia, tanto en la Tierra como desde su venida al Cielo. Ahora es una de las tantas *marías* que hay en el Cielo. No le importa que se hable de su mal ejemplo que recoge la Biblia, porque quiere hacer todo lo posible por ayudar a otros a no cometer el mismo craso error de dar más prioridad a la obra del Maestro que al propio Maestro. Se van a quedar impresionados cuando la conozcan aquí. De verdad se van a preguntar: “¿En serio eres tú, Marta?”, porque ha superado esa debilidad. Ahora amarme y pasar tiempo junto a Mí es su tarea primordial. Ahora da un ejemplo magnífico a muchos. ⁽⁴⁾

Con Lázaro Entré en el Reposo a Pesar de los Pesares

“Entrar en reposo a pesar de los pesares” era la cualidad que tenía y que manifesté cuando me enteré de que uno de mis mejores amigos terrenales estaba muriéndose. Cuando supe de la enfermedad de Lázaro, estuve a punto de sentirme agobiado por la carga y el pesar que suponía. Tuve el impulso de acudir corriendo a su lado y concederle Mi poder sanador. Me sentí impulsado a atenderlo enseguida: Lázaro me era muy entrañable.

Si embargo, Mi Padre puso de relieve esa cualidad en esos momentos cruciales, y así fue como, a pesar de la gravedad de la situación en el plano físico, pude tomarme el tiempo para descansar, distenderme, comer con amigos y seguir testificando. Hasta me tomé varios días antes de dirigirme a atender aquella situación tan acuciante. Ello hizo posible que transmitiera un espíritu de paz, de confianza y de serenidad, a pesar de que las multitudes a Mi alrededor estaban frenéticas y juzgaban con severidad Mi decisión.

Luego, aun cuando llegué, me acusaron de no haberme interesado por Mi amigo, de demorar adrede Mi viaje para que muriera Lázaro. Con todo, a pesar de las lágrimas de María y de Marta, a pesar de las dudas de Mis discípulos, Mi fe se mantuvo firme, porque había entrado en el reposo de Mi Padre antes de intervenir. Me había sujetado a Su cronograma. Había entrado en reposo a pesar de la turbación que reinaba a Mi alrededor. Pero gracias a eso tuve fe en que se producirían los milagros que necesitaba obrar aquel día.

Naturalmente, de todos modos me conmoví y lloré. No lo hice por incredulidad, sino de emoción. Lloré por la intensidad de lo que sentía por aquel hombre a quien tanto amaba. Pero lloré aún más por quienes dudaron de Mí, quienes dudaron de Mi amor y me acusaron sin conocer los detalles de la situación.

Entonces se produjo el milagro. Entonces infundí vida a quien había muerto. Entonces demostré una vez más el poder de Mi Padre; y gracias a eso, muchos más llegaron a conocer Su amor y Salvación.

Este don, además, les dará los mismos resultados a ustedes. Ese reposo a pesar de los pesares les enseñará a conservar la serenidad por mucho que las multitudes los presionen con necesidades y urgencias, y aun con situaciones graves. Finalmente, al entrar en ese reposo, Mis fuerzas se canalizarán a través de ustedes y se transformarán en un poder capaz de obrar milagros, de modo que al ver esas situaciones, se obren milagros ante el más mínimo toque de su fe. Se trata de un don que quiero concederles, y que les facilitará la vida y hará milagros.

¿Lo creen? Les agradezco que lo crean, porque aprecio mucho esta cualidad. Sin ella, no habría podido llevar a cabo Mi misión en la Tierra. Lo mismo vale para ustedes. Por eso se la concedo, la traspaso de Mi corazón al suyo. Les concedo el don que me sostuvo en todo aquello. Que los sostenga también a ustedes.

Más Detalles Sobre Lázaro: Enseñanzas de Fe que Aprendieron María y Marta

Si están en una situación difícil y no ven ningún progreso, y les parece que se ha estancado o avanza muy, muy despacio, lo mejor que pueden hacer es distanciarse de ella emocionalmente y pedirme que les ayude a remontarse a fin de verla desde una perspectiva más amplia. Pídanme que les ayude a verla con Mis ojos, objetiva y racionalmente.

En muchos casos, sus emociones desempeñan un papel fundamental en el modo de ver una situación y la manera con que la resuelven y encaran. Es propio de la naturaleza humana. Pero lo mejor es distanciarse del aspecto emocional y pedirme que les ayude a verlo como lo veo Yo.

Recuerden que Yo tuve que hacerlo cuando estaba en la Tierra. Cuando me enteré de que Lázaro había muerto, no salí corriendo enseguida a Betania a ver a María y Marta. Me quedé dos días más en la ciudad en la que estaba, porque mi labor allí no había concluido aún. Como saben, eso las decepcionó mucho a las dos, hasta tal punto que sus primeras palabras cuando salieron a recibirme fueron acusatorias. Me dieron a entender que si Yo hubiera estado allí, Lázaro no habría muerto (Juan 11:1-32). Pero ustedes mismos saben -no lo sabían Marta y María en ese momento- que Dios se proponía obrar algo mucho más espectacular que solo podía cumplirse si Yo evitaba salir corriendo a sanar a Lázaro mientras todavía estaba enfermo. A la larga, todo redundó en bien y se logró una gran victoria de una situación que se vislumbraba imposible.

Pero pónganse en el lugar de María o de Marta. Aquellos cuatro días que aguardaron Mi retorno supusieron una prueba muy difícil para ellas. Además de que su hermano había muerto, daba la impresión de que el trance por el que pasaban me tenía sin cuidado, de que no me interesaba. Más adelante sí se percatarían de que Yo era dueño y señor de la situación y escribía derecho con renglones aparentemente torcidos.

¿Cómo les parece a ustedes que se habrían desempeñado en circunstancias parecidas? ¿Habrían seguido confiando en Mí y en que tenía todo en Mis manos? ¿Habrían creído que la situación se resolvería victoriosamente, ya si Mi voluntad era que Lázaro muriera aquel día, ya si lo resucitara? ¿O se habrían inquietado, habrían desconfiado, se habrían alterado y me habrían recibido con palabras hirientes, como María y Marta? No las condeno. Después sintieron mucho remordimiento y no dejaban de pedir perdón cuando finalmente se dieron cuenta de cuál era Mi plan y de que había resultado en una victoria mayor aún de lo que podrían haber imaginado siquiera.

Siempre es duro ver la fe puesta a prueba en una situación difícil, siempre lo será. No es algo que se espere con ansias ni se desee. Pero en esos momentos tienen que recordarse una y otra vez a ustedes mismos que todo está en Mis manos. Los amo. Ustedes son Mi esposa, y por ser su Marido nunca los abandonaré ni los dejaré solos. Estoy con ustedes en toda situación, tanto las buenas como las malas; y durante esos momentos de pruebas y tribulaciones estoy bien junto a ustedes, así piensen que no, o cualesquiera que sean las mentiras que les diga al oído el Enemigo.

En momentos así la alabanza se convierte en su herramienta y arma más eficaz contra el Enemigo. La alabanza los elevará por encima de las nubes y les ayudará a

ver la situación más desde Mi perspectiva que la de ustedes, que es terrenal y humana. Aunque parece imposible, es una promesa en la que pueden afirmarse.

Yo cabalgo en las alas de sus alabanzas. Por tanto, invocar las llaves y alabarme cualquiera que sea la situación -sobre todo si es una situación negativa- me pone a Mí en el frente de batalla, donde puedo desenvainar Mi espada y darle al Enemigo una estocada en el corazón. ⁽⁵⁾

La Eficacia del Apremio

Aquella mujer con flujo de sangre que se arrastró entre la multitud a la espera de que Yo pasara para alargar la mano y tocar el borde de Mi manto sí que tuvo apremio. No le quedaba otra esperanza. Estaba poniendo en esa acción, la última gota de fe y aliento que le quedaba.

Tal vez no comprendan bien lo que sucedió. No es que a la mujer la estuvieran llevando. No es que se levantara y se me acercara como quien no quiere la cosa esperando a tocarme al pasar para luego exclamar: «Qué agradable, me siento mucho mejor». Aquella pobre mujer llevaba años sangrando. Estaba demacrada hasta los huesos y llevaba mucho tiempo sin poder caminar.

Para acercarse a donde Yo estaba, aquella pobre mujer, tuvo ni más ni menos que arrastrar por el suelo su cuerpo medio moribundo y soportar terribles dolores atravesando la densa multitud. A sus ojos era terrorífico. Fácilmente la podrían haber pisoteado. Estaba resuelta a tocar el borde de Mi manto, y no pensaba en otra cosa. Sabía que si lo tocaba se sanaría. Tenía mucho apremio y fe.

Sentía un grado de apremio difícil siquiera de imaginar para muchos. Nada más estirar el brazo los pocos centímetros que la separaban del borde de Mi manto le exigía un esfuerzo tremendo. El milagro se produjo gracias a la fe que le proporcionaba su gran angustia. Era acuciante. Por eso, cuando me tocó sentí que el poder del Padre pasaba de Mi cuerpo al suyo. Su gran necesidad suscitó una descarga de poder y espíritu igualmente intensa de parte del Padre, que se canalizó hacia ella a través de Mí.

Fueron los penosos lamentos de Bartimeo, que no podían ser acallados, lamentos que brotan de la desesperación de un alma torturada ansiosa de verse liberada de las ataduras de la ceguera, lo que me atrajo a él y dio lugar al milagro de su curación (Marcos 10:46-52).

Fue la angustia de los amigos y familiares del paralítico, viendo cómo se consumía lentamente presa de un dolor indecible, lo que los impulsó a practicar una abertura en el techo para llevarlo a Mi presencia, echando mano de las últimas fuerzas que les quedaban, porque sabían que no tenían otra forma de acercarse (Marcos 2:1-12).

Fue la angustia lo que motivó a muchos a lo largo de la historia en momentos de gran pesar o congoja a clamar a Mí de todo corazón y obtener respuestas milagrosas a la oración como consecuencia directa de su apremio. ⁽⁶⁾

Qué es Convivir con un Traidor

Desempeñé todo Mi ministerio con un traidor introducido entre Mis discípulos más inmediatos. No es que Judas optara por traicionarme de repente. Ya desde mucho antes sus antiguos amigos los zelotes lo habían reclutado para que los tuviera al tanto de mis movimientos y cuanto Yo dijera. La razón que alegaron los zelotes al principio es que me vigilaban para asegurarse de que era el Mesías. Con el paso del tiempo se fueron convenciendo de que en lo físico Yo no iba a dirigir sus ejércitos contra Roma. Finalmente determinaron que en realidad constituía una amenaza contra sus planes, ya que muchos que hubieran terminado apoyando sus violentas pretensiones de desatar una revolución estaban tomando partido por Mí.

Judas no fue siempre un traidor alevoso. Al principio pensaba que podía convencer a los demás zelotes para que me siguieran. Pensó que había encontrado justo lo que buscaba y que estaba conmigo para atestiguar ante ellos todo lo que pudiera acerca de Mí. Empezó creyendo que podía mantener una doble lealtad a Mí y a los zelotes; pero con el paso del tiempo ellos se fueron distanciando cada vez más de Mí, y la fidelidad que debía a sus antiguos compañeros se fue haciendo cada día más fuerte que la lealtad que me profesaba.

En la medida en que sus amigos los zelotes le nublaban la vista con la interpretación errada de todo lo que les refería de Mí, adquirió una actitud cada vez más crítica de Mí, hasta que en los últimos meses se convenció de que Yo estaba traicionando la causa de sus amigos y, por tanto, la de él. En ese momento empezó a interpretar todas Mis Palabras y Mis actos basado en las pautas y la perspectiva de Satanás, y a difundir esas ideas entre los zelotes e incluso en del Sanedrín. Sabía que los fariseos y los zelotes buscaban la manera de deshacerse de Mí, y además disfrutaba de lo que consideraba su astucia para engatusarme, haciéndose pasar por uno de Mis más estrechos seguidores cuando en el fondo había optado por las tinieblas.

Cuando le ordené que fuese a hacer lo que debía, de pronto cayó en la cuenta de que desde el mismo principio Yo había tenido pleno conocimiento de quién era él y lo que tramaba. Esto lo enfureció, y en ese arranque de ira fue y entregó los últimos datos que tenía de Mí a aquellos de quienes él tenía casi total seguridad en que pondrían fin a Mi vida.

Después empezó a caer en la cuenta de que para haber tenido tal clarividencia sobre lo que él pretendía, sin lugar a dudas Yo debía de ser quien decía que era. A Judas se le abrieron los ojos a la realidad; entonces quiso revertir los horrores que había desatado. Pero como no pudo, optó por el camino del cobarde. ⁽⁷⁾

Tomamos Tiempo para Relajarnos

Fui un hombre de pasión y empuje, que se entregaba de todo corazón a cada tarea que el Padre le encomendaba. Accedí a morir diariamente en aras de cumplir la voluntad de Mi Padre. Lo tuve por privilegio y bendición.

Un día vi el desaliento dibujado en el rostro de Pedro, porque no exhibía la

misma pasión y empuje que manifestaba Yo en todos Mis actos. Habíamos caminado toda una jornada aguantando calor, y aunque fuera tarde y la mayoría de la gente estuviera ya acostada, Yo resolvía hacer algo más. Pero cuando miré a Pedro a los ojos y noté que su mirada carecía de chispa y su voz reflejaba desaliento, pensé que si empujaba más me estaría pasando un poco desoyendo al criterio más sensato de Mi Padre. Oí la voz de Mi Padre que me decía: “Hijo, es hora de descansar. Mañana será otro día y te daré las fuerzas para realizar la labor. Esta noche quiero premiarte por haber cumplido bien tu tarea”.

Nos fuimos, pues, a casa de un amigo y celebramos una fiesta con risas, alegría y vino. En lugar de hablar del trabajo que teníamos pendiente, le expresé a Pedro cuánto lo estimaba y cuánto agradecía su ayuda y su consejo, cuánto dependía de él y valoraba su buen criterio. Tendrían que haber visto los ojos de Pedro al otro día: le brillaban como centellas. Prácticamente amaneció cantando. La obra seguía siendo importante, pero Yo no podía realizarla sin Mi valioso brazo derecho, sin Mis discípulos. ⁽⁸⁾

Las Pruebas de Pedro y de Judas

Volvamos por un momento a las horas previas a Mi muerte en la Tierra. Mientras estaba reunido con Mis discípulos, lo que más me dolía no era que tuviera que sufrir y morir, puesto que se me había concedido la gracia para lo que habría de enfrentar. En aquel momento, el corazón me dolía aún más a causa de dos de los que estaban sentados conmigo. Uno era Judas, el cual Yo sabía que me traicionaría y que al verse enfrentado con sus acciones, optaría por desesperarse y quitarse la vida antes que volverse al Padre e implorarle perdón. El otro era Pedro.

Yo sabía la prueba tan escalofriante que habría de afrontar Pedro. A sus ojos, la batalla que Yo debía sobrellevar le habría parecido mucho mayor, pero Yo entendía la intensidad de la desesperación en la que se sumiría, el torrente de mentiras de Satanás que se abatiría sobre él y lo débil y confundido que estaría. Para él, en cierto modo, la prueba fue tan grande como la que debí soportar Yo horas más tarde en Getsemaní. Yo lo entendí, y se me partió el corazón por él. Vi su sufrimiento y lo sentí con la misma intensidad que el Mío.

De haber podido, habría tomado su carga y habría intentado llevarla Yo mismo. Pero sabía que él tenía que pasar por ese momento de dolor para convertirse en lo que debía ser. Mi dolor, el que debía sobrellevar Yo, me dio comprensión y compasión por los seres humanos que se hundían en el pecado; Mi muerte en la cruz fue el supremo sacrificio para salvar al hombre de esos pecados y liberarlo. Y esa compasión me la enseñaron las experiencias que viví en la Tierra. Sentí el dolor, experimenté el sufrimiento y comprendí la lucha interna de cada una de las personas a las que impartí enseñanzas, de cada uno de los que sané, de cada uno de aquellos cuya vida afecté. ⁽⁹⁾

La Clave es Orar

Imiten Mi ejemplo. ¿Qué hice cuando el Enemigo atacaba a Mi apóstol Pedro con todas sus fuerzas y gran furor para derrotarlo antes de que hubiera empezado siquiera su ministerio? Rogué por él. Oré con afán y ahínco, y Mi Padre respondió a Mi oración. Aunque no desaparecieron sus pruebas y batallas y tuvo que seguir luchando por superar algunas cosas, Mis oraciones por él tuvieron un efecto contundente; hicieron una gran diferencia (Lucas 22:31-32).

Las batallas que tuvo que afrontar y superar Pedro eran muy grandes y abrumadoras para él. Eran tremendamente intensas. El Enemigo estaba haciendo todo lo posible por derrotarlo, porque sabía que Pedro era un obstáculo importante para sus planes. Sabía la influencia tan importante que iba a tener Pedro a lo largo de su vida y a través de la obra a la que había dado inicio, obra que perdura hasta el día de hoy.

Fue un ataque feroz, así que rogué con fervor y afán por él. Bregué por él en oración, pedí por su fortaleza y protección, por su servicio a Mí. Intercedí ante Mi Padre por él, lo reclamé para Mi servicio con plegarias fervorosas, y Mi Padre no dejó de responder a Mis oraciones, así como tampoco dejaré de responder Yo las que recen ustedes por quienes se vean zarandeados por el Enemigo. Lógicamente, eso no eximirá de decidir a la persona por quien oran; en última instancia, la decisión es de ella. Pero ustedes pueden ejercer una influencia positiva tremenda orando. ⁽¹⁰⁾

Cuando fui Clavado en la Cruz, Todo lo Pagué

La noche que pasé en Getsemaní, antes de emprender el camino final a la cruz, tuve ante Mí la difícil alternativa de entregar o no Mi vida voluntariamente. Ya había manifestado al pueblo que lo que me iba a pasar no me lo acarrea nadie, sino que Yo mismo había optado por ello (Juan 10:17-18); y que de no haberlo consentido Yo, Mi Padre habría enviado instantáneamente una legión de ángeles para librarme. En efecto, en ese caso Él me hubiera librado; sin embargo, eso me habría privado de cumplir Su voluntad suprema y hubiera fracasado en Mi misión de redimirlos a ustedes, Mis hermanos perdidos.

Yo, el Cordero de Dios, era el único capaz de pagar ese precio. Aun sabiéndolo, me resultaba difícil entregarme en sacrificio. ¡Todavía me costaba trabajo! La decisión siguió siendo difícil a pesar de las muchas veces en que opté por acatar la voluntad de Mi Padre. Aprendí por experiencia que acceder a hacer la voluntad de Mi Padre traía los máximos resultados. Eso me indicaba cuál sería la decisión acertada. De todos modos, le pregunté si habría otra opción. Pero cuando recibí Su respuesta, incliné la cabeza y le pedí la gracia para obedecer una vez más Su voluntad (Mateo 26:39). ⁽¹¹⁾

¿Acaso piensan que las batallas que pasé en Mis últimas horas fueron fáciles? ¿Se imaginan una batalla tan intensa que haga sudar gotas de sangre, como me pasó a Mí en el huerto de Getsemaní? ¿Tienen idea de lo que es sufrir una angustia tal que me hiciera clamar al Padre como lo hice cuando estuve en la cruz y exclamé: “¿Por qué me has abandonado?” (Lucas 22:44; Mat.27:46) ⁽¹²⁾

Tuve que cumplir esa misión hasta las últimas consecuencias. De haberme dejado morir a la vera del camino antes de llegar a la cruz, o haber desfallecido en Mi interior espiritualmente y haber desistido antes de tiempo, habría naufragado. Les habría fallado a ustedes, habría fallado a la humanidad entera, habría fallado a Mi Padre y le habría fallado a todo el Cielo. ¡Habría frustrado todo el propósito de la Creación! La carrera que corrí fue una maratón. Veía la meta delante de Mí. Sabía sin asomo de duda adónde me dirigía y a qué ritmo avanzar para cumplir Mi cometido.

De no haber alcanzado Yo esa meta, todo habría sido en vano. Es cierto que habría demostrado amor a unos pocos, o quizás a muchos. Habría dado el ejemplo de amor que les hacía falta ver. Los habría apacentado espiritualmente con las Palabras de Mi Padre. Habría sanado a muchos y los habría convencido de que era el Hijo de Dios. Habría realizado grandes obras, alentado a muchos y ganado su amistad, y los habría sacado del pozo de la depresión en que se encontraban. Los habría hecho más felices, les habría cambiado y mejorado la vida y su modo de verla. Pero si no hubiera llegado hasta el Calvario, todo habría sido en vano.

Era el cordero de Dios. Nadie más podía serlo. De no haber llegado Yo a esa cima, habría fallado en lo que tenía absoluta preeminencia, la misión que primaba sobre todas las demás: llegar a la cruz y morir por ustedes. Tuve que dejar todo lo demás, todo lo que lo hubiera impedido. Todos Mis actos tenían que estar encaminados a esa meta. ⁽¹³⁾

Preparé a Mis discípulos para lo que me verían pasar a Mí cuando tuve que morir en la cruz. Los animé haciéndoles ver que todo formaba parte del plan de Mi Padre, y que era algo que Yo quería que sucediese, y que tenía que suceder, e incluso entonces, a todos les costó bastante aceptarlo y casi hizo trizas su fe. Pero al morir cumplí Mi cometido y el plan de Mi Padre. Era algo que tenía que suceder. ⁽¹⁴⁾

Mirad cuánto Amor tuve Yo por vosotros, en que siendo aún pecadores morí por vosotros. Meditad en esta sencilla verdad y reflexionad sobre la profundidad de Mi Amor: que siendo vosotros aún pecadores, sumidos en la iniquidad e inmundicia, Yo morí por vosotros. Tan grande es el Amor que os tengo que vuestras debilidades y pecados no me impiden ver la hermosa creación Mía que sois. Di Mi Amor por vosotros, entregué Mi vida por vosotros. Tal es Mi Amor. ⁽¹⁵⁾

Muchos hombres y mujeres del mundo han dado la vida por otros. Muchos han sufrido y ofrendado la vida por una causa valiosa. Así y todo, cuando entregué la vida por ti, no fue lo único que hice por ti. No solo sufrí mi propio dolor y angustia, sino que también se dispuso que acarrease sobre Mí tus sufrimientos y tu dolor. Vine en carne a fin de probar la muerte por cada uno de ustedes. Padecí más de mil muertes en esa cruz; sufrí mucho más que la muerte padecida por un solo hombre. Di la vida por cada hombre, mujer y niño que ha existido sobre la faz de la Tierra. Llevé en Mi cuerpo el dolor de cada uno. No solo sufrí mi propia angustia, sino también la tuya, para que por Mis llagas tú también fueras sanado (Isaías 53:5).

Acarreé y asumí el dolor, hijos Míos, de cada uno de ustedes. No morí sólo por uno de ustedes ni me compadecí por sólo uno. Morí por todos, me compadecí de todos, del dolor y del sufrimiento que pasó cada uno, para que tuvieran salida. Cuando echas tus cargas, preocupaciones y padecimientos sobre Mí, te sustentó. Es que ya he llevado a cuestas tus pecados. Ya asumí tu dolor y tus sufrimientos, para que gracias a lo que padecí te sanes, liberes y encuentres alivio en la necesidad. ⁽¹⁶⁾

Mientras Yo padecía, bregaba, derramaba Mi sangre y expiraba por ti, me sostenía el gran amor que te tengo. De lo contrario no habría sido capaz de aguantar el dolor, la angustia, el pesar, el quebrantamiento de corazón, el horror de la muerte y de fallecer solo. No obstante, por ti valió la pena hacerlo, ¡sólo por ti! Es que te amo, y pensar en ti era Mi fuerza impulsora; fue lo que me guardó y me infundió esperanza.

Mientras me fustigaban los látigos de Pilato, cada golpe me hacía ver tu rostro: así cobraba fuerzas. Mientras los soldados me escupían, se mofaban de Mí y me encasquetaban en la cabeza una corona de espinas, no veía otra cosa que la luz de tu sonrisa: ella me daba ánimos para aguantar. Mientras portaba la cruz por las calles, y cuando caí de rodillas, debilitado y agotado por el peso, la vista se me nublaba. Con todo, en ese momento no podía pensar en otra cosa que en lo mucho que te amo: en ello hallaba las fuerzas para continuar.

Mientras pendía vergonzosamente de la cruz padeciendo dolor y me invadía el sabor de la derrota, logré sobreponerme al recordar que mediante aquella muerte despertaría para gozar de tu amor por la eternidad. Fuiste tú, Mi amor, y nadie más que tú, quien me infundió fuerzas para seguir: Mi Amor por ti, Mi desvelo por ti, Mi deseo de ti.

Saber que te tendría junto a Mí por la eternidad me infundía fuerzas y fe para aguantar. Tu sonrisa, tu contacto, el amor que alberga por ti Mi corazón, eran lo que me hacía seguir adelante. El Amor que sentía por ti era Mi fuerza motriz. No soportaba la idea de no tenerte a Mi lado, de perderte.

¡Te amo desde la eternidad y hasta la eternidad con amor ardiente! ¡Así de grande es este idilio, el Amor que te tengo! Y esa simiente de amor que he sembrado en lo más hondo de tu corazón, en ese punto sensible, la puse ahí para sostenerte en tu viaje por la vida, para que tú también halles fuerzas, fe y esperanzas para persistir. Puse Mi sello en cada ser humano para que sepa cuán personal, cuán individualizado es el amor que le tengo a ella en particular. ⁽¹⁷⁾

Aunque pareció una derrota que me azotaran, me pusieran una corona de espinas y me clavarán a la cruz, y aunque grité: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?, Mi Padre me guardó y me sacó adelante por medio de una portentosa resurrección que alteró el curso de la Historia por la eternidad. Así reine la oscuridad y no veas nada, sabe que te tengo rodeada con Mis brazos. Te pido que confíes en Mí cuando te encuentres en las profundidades, que confíes en Mí en medio de la desesperación, que confíes en Mí cuando te duela el corazón, que confíes en Mí cuando hayas renunciado a lo más querido, pues Yo lo hago todo bien y te doy forma y te modelo con Mi amor. ⁽¹⁸⁾

Mi Padre no pudo librarme de la cruz, aunque ardía en deseos de hacerlo. El dolor que sentí, los padecimientos que soporté, le desgarraban el corazón. No podía verme morir en la cruz. ⁽¹⁹⁾

¿Acaso no creen que de haber podido, Mi Padre hubiera bajado a ocupar Mi lugar en la cruz? El dolor que sintió al ver cuánto tenía que sufrir Yo fue tan terrible para Él como para Mí. Pero de haberlo hecho me habría privado de Mi Esposa: ¡ustedes! Me habría quitado la corona, porque gracias a aquello puedo ahora reinar y amarlos de este modo, lo cual no habría sido posible de otra manera. ⁽²⁰⁾

Cuando me clavaron en la cruz, pagué por todo. Sufrí tus penalidades para eximirte de todo, para que nunca jamás tuvieses que saborear la muerte y para que en la hora de tu paso a la otra vida te librases de la angustia. Por tanto, Mis fieles no tienen que hacer otra cosa que echar sus cargas sobre Mí. Yo ya pagué el precio, ya soporté el dolor y llevé sobre Mí sus sufrimientos.

Lo único que queda hacer es mantenerse firmes, sabiendo que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que manifestaré en ustedes (Romanos 8:18). Este es el gran consuelo que doy a Mis hijos: que si sufren por causa de Mi nombre, los dotaré de una gracia y una gloria extraordinarias que les posibilitarán sufrir penalidades. Además, con el poder del Cielo los guardaré en la hora de la angustia y se los coronará de honra y de gloria. ⁽²¹⁾

Estaba en el mundo como ser humano, igual que ustedes, pero no era del mundo. Darme cuenta de eso me infundía mucha fe y convicción. Saber que poseía algo mucho mejor, algo de gran valor, un tesoro mucho más valioso de lo que ningún ser humano podría imaginar, bastaba para mantenerme por el buen camino. Valoraba en gran medida Mi lugar y la misión que se me había encomendado como ser humano, y no quería decepcionar a Mi Padre ni a ustedes.

Sabía que tenía una misión -salvarlos-, y eso me espoleaba. En Mi caso había mucho en juego, lo mismo que en el de ustedes. Sabía que en Mis frágiles manos tenía gran poder, ya que poseía la verdad del Cielo. El futuro de la humanidad pendía de Mi condición humana. Tan pasmosa realidad me infundía ánimo para avanzar y apremio para obedecer la voz de Mi Padre, y como lo hice, aprendí y crecí en sabiduría y en estatura.

Era diferente, y eso estaba claro para quienes eran capaces de discernirlo. Yo era la luz. “La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron” (Juan 1:5). Ustedes, Mis hijos, también son diferentes a los del mundo, pues los lleno con la luz de Mi Espíritu. Al igual que una ciudad asentada en un monte, Mi luz en ustedes no se puede esconder. Vine a la Tierra con la misión que me confió Mi Padre Celestial de llevar la luz a los demás. De la misma forma, los envío a ustedes, hijos Míos, con la misión de comunicar a los demás las glorias de Mi Reino Celestial, que pronto habrá de descender a la Tierra.

Fui varón de dolores porque me afligía con la corrupción y perversión reinantes en el mundo. Me afligía por los perdidos y los que estaban solos en espíritu. Pero

también me regocijaba, porque tenía la luz del Cielo en el corazón. Sentía congoja, aunque siempre me regocijaba, ya que sabía de las glorias celestiales y me daba perfecta cuenta de que lo que Mi Padre me pedía justificaba plenamente cualquier sacrificio que tuviera que hacer. ⁽²²⁾

Necesité fe para ir a la Tierra y creer que en forma humana podía tener un efecto importante. Necesité fe para creer en el plan de Mi Padre, en que realmente podía hacer algo tan importante como alterar el curso de la historia con el amor que manifesté al vivir y morir por la humanidad. Pero el plan de Mi Padre dio resultado.

Se necesita fe para creer que tengo un plan para tu vida y que lo estás cumpliendo. Hace falta fe para creer que de verdad influyes en el corazón y la vida de los demás. Pero al igual que Yo, descubrirás que en efecto cumples Mi voluntad y haces lo que te pedí. ⁽²³⁾

Cómo Vencí con las Llaves en la Cruz

(Jesús) Dejadme enseñaros hoy cómo orar hoy, como cuando oré mientras colgaba en la cruz. Decid estas palabras mientras reclamáis las llaves y os remontáis a la victoria:

Tengo las llaves; no pueden fallar. Llamo a las llaves; no se pueden detener.

Me apoyo en el poder de las llaves; Por encima me remontaré.

¡Liberó el poder de las llaves sobre ti, Satanás, y todos los demonios de tu dominio! ¡Aquí no tienes poder, porque las llaves mandan! ¡Con el poder de las llaves te ordeno que te vayas!

De las llaves no dudaré. Aunque oscuro sea el panorama, las llaves todo lo conquistarán.

Liberó el poder de la llave de _____ [llena el espacio en blanco para cualquier llave o llaves que te sientas guiado a llamar, dependiendo de por lo que estés orando] para pelear esta batalla y ganar.

Entrega el poder de las llaves en mis (nuestras) manos. Con el poder de las llaves de _____ y de ??_____ [nombra llaves específicas que quieras reclamar], desafío y resisto el poder de los gobernantes de las tinieblas de este mundo.

¡Detente! Con el poder de las llaves del Reino, ¡te ordeno, _____ [nombre del demonio contra el que estés orando], que te vayas!

No dudéis en ordenar las llaves, amores míos. Incluso cuando vuestra mente carnal comience a vacilar o a cansarse, ese es el momento de luchar aún más fuerte en el espíritu y dejar que el poder de las llaves os sostenga. Cuando a Mi cuerpo físico no le quedó ni una pizca de fuerza, aún así pude ganar la guerra en el espíritu, porque le ordené a las llaves y ellas me mantuvieron en marcha.

¡Gracias por uniros y luchar en el espíritu! Manteneos firmes en el poder y la fuerza de las llaves del Reino y vosotros, junto con aquellos a quienes defendéis en oración, os remontaréis hacia la victoria.⁽²⁴⁾

Mientras Descansaba con mi Padre en el Barco

¿Recordáis el relato de Mi estadía en la Tierra cuando me encontraba en la parte trasera del barco descansando en medio de una terrible tormenta? (Marcos 4: 37,38). No solo estaba durmiendo, sino que estaba descansando con Mi Padre. Estaba pasando tiempo con Él lejos del ajetreo y del bullicio de la tormenta que me rodeaba. Sabía que Mi Padre tenía el control. Sabía que Él se haría cargo de la tormenta. Y sabía que Mi tiempo con Él era incluso más importante que atender inmediatamente la tormenta y calmarla.

Mi actitud era correcta, mi corazón tenía razón. Estaba completamente enfocado en Dios y Él era todo lo que me importaba. Aún cuando pareciera que una muerte segura azotara nuestro barco, no tenía prisa, porque Mi Padre me había pedido que pasara ese tiempo con Él y eso era más importante.

Por eso reprendí a Mis discípulos después, diciendo: "¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Por qué tienen tan poca fe?" En esencia, les estaba diciendo que ellos también podrían haber calmado la tormenta, o al menos haber tenido fe en medio de ella, aunque yo no les hubiera resuelto el problema.

Y lo mismo pasa con vosotros, Mis amores. Independientemente de lo que te esté sucediendo, si te muestro que vayas y pases ese tiempo clave conmigo, eso es entonces lo más importante que deberías estar haciendo en ese momento. Yo estoy al control, y en Mi momento y a Mi manera calmaré las tormentas y te ayudaré a ver todo lo que hay que hacer, una vez que hayas sido fiel pasando tiempo conmigo.

Así que sepárate, entra más profundamente en la cueva y aprende a tener comunión más profunda conmigo. Aprende a desearme más. Aprende a encender tu vela del deseo para poder descubrir un nuevo terreno espiritual durante tus preciosos momentos Conmigo.

Puedes hacerlo. No te pediría este paso si fuera demasiado difícil para ti. Sé que lo puedes dar, pero más que eso, sé que es necesario que lo tomes. Incluso podría no haber calmado la tormenta si yo no hubiera primero tomado ese tiempo con Mi Padre. Tú tampoco podrás hacer lo que te pida si primero no te tomas ese tiempo conmigo.

Y para ayudaros a dar este paso, he creado una llave a la medida para cada uno de vosotros. Esta será tu llave personal para los más íntimos salones de comunión conmigo. Pregúntame acerca de tu llave personal y cómo poder esgrimir el poder que esta manifieste. Podría conferirte la llave de la calma, la del descanso mental, la del corazón positivo o la llave del deseo más profundo, etc.

La que sea que te muestre es tu llave, reclámalo al comienzo de tu tiempo conmigo.

Sé lo que más necesitas personalmente para hacer de tus momentos Conmigo los tiempos de comunión más profundos que puedan haber. Así que búscame y pregúntame, o incluso puedes solicitármela diciéndome las cualidades que sientes

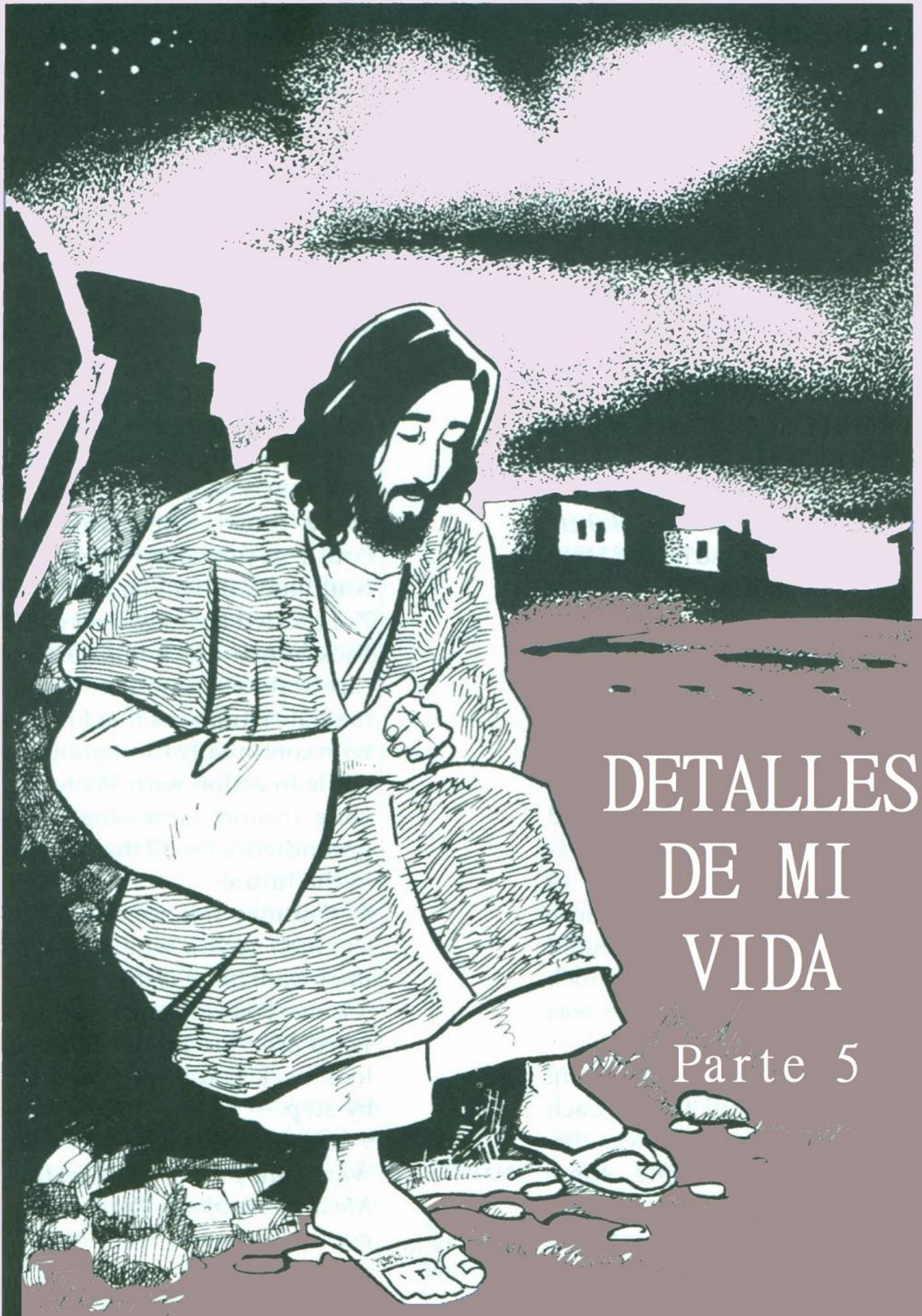
que necesitas y la llave que te gustaría tener. Yo me aseguraré de darte justo lo que necesitas.

Para Mí es importante que crezcas en este sentido, pero además que sientas la inspiración y el deseo de crecer, que creas que se puede hacer y que pongas la voluntad y el esfuerzo para hacerlo. En muchos casos, la llave que te tengo ayudará a inculcar en ti ese mayor deseo y anhelo por Mí y por Mi Espíritu. Preguntadme, amados Míos, y os daré todo lo que necesitéis. ⁽²⁵⁾

Encuentra el ojo del huracán, ese lugar especial donde hay perfecta calma y tranquilidad. Encuentra ese lugar conmigo donde, a pesar de que el mundo a tu alrededor esté siendo sacudido y se encuentre al revés, todavía tienes paz en medio de la tormenta. Se necesita práctica para hallar el ojo del huracán, pero si eres fiel en tu tiempo conmigo, descansando en Mí, morando en Mí, amándome, alabándome y pensando en Mí, podrás siempre hallar ese "lugar secreto", donde nada podrá tocarte. ⁽²⁶⁾

Tomar fiel y consistentemente un tiempo de calidad conmigo es la clave para todo lo demás en la vida. Es la clave para la productividad, para la sabiduría. La clave para que vuestras obras permanezcan, en lugar de ser destruidas por la primera tormenta de oposición. (Mateo 7: 24-27). Esa es la clave para recibir Mi bendición, la clave para llevar una vida equilibrada, la clave de la felicidad, la clave para tener relaciones amorosas y productivas con tus compañeros de trabajo y seres queridos. ¡Es la clave para todo lo bueno! ⁽²⁷⁾

1. ¡Las llaves del Reino! #3318:7-27
2. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:42-51
3. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:61-65
4. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:22-27
5. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:60-74
6. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:54-60
7. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:13-17
8. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:39-41
9. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:39-41
10. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:26-28
11. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:18, 19
12. Fe: ¡Ahora y para siempre! #3699:61
13. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:36-38
14. Oro, rosas y espinas #3639:29, 30
15. ¡Una nueva era de amor! #3011:41
16. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:26, 27
17. ¡Tuyo es Mi corazón! #3080:26-30
18. ¡Dejemos que Jesús lleve la carga! #2987:79
19. Encontrar belleza en el collage de la vida #3598:55
20. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:31
21. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:28, 29
22. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:13-16
23. Palabras de sabiduría, 1ª parte #3614:92, 93
24. Día Nacional de Oración por Brasil, # 3456: 72 -82
25. Descansa en el Señor, # 3621c:426-434
26. Palabras para Meditar, # 3622:25
27. Tiempo de Calidad en la Palabra - Part 1, # 3549:7



DETALLES
DE MI
VIDA

Parte 5

Detalles de Mi Vida – 5ª Parte

Libro 11, Compilación #05 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022

(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

Los Caminos Más Altos de Dios

¿Nací acaso en un palacio? No; nací en un establo. ¿Acaso fui un fogoso profeta desde la niñez? No; desempeñé durante muchos años el humilde oficio de carpintero. ¿Acudió el mundo en tropel a ofrecerme apoyo al comienzo de Mi ministerio? No; fui objeto de desprecio y rechazo, y me vincularon con prostitutas y borrachos. ¿Tuve un vistoso ministerio de alcance multitudinario? No; más que nada desempeñé el humilde ministerio de enseñar y capacitar a Mis doce discípulos y apacentar con las Palabras que recibía de Dios a todo el que tuviera a Mi alrededor y quisiera prestar oído.

Hubo ocasiones en que tuve un ministerio público, cuando las multitudes acudían a Mí porque sentían curiosidad por los milagros o para comer de balde luego de saber del milagro que había hecho con los panes y los peces. Sin embargo, con mucha frecuencia mi ministerio no era otro que el de un tranquilo maestro que se ocupaba de los que necesitaban de Mis Palabras y de adiestrar a Mis discípulos para que continuaran la labor después de Mi partida. La popularidad era pasajera. Lo perdurable era la Palabra que había sembrado. Fueron las enseñanzas y los cuidados prodigados los que a la larga llevaron fruto en la vida de Mis discípulos y los motivaron a transformar el mundo y llevar Mi verdad a millones de personas. De unos humildes orígenes salió algo muy grande.

Es que Mi Padre tenía un maravilloso designio para Mi vida, de la misma forma que Yo tengo uno para las de ustedes. Por medio de Mi vida y ministerio -que fueron aparentemente humildes, sencillos y de corta duración-, Dios ha obrado en la vida de millones de personas a lo largo de los siglos. Fue glorificado y muchos se sintieron atraídos a Él porque no me importó que me despreciaran y rechazaran los hombres. Me limité a cumplir las instrucciones de Dios aunque la gente culta de Mi época desdeñaba Mis métodos. Muchos quisieron proclamarme rey para que los liberara del yugo romano, pero no era esa la voluntad de Dios. Los judíos ansiaban convertirse en una nación grande, poderosa y opulenta regida por Mí, mas Dios había dispuesto un plan mayor y mejor.

El Momento y Lugar Apropriados

Estaba en el mundo como ser humano, igual que ustedes, pero no era del mundo. Darme cuenta de eso me infundía mucha fe y convicción. Saber que poseía algo mucho mejor, algo de gran valor, un tesoro mucho más valioso de lo que ningún ser humano podría imaginar, bastaba para mantenerme por el buen camino. Valoraba en gran medida Mi lugar y la misión que se me había encomendado como ser humano, y no quería decepcionar a Mi Padre ni a ustedes.

Sabía que tenía una misión -salvarlos-, y eso me espoleaba. En Mi caso había mucho en juego, lo mismo que en el de ustedes. Sabía que en Mis frágiles manos tenía gran poder, ya que poseía la verdad del Cielo. El futuro de la humanidad pendía de Mi condición humana. Tan pasmosa realidad me infundía ánimo para avanzar y apremio para obedecer la voz de Mi Padre, y como lo hice, aprendí y crecí en sabiduría y en estatura.

Era diferente, y eso estaba claro para quienes eran capaces de discernirlo. Yo era la luz. «La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la acogieron» (Juan 1:5 N. C.). Ustedes, Mis hijos, también son diferentes a los del mundo, pues los llenó con la luz de Mi Espíritu. Al igual que una ciudad asentada en un monte, Mi luz en ustedes no se puede esconder. Vine a la Tierra con la misión que me confió Mi Padre Celestial de llevar la luz a los demás. De la misma forma, los envíó a ustedes, hijos Míos, con la misión de comunicar a los demás las glorias de Mi Reino Celestial, que pronto habrá de descender a la Tierra.

Fui varón de dolores porque me afligía con la corrupción y perversión reinantes en el mundo. Me afligía por los perdidos y los que estaban solos en espíritu. Pero también me regocijaba, porque tenía la luz del Cielo en el corazón. Sentía congoja, aunque siempre me regocijaba, ya que sabía de las glorias celestiales y me daba perfecta cuenta de que lo que Mi Padre me pedía justificaba plenamente cualquier sacrificio que tuviera que hacer.

Me tomaba la vida en serio. Eso no significa que no sintiera gozo al servir a Mi Padre y hacer Su voluntad. Mi alegría era auténtica y duradera. Mis ratos de diversión, auténticos, y el placer que experimentaba era placer de verdad, desprovisto de los venenos de Satanás, puesto que apoyado en la gracia e intervención divinas rechazaba

sus mentiras y lo ponía en fuga. Me deleitaba en la libertad del Espíritu, y ello me permitía seguir adelante.

Al crecer en sabiduría, aprendí la importancia de saber que todo tiene su momento y su lugar. Hay un tiempo para reír y un tiempo para llorar, un tiempo para tomárselo con calma y un tiempo para apretar el paso. Tiempo para celebrar y tiempo para abstenerse de festejos. Tiempo para relajarse y tiempo para ponerse serio y reflexionar sobre el mundo. Tiempo para atender a las multitudes y tiempo para satisfacer una necesidad personal de alguien. Tiempo para volcarse a los demás y tiempo para retirarse a orar a solas con el fin de renovarse, recargar las pilas, captar la clara perspectiva celestial y volverme a llenar.⁽¹⁾

Plena Posesión

(María:) El Señor quiere vivir, pensar y moverse dentro de nosotros. Lo denomina «plena posesión». Para que Él tenga plena posesión, no solo debemos entregarle nuestra mente, sino también limpiar nuestros pensamientos de todo lo que no sea de Él, de todo lo que sea del mundo y esté ligado a las cosas del mundo o de nuestra propia naturaleza mundana. La posesión plena le permitirá valerse de nosotros para realizar milagros para Él. Nos ha dicho que cuando le permitimos poseernos por entero, todo es posible.

Que el Señor ejerza pleno dominio de uno no es algo que ocurra de la noche a la mañana. Es un proceso que se desarrolla paso a paso y toma tiempo. Les enumeramos algunas cosas que pueden hacer diariamente para encaminarse por la vía de la plena posesión:

- * Dediquen tiempo a la Palabra.
- * Cuando algo no se ajuste a la Palabra, evítenlo.
- * Obedezcan al instante y manténganse fieles a sus convicciones sobre lo que está bien y lo que está mal.
- * Escuchen al Señor en profecía. Dejen que les hable con frecuencia.
- * Sean humildes y denle la gloria en toda oportunidad.

- * No se dejen absorber por influencias mundanas: los medios informativos, espectáculos, falsos valores, materialismo, mentalidad carnal, etc.
- * Alaben al Señor en toda oportunidad.
- * Sean más tiernos y generosos.
- * Den testimonio fielmente.

(Jesús:) Si desean beneficiarse de todo el poder que les he conferido, no puede haber lugar a la vez para Mí y para la mentalidad carnal en sus pensamientos. No puedo hacer grandes obras a través de ustedes si está presente la mentalidad humana, porque estorba, demora y sofoca Mi Espíritu impidiendo que realice a cabalidad grandes hazañas por medio de ustedes. Impide que activen a plena capacidad los poderes espirituales con los que cuentan.

Para obrar grandes milagros, para cumplir su destino, es imprescindible que sean Míos. Es necesario que los posea por entero, sin reservas, y para eso deben revestirse de Mi mente. Deben pensar como pienso Yo. Deben permitir que el Espíritu de Mi mente se una con el de la de ustedes. Su cerebro debe ser el Mío. Deben revestirse de la totalidad de la mente de Dios.

No hay palabras en lenguas terrenas que describan con exactitud lo que estoy preparando para los que permitan que los posea plenamente al entregarse de lleno a Mí. Para ustedes habrá gloria eterna y espléndida sobremanera. Para ustedes estoy preparando Mis más grandes y singulares premios y obsequios. Serán tan asombrosos que solo los podré dar a quienes superen las mayores pruebas, los que se me entreguen sin reservas y sin vacilar. (Tomado de Plena posesión, CM 3376:35-36,55, GN 973)

Sabía que si no lograba hacer contacto con el Espíritu de Mi Padre y recibir guía e instrucción de Él jamás saldría adelante. Sabía bien que no me sería posible lograr Mi propósito y hacer Su voluntad en cada circunstancia en que me encontrara, en cada situación que tuviera que afrontar, si no tenía un vínculo estrecho con Él.

Podrían suponer que la facultad de escuchar a Mi Padre era perfectamente natural para Mí, algo inherente a Mi naturaleza, parte de Mi ser, por ser el Hijo de Dios encarnado en la Tierra. Pero no era así. Al contrario, era algo que me exigía mucho

esfuerzo y apremio. El Enemigo lo combatía por todos los medios; suponía una intensa lucha espiritual. No era nada fácil.

¿Les parece raro que Yo no siempre pudiera escuchar la voz de Mi Padre de manera automática y sin confusión alguna? Deben entender que Mi Padre tuvo que permitir que me sintiera un tanto desconectado de Él al principio, ya que era necesario que aprendiera a conectarme. Debía ser algo que me costara esfuerzo. Era necesario que asumiera la naturaleza humana y experimentara las debilidades propias de ella para comprender las dificultades que se les presentaban a ustedes y poder ayudarlos a superarlas.

Me relacionaba con Mi Padre de la misma forma que lo hacen ustedes conmigo hoy en día. Tenía que conectarme a Su poder. No podía hacerlo por Mí mismo; al igual que ustedes, no podía acceder a toda la sabiduría celestial por ósmosis. Me era necesario pedirla, tenía que absorberla, tenía que estar sometido para poder recibirla, al igual que ustedes hoy.

Al venir a la Tierra tuve que someterme a una especie de borrado de memoria. No habría podido pasar por todo lo que tuve que pasar, ni haber aprendido lo que necesitaba aprender para convertirme en vuestro Sumo Sacerdote, si hubiera sido omnisciente en ese entonces y no hubiera necesitado la ayuda de Mi Padre. Tampoco habría sabido lo que se siente cuando se tiene necesidad de soluciones, guía e instrucción. Era necesario que pasara por todo lo que tienen que pasar ustedes.

Desde luego, con el tiempo -una vez que supe qué pasos dar para proyectarme al plano espiritual y captar las señales- se me hizo más fácil escuchar al Cielo. Pero aun después de volverme diestro en la materia, había ocasiones en que la solución o instrucción no llegaba al instante, en que recibir algo exigía mucho esfuerzo y no todo estaba claro al momento de consultar.

El primer ejemplo que me viene a la memoria es la vez que los fariseos me trajeron a la mujer adúltera para preguntarme: «Maestro, ¿qué dices que debemos hacer con esta mujer?» Sabía que me estaban poniendo a prueba y su intención era acorralarme con esa pregunta, y no sabía qué responderles. No podía apoyarme en Mi propio entendimiento o experiencia. Tampoco había obtenido una respuesta inmediata de Mi Padre, a pesar de haberle preguntado. Esa fue la parte más difícil, y se convirtió en una difícil prueba para Mí. ¿Cedería al pánico? ¿Seguiría adelante sin más apoyándome en Mi propios razonamientos? ¿O guardaría silencio y me alejaría de allí? ¿Qué podía

hacer? No lo sabía. Pensé: Esperaré. Mantendré la calma afianzado en la fe a la espera de la respuesta de Mi Padre, y confiaré.

Aquellos momentos me parecieron horas, y también a quienes me rodeaban: a Mis discípulos, que se preguntaban si tendría la respuesta para tan polémico interrogante, daba la impresión de ser una situación sin salida, y su fe en Mí se vio puesta a prueba; a los escribas y fariseos, que se impacientaban y me presionaban, ansiosos como estaban por atraparme delante del pueblo; a la multitud que me rodeaba y ansiaba escuchar el veredicto; y también a la mujer cuya fe fue puesta a dura prueba, mientras esperaba la sentencia.

Era una situación de vida o muerte, llena de tensión. Me sentí tentado a ceder a la tremenda presión que sentía para dar respuesta. Pero esperé a la guía de Mi Padre. Aguardé en silencio y con paciencia la voz del Señor. Esperé con fe, sabiendo que Mi Padre no me fallaría en tanto que Yo no dejara de hacer lo que me había ordenado.

¡Entonces llegó la respuesta! Mi Padre me había hablado, me lo había dejado claro, ¡y qué alivió que sentí! Era la solución perfecta y lo que había que hacer. Me indicó que les dijera: «El que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Y dado que no había nadie allí exento de pecado, aquel día no se arrojó piedra alguna, y le perdoné los pecados a aquella mujer. (Ver Juan 8:3-11.)

Como verán, al igual que ustedes, no poseía gran sabiduría por Mí mismo, sino la que recibía de Mi Padre. Porque toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación (Santiago 1:17).

«Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar» (Santiago 1:19). No procedan hasta que hayan recibido Mi guía, y entonces actúen con fe. Una vez que estén seguros de que en efecto es lo que quiero que hagan, no teman hacerlo. Pídanme unguimento, y procedan con fe, confiando en que llevaré buen fruto en su vida y en la de quienes estén a su alrededor.

Reglas de Sencillez

Las mejores respuestas son las más sencillas. La verdad siempre es sencilla. Mi amor es sencillo. Mis respuestas son sencillas. Cuando testifiquen, no teman contestar preguntas complejas con respuestas sencillas. Nadie puede abarcar todos los matices de un tema concreto en una respuesta. Al complicarse tanto, muchos lo malinterpretan todo. Así que es preferible conservar la sencillez. Así soy Yo.

De ese modo respondía estando en la Tierra cuando me veía enfrentado a preguntas difíciles, enredadas o incluso complejas. Daba testimonio y ejemplo del amor de Mi Padre. Demostraba Mi propio amor. Decía la verdad. Así, lo mantenía todo a un nivel muy sencillo y respondía los puntos más importantes.⁽²⁾

En Compañía de Mis Discípulos

Cuando estuve en la Tierra, fui un gran maestro. Mis discípulos reverenciaban Mis Palabras. Me respetaban y amaban. Pero Mis Palabras y pastoreo no eran lo único que les daba. Les entregaba Mi corazón, tiempo y amistad. La Biblia no registra las muchas ocasiones en que simplemente disfrutamos de la mutua compañía.

Compartimos momentos maravillosos. Momentos de distensión, ratos en que nos contábamos historias, en que reíamos; ratos en que hablábamos de sus familias, de lo que nos gustaba, de lo que queríamos hacer; hablábamos de nuestros sueños y aspiraciones. Aquellos momentos que compartimos fueron los que más nos acercaron. Ellos comprendieron que no solo había ido a la Tierra para llevar Mi verdad y Mi mensaje, sino con el propósito de conocerlos, de conocer su corazón, lo que pensaban, lo que sentían, y para hacerles saber que Yo era hombre de pasiones semejantes.

Mis discípulos se dieron cuenta de que Yo era alguien que podía comprender sus carencias. Podía verlos como eran, comprenderlos, y ellos eran Mis amigos, aquellos a quienes les había encargado que continuaran la misión que yo había ido a cumplir a la Tierra.

Los Trataba Como a Amigos

Una costumbre que ustedes deberían adoptar es la que Yo mismo practicaba cuando afirmé: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos» (Juan 15:15). Si se vuelven más comunicativos, amigables y asequibles, se parecerán más a Mí. Si bien Yo necesitaba pasar momentos a solas con Mi Padre, Mis discípulos sabían que podían contar con Mi ayuda, consejo, apoyo y oración tantas veces como lo necesitaran. Era para ellos un Pastor, Amigo, Salvador y Hermano.⁽³⁾

Prioridades: Conceder a Dios el Primer Lugar

Estando en la Tierra plenamente dedicado a Mi ministerio, tenía que consultar con Mi Padre para saber qué actitud debía tener en Mi relación y trato con mi padres terrenales, así como con Mis hermanos. Descubrí que no hay honra para un profeta en su propia tierra y entre sus parientes (Marcos 6:4). Había mucha familiaridad con los que me habían visto crecer, y cuando descendió sobre Mí el Espíritu Santo y recibí la unción para Mi ministerio, a los que me conocían de toda la vida les costaba mucho ver más allá de la carne. Siempre me habían visto de la misma manera, como un humilde carpintero y nada más. Grande era su incredulidad, y por eso, no pude hacer grandes milagros entre ellos (Mateo 13:53-58).

Traté de llevar el mensaje a Mis parientes, pero cuando se hizo evidente que no iban a cambiar, tuve que pedir a Mi Padre que me indicara cómo debía actuar en cuanto al trato con los de Mi propia sangre. Me señaló que «Mi madre y Mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios y la hacen» (Lucas 8:21). Habiendo entendido el concepto, pude fijar Mis prioridades. En ciertas ocasiones no tuve otra opción que explicar a Mis familiares que debía ocuparme de los asuntos de Mi Padre celestial.

Hoy les digo lo mismo que me dijo Mi Padre: Si no me aman mucho más que a sus padres, cónyuge, hijos o hermanos -incluso más que a la propia vida-, no pueden ser Mis discípulos (Lucas 14:26). Y amarme mucho más que a todos ellos significa concederme el primer lugar en todo aspecto de su vida. Es hacer Mi voluntad: predicar Mi Evangelio y realizar Mi obra en vez de dedicar demasiado tiempo al trato con quienes no tienen intención de hacer Mi voluntad o pretenden apartarlos de ella.

Con raras excepciones, sus familiares ejercerán una influencia negativa. Así fue en Mi caso, y para ceñirme a Mis prioridades, con frecuencia tenía que dejar de verlos, como pueden leer en Mi Palabra. Cierta día que me encontraba predicando a una multitud, Mi madre y hermanos fueron a buscarme, y Mis discípulos me informaron que deseaban hablar conmigo. Les respondí que Mi madre y Mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la hacen, y proseguí con la tarea prioritaria que entonces me ocupaba: predicar el mensaje que se me había enviado a predicar (Marcos 3:31-35).

No es que no amara a Mi madre y Mis hermanos. Los quería mucho. Pero sabía que lo que revestía mayor importancia, incluso más que mis nexos carnales, era obedecer a Mi Padre del Cielo, hacer Su voluntad, proclamar Su verdad y cumplir la misión para la que había ido a la Tierra.⁽⁴⁾

Los Caminos Sombríos

¿Qué fue lo que me dio la compasión, la comprensión, el deseo de ser el Sumo Sacerdote? ¿Cómo podía llegar a entender del todo lo que ustedes viven cada día? ¿Cómo podía percibir el dolor de una pérdida, del fracaso, de las frustraciones que sienten por sus debilidades y defectos? ¿Cómo podía llegar a entender la profunda tristeza que causa la pérdida de alguien a quien se quiere en el alma? Aunque los amo desde la creación del mundo, nunca entendí la magnitud de esas vivencias hasta que estuve a la Tierra y viví esa vida, hasta que sentí esas angustiosas experiencias.

Hasta que el corazón se me hizo añicos cuando me vi separado de Aquel a quien amaba por encima de todo -Mi Padre-, no pude comprender de verdad las necesidades y batallas de ustedes. Es algo que uno no puede captar por simple observación. Algo así solo se puede comprender desde el fondo del corazón, y la única manera de entenderlo es vivirlo en carne propia. Cuando se llora de angustia por lo que se ve como una pérdida de lo que más se ama y aprecia, se comprende el verdadero valor de una pérdida.

Pero eso también tiene su lado positivo. A pesar de vivir la experiencia de estar separado de Mi Padre, terminé acercándome a Él mucho más que antes, de la misma manera en que ustedes se acercarán a Mí gracias a las dificultades que afrontan en su vida y a sus fracasos. Por medio de esas experiencias les otorgo el privilegio de obtener los dones más preciados: compasión verdadera y profunda, entendimiento cabal de lo

que siente un corazón y la capacidad de relacionarse con los demás que solo proviene de los lugares más recónditos de su espíritu.

¿Acaso no creen que de haber podido, Mi Padre hubiera bajado a ocupar Mi lugar en la cruz? El dolor que sintió al ver cuánto tenía que sufrir Yo fue tan terrible para Él como para Mí. Pero de haberlo hecho me habría privado de Mi Esposa: ¡ustedes! Me habría quitado la corona, porque gracias a aquello puedo ahora reinar y amarlos de este modo, lo cual no habría sido posible de otra manera.

¿Acaso no guíe a varios de Mis discípulos por algunos de los caminos más sombríos a fin de prepararlos para hacer grandes portentos? ¿Acaso antes de convertir a Pedro en un testigo intrépido que hacía milagros en Mi nombre no permití que se cubriera de vergüenza negando conocerme? ¿Acaso María Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros no habían llegado al extremo del pecado y el fracaso a los ojos de los hombres? Y sin embargo hice de ellos grandes testimonios de fe por la gran transformación que tuvieron cuando lo dispuse.

Eso mismo puedo hacer hoy. Todavía hay esperanza para los que son pecadores y fallan a los ojos del mundo, porque no están fuera del alcance de Mi poder para transformarlos. Aunque estés sumido en la más honda desesperación, atravesando experiencias sombrías y difíciles, puedo librarle y ayudarte a seguirme mejor y más cerca que nunca.

Visiones de Triunfo

Cuando comencé Mi ministerio, mientras iba por todas partes haciendo el bien, mientras me topaba con situaciones de necesidad, Mi fe se veía puesta a prueba. Tenía que recurrir a cada momento a Mi Padre en busca de respuestas, soluciones y orientación, y eso era lo que me mantuvo fuerte.

Fue en medio de la batalla como me aumentó la fe y crecí en estatura y en sabiduría. Empecé a amar la batalla, porque sabía que luchaba por ustedes, por su corazón, su alma y su vida, y valía la pena pagar cualquier precio. Sabía que era una batalla digna de combatirse. Una batalla en que se decidía la eternidad, una batalla decisiva, y sabía que valía la pena por las recompensas que nos aguardaban.

Era una batalla por el amor y por el bien, una batalla entre dos mundos. Yo libraba una guerra entre dos mundos, y sabía que estaba del bando vencedor. Era una batalla entre el bien y el mal, una batalla para derrotar a Satanás y su horda de demonios, y eso me condujo hacia la victoria. Me gustaba luchar contra el Enemigo cuando andaba por la Tierra, porque sabía que luchaba por el bien, por el bando que no puede perder. Cada vez que ponía los ojos en Mi Padre, con cada batalla ganada, aprendía a amar el combate. Me gustaba derrotar al Enemigo.

Cuando Satanás recurrió a sus trucos para tergiversar las Palabras de Mi Padre, gustosamente empleé Mis armas espirituales contra él. Me daba gusto verlo darse la vuelta y huir arrastrándose lleno de vergüenza. Cuánta alegría sentía cada vez que llegaban los ángeles y me ministraban, y eso acrecentaba Mi fe.

Mientras mantuviera la mirada fija en el Cielo, sabía que el Cielo entero estaba conmigo, y que no podía fallar mientras no me diera por vencido. En tanto que siguiera luchando, sabía que no podía perder. Daba igual qué impresión me diera, porque sabía que los sentimientos no eran de fiar. Mi fe estaba firme en el Cielo y fue lo que me sacó adelante.

Cuando miraba a las multitudes sabía que valía la pena; cada prueba, cada tentación, cada batalla, cada tribulación. Solo pensar en los demás, solo pensar en ustedes, hizo que valiera la pena. Sabía que Mis padecimientos no eran comparables con la gran recompensa de la gloria venidera que en Mí había de manifestarse.

No habría podido soportar la idea de sufrir en vano, de ir a la Tierra como humano, renunciar a la gloria del Cielo y no correr la carrera y ganar. Tomar conciencia de eso me ayudó a seguir adelante. ¿Iba a sufrir tanto en vano? Haber llegado tan lejos y darme por vencido hubiera sido una derrota, como colgar los guantes justo antes de la victoria final.

Sólo pensar en eso me dio el valor para decir a Mi Padre: «No se haga Mi voluntad, sino la Tuya» (Lucas 22:42). Hasta ese momento, en lo físico sentí la tentación de darme por vencido, pero sabía que no podía confiar en Mis sentimientos. En el fondo sabía lo que debía hacer. Al invocar la ayuda de Mi Padre obtuve las fuerzas para seguir adelante y Su Espíritu me ayudó a continuar.

Así es, ese fue el secreto de Mi victoria, de la misma manera que lo será de la de ustedes: acudan a Mí, pídanme que los ayude a mantener la vista fija en la meta.

Mantengan los ojos en el Cielo. No pierdan la motivación celestial. Vivan de ella y cobren fuerzas. Así como Yo sabía que las pruebas no eran comparables con las recompensas venideras, también ustedes, hijos Míos, deben saberlo (Romanos 8:18). Todo lo que les he prometido lo haré, así como Mi Padre lo ha hecho por Mí. Así como Yo soy glorificado en el Padre, ustedes se glorificarán en Mí.

Por lo tanto, tengan ánimo, como Yo lo tuve cuando estaba en la Tierra. Avancen sabiendo que hay un plan y que tienen un propósito, una razón para vivir y para luchar. ¡Que ello los llene de dicha y los impulse a aferrarse a Mí, a continuar con la frente en alto a pesar de los obstáculos que surjan, a no dejarse derribar por los aparentes fracasos, sino que los impulsen a actuar disfrutando de la batalla blandiendo las armas más poderosas que el mundo ha conocido al defender la fe y responder al llamado celestial!

Pedro y las Llaves

Cuando pregunté a Mis discípulos quién pensaban que era Yo, Mi amado Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, Hijo del Dios viviente». Entonces le dije que sobre esa roca, ese axioma, establecería Mi iglesia -el cuerpo de los que creen en Mí- y que las puertas del Infierno no prevalecerían contra ella. ¡Las puertas del Infierno y todas las fuerzas de éste, todos los demonios, los archidemonios y ni siquiera Satanás, podrán permanecer en pie ante el magnífico poder de la iglesia que desencadené cuando estuve en la Tierra!

Entonces entregué a Mis discípulos las llaves del Reino (Mateo 16:18-19). Eran llaves espirituales que permitieron que Pedro (y aquellos como él que vivían por fe, expresaban su fe y me obedecían por fe) atara lo que debiera atar, ya fuera en la Tierra, en el Cielo o en el Infierno, a fin de propulsar Mi iglesia.

El poder de las llaves fue lo que les di entonces, así como se lo he dado a ustedes ahora que el Tiempo del Fin se aproxima, si bien de una manera nueva y mejorada. Puede encerrar a los demonios del Infierno y todas las malas influencias y obras de Satanás. Y ustedes pueden desatar en su totalidad el fenomenal, tremendo, invencible e increíble poder del Cielo con las llaves que portan en las manos.

Pedro se llenó del Espíritu, experimentó Mi perdón después de haberme negado, descubrió su vocación y se lanzó de lleno con gran poder y ungimiento.⁽⁵⁾

Batallas Mentales

Ustedes saben que me compadecía de sus debilidades y que se me tentó en todo igual que a ustedes (Hebreos 4:15). Les cuento que cuando habitaba en la Tierra, de joven, estuve al borde del colapso mental. Experimenté el tormento de tener que oír la voz del Enemigo. Yo comprendo la sensación de estar agobiado y haber perdido el dominio de uno mismo. Al tentarme a saltar desde una montaña, el Enemigo trató de matarme no solo mental, sino físicamente.

Padecí de agotamiento mental, casi al punto del colapso. No solo trataba de complacer a Mi Padre, sino que además quería ser un buen hijo para con mis padres terrenales, buen hermano, buen amigo, buen modelo, buen todo. En mi mente carnal me impulsaba el sentido de la responsabilidad. Yo sabía que el poder no estaba en Mí, sino que tenía que venir de Dios, de Mi Padre, pero a veces batallaba con la mente, así como con los ataques del Enemigo. Tenía que aprender a luchar contra él y contra la tentación de apoyarme en Mi propio entendimiento. Era el blanco principal del Enemigo, que intentaba cuanto podía para que Yo abandonara Mi corona y cediera a él.

Cuando muchos leen en la Biblia cómo el Diablo trató de tentarme, dan por sentado que por ser el Hijo de Dios y tener todo ese poder, con solo levantar un dedo podía frustrar los ataques del Enemigo. No se detienen a pensar que además era hombre. Tuve que aprender a luchar contra el Enemigo como hombre, como ustedes, valiéndome de las armas espirituales que poseía: la oración, las llaves, pedir ayuda a Mi Padre y a los espíritus ayudantes, rechazar al Enemigo y sus demonios y citar la Palabra. Aprendí que cuando combatía en espíritu ganaba.

A veces los ataques del Enemigo me aterrorizaban tanto que pensaba que iba a volverme loco. ¿Por qué Yo, el Hijo de Dios, atravesaba semejante batalla espiritual? ¿Qué me pasaba? ¿Qué había ocurrido con Mi poder? Esas fueron las veces en que experimenté temor en Mi mente humana. Temor a hundirme, temor de que no se me rescatara, a que el Padre no me salvara. Tuve que aprender a sobreponerme al miedo humano y depender del Espíritu y la Palabra de Mi Padre. Tuve que aprender, como todo hombre de fe, a apoyarme en la Palabra y no permitir que el Diablo me quitara la

fe en las promesas de Mi Padre. La Palabra y las armas del espíritu eran Mi fuente de fortaleza y lo que me ayudaba a vencer, y también lo serán para ustedes.

Mientras me veía a Mí mismo en la carne, por más que tratara de hallar la salida a los ataques del Enemigo con Mis dos manos, solo sentía que me hundía más. Pero en cuanto empezaba a luchar en espíritu con las armas espirituales invocando las llaves, acudiendo a Mis espíritus ayudantes para que me rescataran, y luchaba en oración y alabanza, al Enemigo no le quedaba otra que dejarme tranquilo. Entonces acudían Mis ángeles a ministrarme. Mi Padre los mandaba a animarme. Me enviaba con ellos un mensaje de aliento diciendo que estaba orgulloso de Mí por luchar. Tomaban Mi cara, me besaban las lágrimas y me animaban a seguir luchando.

La Lucha Vale la Pena

Yo entiendo la debilidad de la carne. Hubo tantos casos en que sentí que no podía más, que no tenía fuerzas para continuar. En momentos así tenía que rogar con más apremio a Mi Padre para que me diera la fuerza sobrenatural que necesitaría para cumplir Mi meta, para hacer la tarea que me había encomendado.

A veces me preguntaba por qué sería tan difícil. ¿No me podía facilitar un poco la tarea? Ya de por sí me resultaba difícil estar en carne humana, teniendo que soportar dolor, hambre y cansancio por no dormir lo suficiente, para encima tener que soportar tremendas batallas espirituales rechazando demonios, luchando por otros y su curación y teniendo que resistir las tentaciones y dificultades con que el Enemigo me acosaba sin cesar; era demasiado. Esas sí que eran pruebas.

¡Doy gracias porque podía acudir a la ayuda de Mi Padre, y Él nunca me defraudó! A veces era una prueba; no veía cuál sería el desenlace físico, y tenía que confiar en que Mi Padre sabía lo que hacía y todo estaba en Sus manos.

A veces era difícil persistir, porque sabía que me esperaban más batallas, pruebas y dificultades. Sin embargo, Mi Padre me asistía a cada momento, hasta que al final pude decir: «Consumado es».

Mientras estuve en la Tierra no se me manifestó mucho aprecio ni gratitud, pero cuando me reencontré con Mi Padre, se me recompensó con creces cada sacrificio y dificultad, y volvería con gusto a pasar por todo eso si fuera necesario. Valió la pena

cada prueba, cada dificultad, cada tentación. Todo valió la pena. Mi mensaje para ustedes es que tengan paciencia. ¡Sigán luchando día a día!⁽⁶⁾

La Palabra Oportuna en el Momento Oportuno

Sé lo que es que te calumnien. Sé lo que es que te planten. Sé lo que es verse amenazado. Muchas veces fui objeto de amenazas. Sin embargo, ¿recuerdan la postura que asumí en esas situaciones? ¿Cómo respondía a las preguntas capciosas que me hacían los de la sinagoga para tenderme una trampa? En muchas ocasiones les respondía con otra pregunta o narrándoles una parábola. En otras, ¡ni les hacía caso!

Muchas veces, sobre todo en los primeros años de Mi ministerio, no fueron esas las reacciones de Mi preferencia. En ocasiones tuve el impulso de dar a Mis enemigos un poco de lo mismo que me daban. Si bien no era brusco ni irascible, hubo momentos en que sentí el impulso de responder con un poco más de energía. Lo cierto es que cada vez que preguntaba a Mi Padre cómo debía reaccionar, casi siempre me contestaba que la mejor manera de responder era con amor, lo cual siempre resultó ser prueba de mayor sabiduría.

Como Mi Padre, les voy a aconsejar que hagan lo mismo. Al pedirles que manifiesten amor a sus enemigos no les propongo que sean unos blandengues timoratos. Si hubo algo que me caracterizó es que no fui un debilucho a la hora de responder con amor y prudencia a las acusaciones de Mis enemigos. Al reaccionar como lo hacía demostré ser el más fuerte. Demostré que estaba por encima de sus ataques, que sus palabras no podían afectarme ni hacerme daño, porque era dueño de un poder mayor que el que poseían ellos. Así, cuando oían Mis respuestas quedaban desconcertados. Terminaban teniendo que callarse la boca, apabullados, avergonzados de las sandeces que habían dicho; y la mayoría de las veces se iban bien rápido y me dejaban tranquilo.

Ustedes también pueden estar dotados del mismo tacto y sabiduría que tenía Yo en la Tierra. Es más, por medio de las llaves lo pueden tener en mayor cantidad. Invóquenlas para que Mi Espíritu de tacto y buen tino comunique autoridad a sus palabras, ilumine sus pensamientos y les indique exactamente cómo responder y qué decir o escribir a los que se les enfrenten. ⁽⁷⁾

Gracia para una Decisión Difícil

La noche que pasé en Getsemaní, antes de emprender el camino final a la cruz, tuve ante Mí la difícil alternativa de entregar o no Mi vida voluntariamente. Ya había manifestado al pueblo que lo que me iba a pasar no me lo acarrearía nadie, sino que Yo mismo había optado por ello (Juan 10:17-18); y que de no haberlo consentido Yo, Mi Padre habría enviado instantáneamente una legión de ángeles para librarme. En efecto, en ese caso Él me hubiera librado; sin embargo, eso me habría privado de cumplir Su voluntad suprema y hubiera fracasado en Mi misión de redimirlos a ustedes, Mis hermanos perdidos.

Yo, el Cordero de Dios, era el único capaz de pagar ese precio. Aun sabiéndolo, me resultaba difícil entregarme en sacrificio. ¡Todavía me costaba trabajo! La decisión siguió siendo difícil a pesar de las muchas veces en que opté por acatar la voluntad de Mi Padre. Aprendí por experiencia que acceder a hacer la voluntad de Mi Padre traía los máximos resultados. Eso me indicaba cuál sería la decisión acertada. De todos modos, le pregunté si habría otra opción. Pero cuando recibí Su respuesta, incliné la cabeza y le pedí la gracia para obedecer una vez más Su voluntad (Mateo 26:39).

Perder a un Ser Querido

Muchos piensan que porque Dios es omnipotente y omnisciente, Mi Padre y Yo no experimentamos la separación que sufren los seres humanos cuando un ser querido parte de este mundo. Se entiende que durante mi paso por la Tierra tuve que aprender a entablar de nuevo con Mi Padre el pleno contacto de que gozábamos en el Cielo; lo que muchos no alcanzan a comprender es que en realidad supuso una separación.

Aunque los dos sabíamos que el otro estaba cerca, de todos modos se produjo una separación emocional. Y es que la separación emocional es la parte más difícil de soportar cuando un ser querido se va de este mundo. Mi Padre y yo experimentamos plenamente esa sensación. En Mis horas de agonía los dos pasamos por un tiempo en que se había cortado el estrecho vínculo emocional que tenía con Mi Padre, y también se truncó esa proximidad de Él con Su hijo. Aquella sensación de abandono fue breve, pero muy angustiada. Por eso, puedo asegurar que en efecto hemos experimentado la batalla que conlleva la pérdida del vínculo emocional con un ser querido.

Por otra parte, tuvimos que aprender a experimentar nuestra conexión emocional y unidad de espíritu en un plano diferente. Cuando descendí a la Tierra y asumí forma humana, tuvimos que restablecer nuestra conexión. Lo mismo pasa con ustedes en la Tierra cuando un ser querido se ausenta y va al Cielo: entonces se hace necesario restablecer el vínculo, ya que uno de los dos sigue desenvolviéndose en el plano físico mientras que el otro se remonta ya al espiritual.

Mi Padre y Yo experimentamos una separación así y tuvimos que aprender a conectarnos completamente en un plano distinto. Gracias a que experimentamos eso, podemos consolarlos y animarlos a ustedes, y al mismo tiempo enseñarles a restablecer contacto.

Llevé sobre Mí Vuestros Sufrimientos

No dejo desconsolados a los que en Mí confían (Juan 14:18). Los auxilio en sus momentos de dolor. Los ayudo en la aflicción; intercedo por ustedes.

Ese fue uno de los motivos por los que vine a la Tierra. Viví, sufrí y morí entre ustedes para poder interceder por ustedes; para poder mediar por ustedes en sus momentos de sufrimiento, enfermedad y dolor. No los dejaré ser tentados más de lo que puedan resistir. Dispuse que hubiera una salida cuando llevé las dolencias de sus cuerpos sobre Mis hombros y acogí en Mi propio cuerpo el dolor que los afecta. Cuando morí en la cruz padecí por ustedes: esa es la vía de escape que les abrí, puesto que ya dejé saldada la cuenta que ustedes tenían con el Padre. Sepan, pues, que si echan sus cargas sobre Mí, Yo los sustentaré (1 Corintios 10:13; Mateo 8:17; Salmos 55:22).

Muchos hombres y mujeres del mundo han dado la vida por otros. Muchos han sufrido y ofrendado la vida por una causa valiosa. Así y todo, cuando entregué la vida por ti, no fue lo único que hice por ti. No solo sufrí mi propio dolor y angustia, sino que también se dispuso que acarrease sobre Mí tus sufrimientos y tu dolor. Vine en carne a fin de probar la muerte por cada uno de ustedes. Padecí más de mil muertes en esa cruz; sufrí mucho más que la muerte padecida por un solo hombre. Di la vida por cada hombre, mujer y niño que ha existido sobre la faz de la Tierra. Llevé en Mi cuerpo el dolor de cada uno. No solo sufrí mi propia angustia, sino también la tuya, para que por Mis llagas tú también fueras sanado (Isaías 53:5).

Acarreé y asumí el dolor, hijos Míos, de cada uno de ustedes. No morí sólo por uno de ustedes ni me compadecí por sólo uno. Morí por todos, me compadecí de todos, del dolor y del sufrimiento que pasó cada uno, para que tuvieran salida. Cuando echas tus cargas, preocupaciones y padecimientos sobre Mí, te sustento. Es que ya he llevado a cuestas tus pecados. Ya asumí tu dolor y tus sufrimientos, para que gracias a lo que padecí te sanes, liberes y encuentres alivio en la necesidad.

Cuando me clavaron en la cruz, pagué por todo. Sufrí tus penalidades para eximirte de todo, para que nunca jamás tuvieses que saborear la muerte y para que en la hora de tu paso a la otra vida te librases de la angustia. Por tanto, Mis fieles no tienen que hacer otra cosa que echar sus cargas sobre Mí. Yo ya pagué el precio, ya soporté el dolor y llevé sobre Mí sus sufrimientos.

Lo único que queda hacer es mantenerse firmes, sabiendo que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que manifestaré en ustedes (Romanos 8:18). Este es el gran consuelo que doy a Mis hijos: que si sufren por causa de Mi nombre, los dotaré de una gracia y una gloria extraordinarias que les posibilitarán sufrir penalidades. Además, con el poder del Cielo los guardaré en la hora de la angustia y se los coronará de honra y de gloria.

Madres Solteras

Preguntarás: «Te has compadecido de todas las debilidades, pero... ¿y las mías? ¿Conoces el dolor de una madre soltera? ¿Conoces la angustia que provoca la soledad? ¿Conoces el temor al rechazo y la pena que da, la desesperanza, la desesperación? ¿Sufriste este martirio alguna vez en la Tierra?»

Conozco tus sentimientos. Mi propia madre en la Tierra fue soltera, viuda, después de la muerte de su marido. La vi llorando de noche cuando creía que los demás estaban dormidos. La vi lidiar con los afanes diarios de la vida sin que nadie la acompañase, le ayudase a llevar sus cargas y le levantase los pesos que ella no se sentía capaz de llevar. Vi sus lágrimas. Hasta oí el clamor silencioso de sus oraciones.

A raíz de esa experiencia que tuve en la Tierra comprendí lo que son la belleza plena, la fortaleza pura y la profundidad de carácter que no se halla en ninguna otra alma excepto en el corazón de una madre soltera. A mi regreso al Cielo opté por revivir esos

momentos vividos en la Tierra. Tomé sobre Mí el dolor de las madres solteras, la aflicción que les ocasiona su soledad, la zozobra que les causan sus sufrimientos, el martirio que supone para ellas las pruebas por las que pasan. Traspasé ese pedazo de su corazón al Mío para que nunca dejase de comprenderlas y siempre pudiese compadecerme de sus debilidades.

(Pregunta:) En aquella época ¿no era costumbre judía atender a las viudas?

No era fácil ser viuda en aquel entonces, como tampoco lo es hoy en día. Existía, instituido por la Ley Mosaica, un sistema de asistencia social, pero no cubría sino las necesidades más elementales, lo mismo que la red de asistencia social moderna solo cubre lo esencial. La vida seguía siendo difícil para la viuda. María también tenía varios familiares carnales que le proporcionaban lo que necesitaba. Algunos no estaban en condiciones de ayudarla: eran ancianos y pobres; otros la tenían en muy poca estima: la consideraban promiscua por haberse dejado embarazar fuera del matrimonio; irresponsable y veleidosa, por haberse ido a vivir largos años a Egipto, y lo que consideraban delirios de grandeza acerca de Mí y de Mi futuro. No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su propia casa (Mateo 13:57).

Lo Esencial

¿Por qué creen que me retiraba al monte? Tenía necesidad de apartarme de todo para hacer lo que más importaba: fortalecerme y renovarme de tal modo que pudiese correr la carrera que tenía por delante y concluir Mi misión (Mateo 14:23).

Tuve que cumplir esa misión hasta las últimas consecuencias. De haberme dejado morir a la vera del camino antes de llegar a la cruz, o haber desfallecido en Mi interior espiritualmente y haber desistido antes de tiempo, habría naufragado. Les habría fallado a ustedes, habría fallado a la humanidad entera, habría fallado a Mi Padre y le habría fallado a todo el Cielo. ¡Habría frustrado todo el propósito de la Creación! La carrera que corrí fue una maratón. Veía la meta delante de Mí. Sabía sin asomo de duda adónde me dirigía y a qué ritmo avanzar para cumplir Mi cometido.

De no haber alcanzado Yo esa meta, todo habría sido en vano. Es cierto que habría demostrado amor a unos pocos, o quizás a muchos. Habría dado el ejemplo de amor que les hacía falta ver. Los habría apacentado espiritualmente con las Palabras de Mi

Padre. Habría sanado a muchos y los habría convencido de que era el Hijo de Dios. Habría realizado grandes obras, alentado a muchos y ganado su amistad, y los habría sacado del pozo de la depresión en que se encontraban. Los habría hecho más felices, les habría cambiado y mejorado la vida y su modo de verla. Pero si no hubiera llegado hasta el Calvario, todo habría sido en vano.

Era el cordero de Dios. Nadie más podía serlo. De no haber llegado Yo a esa cima, habría fallado en lo que tenía absoluta preeminencia, la misión que primaba sobre todas las demás: llegar a la cruz y morir por ustedes. Tuve que dejar todo lo demás, todo lo que lo hubiera impedido. Todos Mis actos tenían que estar encaminados a esa meta. ⁽⁸⁾

Gracia para Soportar la Persecución

«No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana» (1 Corintios 10:13). Cuando estaba con ustedes en el plano físico era un hombre sujeto a pasiones iguales. Todos hasta cierto punto tienen miedo al futuro. Podría compararse con el episodio que se cuenta de D. L. Moody de cuando le preguntaron si tenía la gracia para morir, y respondió: «¡No, porque todavía no me estoy muriendo!»

¿Tienen ustedes la gracia para sufrir persecución? En este momento no. Si lo meditaran y se pusieran a pensar en todas las salvajadas que les podrían ocurrir, dirían que no tienen la gracia para padecer persecución, porque todavía no les ha tocado.

Como dije, pues, todo el mundo tiene una medida de gracia, pero cuando llegan los momentos que exigen una gracia mayor, se les concede. En la víspera de la crucifixión se me otorgó una gracia muy grande. Rogué: «¡De ser posible, pase de Mí esta copa!» Mi Padre permitió que pasara por esa prueba, y les dije a Mis discípulos: «¿No creen que podría rogar al Padre y Él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles?» (Mateo 26:53). Ellos habían presenciado los milagros y estaban acostumbrados a ver ese poder en acción. Con todo y eso, tenían miedo. Hasta huyeron despavoridos. Como dice la Escritura, todos huyeron y me abandonaron (Mateo 26:56).

Se dieron cuenta de que no emplearía el poder que se me había conferido para apelar a la ayuda de ángeles. A Pilatos le dije lo mismo: «Mi Reino no es de este mundo». Le señalé que no tendría ninguna autoridad sobre Mí si Dios no se la hubiera concedido (Juan 18:36; 19:11).

Durante mi vida terrena tuve que obrar con mucha cautela, sobre todo cuando se acercaba Mi hora. Ya no andaba públicamente entre los judíos, porque querían matarme (Juan 11:53-54). De todos modos, vivía en sintonía con la voz de Mi padre, que me indicaba cuándo debía actuar abiertamente, cuándo esconderme y cuándo pasar de largo.

Así como Yo encaré la vida en la Tierra al servicio de Mi Padre y soporté toda la persecución que traía aparejada, ustedes harán lo propio. Serán capaces de afrontar toda circunstancia por la que Yo los haga pasar. Bien se ha dicho: «Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2 Timoteo 3:12). Claro que ustedes no solo la padecerán sino que se librarán de ella. De uno u otro modo saldrán victoriosos como Yo. Tendrán la gracia para afrontarla, como la tuve Yo.⁽⁹⁾

Aprendí Sabiduría

Yo no tuve sabiduría desde el día en que nací. Tuve que aprender por medio de las experiencias que viví (Lucas 2:52). No era omnisciente ni perfecto. De haberlo sido, jamás habría entendido lo que es aprender, discernir, madurar y ser sometido a prueba. Podría recurrir a la sabiduría de Mi Padre. Ustedes también cuentan con ella. Sin embargo, el conocimiento que había tenido en el Cielo había quedado detrás de un velo; de otro modo, Mi estadía en la Tierra no habría sido una prueba válida.

En efecto, aprendí cosas en la Tierra que no conocía en el Cielo. Antes de ir a la Tierra no sabía lo que era vivir como lo hacen ustedes. No sabía lo que se siente al pasar por las experiencias que viven ustedes y tener que tomar las decisiones que ustedes tienen que tomar. De haberlo sabido todo antes de ir a la Tierra, no habría tenido mucho sentido vivir 33 años. Lo hice para poder aprender lo que es ser humano. Si eso no hubiera constituido una parte importante de Mi misión, podría haber aparecido en la Tierra a los 30 años, vivido un par de años y luego haber muerto por los pecados de ustedes. Evidentemente Mi vida era mucho más que eso. Había muchas más cosas que tenía que aprender y experimentar. Por eso pasé tantos años en la Tierra.

Estando en la Tierra tenía que experimentar lo que es ser como ustedes, saber lo que es no tener todas las soluciones a mano, sino verse obligado a orar y obtener soluciones y sabiduría del Cielo. No debía ir a la Tierra con todos los conocimientos del Cielo, sabiéndolo todo para poder responder las preguntas de la gente y resolver todos los

problemas del mundo por Mi cuenta. No era esa la idea en modo alguno. Obraba junto con Mi Padre, igual que ustedes obran en colaboración conmigo hoy en día.

Tenía que recurrir al poder de Él, al del mundo del espíritu. No podía hacerlo todo por Mi cuenta. Al igual que les pasa a ustedes actualmente, no tenía acumulada en Mí la sabiduría del Cielo. Tenía que obtenerla, tenía que pedirla, absorberla, estar abierto a recibirla, lo mismo que ustedes hoy.

No es fácil explicar algunos de estos conceptos en términos terrenales. Aunque es cierto que vine y viví la vida del hombre, eso fue tanto por el bien de ustedes como por el Mío. El principal motivo que tuve para ir a la Tierra fue que ustedes me conocieran como hombre de carne y hueso, que supieran que, en cierta medida, viví todo lo que han de vivir ustedes, y puedan por tanto tener fe en que los entiendo. No es que al ir a la Tierra renunciara a Mis prerrogativas como Hijo de Dios. Se podría decir que opté por dejar ciertas cosas detrás de un tabique en Mi Espíritu, a fin de vivir más las experiencias de ustedes, sin conocer o entender totalmente el pasado, el presente y el futuro. Así pude llegar a entenderlos más.

El caso es que siempre tuve amor incondicional. Ese fue el principal motivo por el que vine a la Tierra. Siempre tuve conocimiento y comprendí que estaba como Dios entre los humanos, para ayudarlos, para salvarlos, para manifestarles Mi amor. Soy y siempre he sido su Dios, su Salvador, profundamente enamorado de ustedes. Lo sé todo, y aunque haya optado por ir a la Tierra a vivir algunas experiencias en carne propia, eso no significa que no las conociera antes o que no supiera de ciertas cosas que no existían en aquellos tiempos. Pero fui a la Tierra para experimentar la totalidad de las emociones humanas, y como les dije, lo hice tanto por el bien de ustedes como por el Mío.

Y por haberlo hecho, ustedes saben que no soy un sumo sacerdote que no sienta el dolor de sus aflicciones, ya que en todo se me tentó como a ustedes. De modo que el justo término medio se encuentra en lo mejor de los dos mundos: fui a la Tierra para vivir como viven ustedes, y a la vez era y seré siempre omnipotente y omnisciente y los amaré sin condiciones. Si opté por bloquear parte de ese poder cuando estaba en la Tierra a fin de experimentar las emociones humanas con mayor claridad, fue parte del amor que les tengo.

La Opinión que Vale

Yo sé lo que es sentirse menospreciado. Sentí lo mismo que sienten ahora ustedes cuando algunos no me apreciaban ni valoraban lo que intentaba hacer por ellos. Vine a los Míos, y los Míos no me recibieron (Juan 1:11). Vine a sanar a los enfermos, y muchos no querían sanarse, sobre todo del espíritu. Sufrí el dolor del rechazo y de que no me correspondieran Mi amor y los sacrificios que hacía, sino que me lo arrojaban en la cara. Me despojé de toda reputación, me acusaron de pecador, de borracho y hasta de diablo (Filipenses 2:7; Juan 9:16; 10:20; Mateo 11:19). Me calumniaron y despreciaron sin causa, y finalmente me dieron muerte de tanto odio y miedo como me tenían.

Sé lo que es sentir que no piensen bien de ti. Pero me di cuenta de que ese era uno de los precios que tenía que pagar para darlo todo por Mi Padre y cumplir Sus designios y Su voluntad. En Mi corazón tuve que resolver no hacer caso de ninguna de esas cosas (Hechos 20:24). Estuve dispuesto a afrontar la dura realidad de que no todos me recibirían bien ni aceptarían Mi ayuda ni apreciarían lo que hacía por amor a ellos. Y eso es lo que les pido a ustedes.

Sé que duele y lastima, pero les ruego que no hagan caso y no permitan que los aparte de Mi servicio. Más bien dejen que los enternezca y les quiebre el corazón de forma que espiritualmente los impulse adelante más que nunca y los motive a acudir a Mí en busca de Mi perspectiva, Mi punto de vista, Mi consuelo e instrucción en esas épocas de maduración y de estirar la fe.

No deseo que tengan que sufrir por las opiniones ajenas, amores Míos. Y si tienen la humildad debida, no los molestará demasiado. Al contrario, alégrense y agradezcan que Mi opinión de ustedes es la que tiene verdadera importancia, y que saben lo que pienso de ustedes.

Dónde Se Es Más Feliz

Desde el punto de vista de ustedes, Mi ministerio en la Tierra es muy grandioso, porque ven el mucho fruto bueno que dio y la forma en que transformó el mundo. Pero si vieran cómo era en Mi época, su perspectiva sería muy diferente. Tuve que aprender a ser siervo. Tuve que aprender a cumplir los designios de Mi Padre, tanto los de Mi padre terrenal como los de Mi Padre Celestial. Tuve que soportar y sufrir los

padecimientos y emociones de la carne para entender a cabalidad a cada persona e identificarme con ella. Tuve que renunciar a Mis poderes celestiales para volverme humano y soportar muchas, muchas batallas, pues todo eso fue parte de Mi preparación. (Filipenses 2:5-8; Isaías 53:3-9; Hebreos 5:8-9).

Como ustedes, quería hacer grandes cosas, empezar a sanar a los enfermos y anunciar la buena nueva de la salvación. Pero tenía mucho que aprender primero, así que me sometí y convertí en siervo, en carpintero, en un don nadie a los ojos de los hombres. Habiendo sido el Rey del Universo, pasar a ser un humilde carpintero fue un cambio considerable. Todo ello tuvo una finalidad: tenía que aprender lo que es ser humano y a no apoyarme en Mis propias fuerzas, sino a acudir a Mi Padre para que me las diera.

Hubo muchas cosas que aprendí que hoy en día son piedras angulares en la vida de ustedes. De no haberlas aprendido, no podría identificarme con ustedes ni estaría en condiciones de instruirlos como puedo hacerlo ahora. Ahora puedo afirmar que realmente los entiendo, porque pasé por lo mismo.

Así que aprendan a confiar en Mí y a tener fe en que todo lo que disponga que experimenten es para el bien de ustedes y para fortalecerlos. Aunque los lleve a un lugar desolado que a juicio de ustedes no tenga ninguna posibilidad o a un ministerio [o empleo] que parezca sencillo o no suponga reto alguno, tengan la certeza de que tengo un plan, un propósito para ello, y de que al descubrirlo encontrarán a su vez la felicidad y el contentamiento que ansían.

No hay situación más feliz que el centro de Mi voluntad. No hay nada más apasionante que saber que me complacen y que ocupo el primer lugar en su vida. Todo lo demás palidece cuando se compara con la felicidad y el contentamiento que brinda cumplir Mi voluntad.

Cuando son capaces de renunciar completamente a todo lo que les es entrañable -es decir, lo que desean o anhelan que haga por ustedes- y me lo encomiendan y me lo entregan por voluntad propia, les daré a cambio verdaderas riquezas y los deseos que apenas han soñado.⁽¹⁰⁾

Compadecido de vuestras debilidades

Volvamos por un momento a las horas previas a Mi muerte en la Tierra. Mientras estaba reunido con Mis discípulos, lo que más me dolía no era que tuviera que sufrir y morir, puesto que se me había concedido la gracia para lo que habría de enfrentar. En aquel momento, el corazón me dolía aún más a causa de dos de los que estaban sentados conmigo. Uno era Judas, el cual Yo sabía que me traicionaría y que al verse enfrentado con sus acciones, optaría por desesperarse y quitarse la vida antes que volverse al Padre e implorarle perdón. El otro era Pedro.

Yo sabía la prueba tan escalofriante que habría de afrontar Pedro. A sus ojos, la batalla que Yo debía sobrellevar le habría parecido mucho mayor, pero Yo entendía la intensidad de la desesperación en la que se sumiría, el torrente de mentiras de Satanás que se abatiría sobre él y lo débil y confundido que estaría. Para él, en cierto modo, la prueba fue tan grande como la que debí soportar Yo horas más tarde en Getsemaní. Yo lo entendí, y se me partió el corazón por él. Vi su sufrimiento y lo sentí con la misma intensidad que el Mío.

De haber podido, habría tomado su carga y habría intentado llevarla Yo mismo. Pero sabía que él tenía que pasar por ese momento de dolor para convertirse en lo que debía ser. Mi dolor, el que debía sobrellevar Yo, me dio comprensión y compasión por los seres humanos que se hundían en el pecado; Mi muerte en la cruz fue el supremo sacrificio para salvar al hombre de esos pecados y liberarlo. Y esa compasión me la enseñaron las experiencias que viví en la Tierra. Sentí el dolor, experimenté el sufrimiento y comprendí la lucha interna de cada una de las personas a las que impartí enseñanzas, de cada uno de los que sané, de cada uno de aquellos cuya vida afecté.

Yo no podía vivir como un ciego de nacimiento. No podía ser la mujer que padecía el flujo de sangre, que soportaba grandes dolores y angustias físicas. No podía ser el leproso que sufrió años de ostracismo mientras veía con gran dolor cómo moría su carne. No podía ver perecer a Mi hijo delante de Mis ojos y sentir la desesperación de no poder impedirlo. No podía haber vivido todo eso en un solo cuerpo. Lo que me dio la compasión y la comprensión, lo que me convirtió en el Sumo Sacerdote vuestro, que se compadece de vuestras debilidades y fue tentado en todo al igual que vosotros, es que el Padre dispuso que experimentara por medios sobrenaturales el dolor, el sufrimiento y las batallas de cada persona cuya vida afecté profundamente (Hebreos 4:15).

Naturalmente, no habría podido haber vivido todas aquellas experiencias en tiempo real. Mi cuerpo físico no habría podido soportar todo eso y además cumplir el propósito para el que se me envió a la Tierra. En cambio, sí se me permitió percibir en carne propia la sensación de pérdida de cada persona, su pesar y sufrimiento, y comprenderla a fin de contar con la motivación necesaria para cumplir Mi misión. Cada experiencia contribuyó a afirmar Mi convencimiento de que la única forma de librar a los hombres era proceder con lo que Mi Padre me había encomendado que hiciera.

Cosas Grandes y Ocultas

Entiendo que emplear el don de profecía supone un reto; cuando estaba en la Tierra, en algunas ocasiones lo fue también para Mí. Había muchas distracciones. Recibir mensajes de Mi Padre exigía mucha fe y flexibilidad de Mi parte. De ahí que a veces me apartara e internara en las montañas en busca de un remanso de quietud donde pudiera escucharlo. Me levantaba de madrugada, antes que todos los demás y me tomaba ese tiempo a solas con Él. Ustedes podrían intentar hacer eso también, si lo desean, y ver si les da resultado.

No dejen que el Enemigo los desanime con su don de profecía; tengan la certeza de que quiero hablarles. Sigán empapándose de Mi Palabra y llenándose el corazón, la mente y el espíritu de Mis promesas. Recuerden el versículo que dice: «Clama a Mí y Yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). Aquí les dejo otro más: «Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón» (Jeremías 29:13). Recuerden Mis promesas: se escribieron para ustedes.

Así que cuando el Enemigo los asalte armado de sus muchas mentiras y pensamientos desalentadores para convencerlos de que no pueden escucharme o que se trata de sus propios pensamientos, repréndanlo con esos versículos y con Mis llaves. Oblíguenlo a retroceder. Confíen en que después de haber orado y haberme pedido que me tome el tiempo de hablarles, en efecto, les enseñaré cosas grandes y ocultas que no conocen. Prometo hacerlo. Yo nunca falto a Mis promesas (Números 23:19).

Lanzarse a lo Desconocido

Sé lo que se siente cuando se va en pos de lo desconocido. A veces da miedo. Yo lo sentí así cuando me lancé a ejercer Mi ministerio público. Contaba con las promesas de Mi Padre, tenía garantizada asistencia del Cielo y el Padre me había dado una gran paz interior y fe en que había llegado el momento. Aun así, daba miedo. Así que los entiendo.

Pues bien, ustedes están en la misma situación en que estaba Yo. Naturalmente, ninguno de ustedes es el Hijo de Dios, pero sí son Mis esposas y cuentan con el mismísimo poder, ungimiento y ayuda del Cielo que tenía Yo. Yo sabía cuándo había llegado el momento indicado -igual que ustedes-, y al igual que ustedes, tenía muy bien asimilado que era la suprema voluntad de Mi Padre, que era Mi vocación y Mi destino. Al lanzarse por fe a su nuevo puesto de servicio -es decir, su vocación o llamamiento-, no habrá nada que los contenga.

Me costó abandonar el entorno al que estaba acostumbrado, a Mi madre, a Mis hermanos y a Mis primos, a quienes amaba. Fue duro abandonar lo que había llegado a convertirse en un ambiente cómodo que me brindaba seguridad, y lanzarme a algo nuevo. Es, pues, comprensible que al principio tengan un poco de aprensión. Es natural. Pero a medida que den pasos de fe, esa fe se quedará respaldada por todo Mi poder y ayuda espiritual. Se lo prometo.

Es Puramente por Fe

Yo vine en pañales. Años después, inicié Mi ministerio público, no como alguien que se hubiera criado en el palacio de un rey ni como un príncipe heredero educado para ejercer el poder y asumir grandes cargos, sino como un humilde carpintero. Ese era Mi ropaje, por así decirlo, de modo que cuando la gente me miraba, no veía al gran príncipe heredero que era. No; lo que veía era ni más ni menos que el hijo de un carpintero. Gracias a ello les resultaba fácil aproximárseme y pedirme ayuda.

Les encantaba reír y bromear conmigo, beber y jugar conmigo. Yo era uno de ellos. El trato que les dispensaba no era el de alguien que estuviera en un plano espiritual superior. Podían identificarse fácilmente conmigo.

Es cierto que tuve que renunciar a todo para entrar en el cuerpo de ese bebé. Tuve que dejar atrás ni más ni menos que todo, salvo lo que era esencialmente, Mi propio Espíritu. Todo lo demás lo dejé a un lado para hacerme uno de ustedes. Para que vean cuánto los amo. Lo bastante para dejar a un lado Mis propios pensamientos, Mi propia sabiduría. Me despojé y me deshice de todo lo que había recogido para Mí por la eternidad, y me vestí de los atuendos de ustedes, de su guarnición humana.

Ni siquiera nací en una habitación, mucho menos en una casa o una gran mansión. Ni siquiera había espacio para Mí en la casa; tuvieron que ponerme atrás con los animales. Así de humilde y modesto fue Mi ingreso al mundo de ustedes. No pudo haber sido más humilde. ¿Por qué? Porque era menester que me identificara con ustedes y con toda la humanidad, humilde y modestamente, en calidad de siervo de todos.

Nunca había hecho eso. Nunca había ido a la Tierra en esas circunstancias, no para asumir verdadera forma humana. Aunque es cierto que había hecho algunas visitas previas, en cierto modo esas fueron pruebas en las que tuve asistencia de Mis ángeles y otros seres espirituales. En cambio, en aquella ocasión no era un simulacro. Iba solo y despojado de Mis conocimientos y sabiduría anteriores. Aquello suponía una gran prueba de Mi fe mientras estaba en forma humana. ¿Sería capaz?

Renuncié a todo lo que tenía en la mente, a toda Mi sabiduría celestial, todo aquello que hacía de Mí lo que era. Entré entonces en la morada de Mi cuerpo físico. Encarné un ser humano, sujeto a las limitaciones, dolores y sufrimientos, no solo del cuerpo físico, sino también de las emociones y de la guerra espiritual que eso conlleva. Fue una gran prueba. ¿Conservaría la lealtad y fidelidad a Mi Padre y saldría adelante?

Lo único que sabía en concreto era que Mi Padre lo lograría por medio de Mí siempre y cuando clamara a Él y dependiera de Él. Era todo por fe, fe en Mi Padre y en que contaba con Su respaldo. Era igual que lo es actualmente para ustedes: todo por fe, fe en que cuentan con Mi apoyo. Y en efecto, así es. Mi Padre dio lo mejor de Sí por la humanidad; y lo mejor que tenía era Yo; confió en que no perdería la fe y en que al final saldría airoso.

Ya conocen la historia. Logré ser fiel hasta la muerte, y al final obtuve el galardón: y el galardón eran ustedes, amores Míos. Los recuperé, los reivindicé para Mí y abrí las puertas del Cielo por toda la eternidad para todos aquellos que deseen entrar en él. Vencí a Lucifer.

Antes de entrar en ese gran banco de pruebas que era la Tierra, tenía muchas aprensiones en cuanto a cómo me desempeñaría. Pero una vez que llegué allí y que me afirmé y llegó el momento, el Espíritu de Mi Padre descendió sobre Mí y lo seguí y obedecí.

Lo mismo sucederá con ustedes. Para que Mi Espíritu descienda sobre ustedes, deben ser sumamente humildes. Deben carecer de toda confianza en ustedes mismos. Cuando abrazan esa mentalidad y saben que no son nada, lo que eso significa es que me han dado lugar a Mí, y en el momento indicado intervendré y los guiaré.⁽¹¹⁾

(1) La Vida de Jesús en la Tierra. 1ª Parte - # 3546: 10-18

(2) La Vida de Jesús en la Tierra. 1ª Parte - # 3546: 38 - 53

(3) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 5 - 8

(4) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 12 - 16

(5) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 28 - 47

(6) La Vida de Jesús en la Tierra. 2ª Parte - # 3548: 55 - 64

(7) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561:9 - 12

(8) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561: 18 - 38

(9) La Vida de Jesús en la Tierra, 3a Parte - # 3561: 42 - 47

(10) La Vida de Jesús en la Tierra, 4a Parte - # 3604: 9 - 25

(11) La Vida de Jesús en la Tierra, 4a Parte - # 3604: 39 - 59